

CIO  
1997

BLANQUE

LOS  
AMORES  
DE  
ASTAONÁN

3

PQ7297

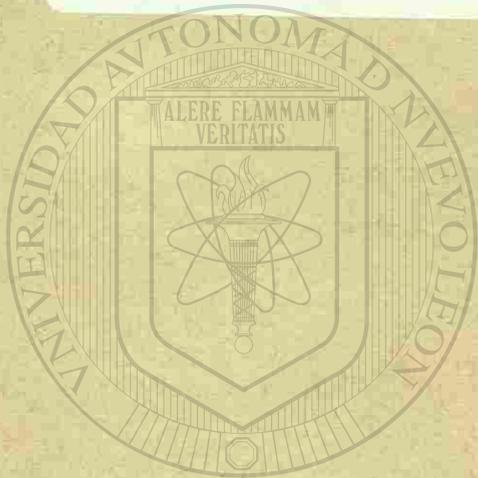
.B5

A5

v.3



1020028161

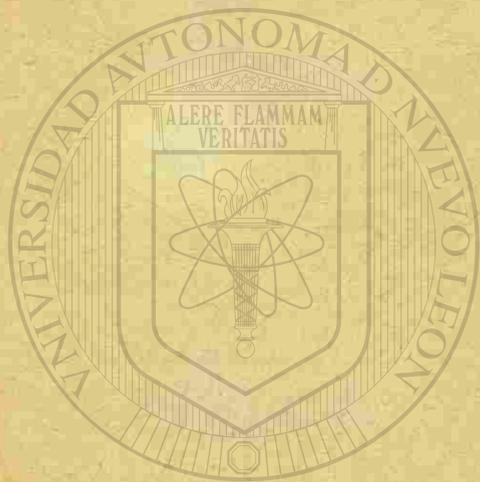


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

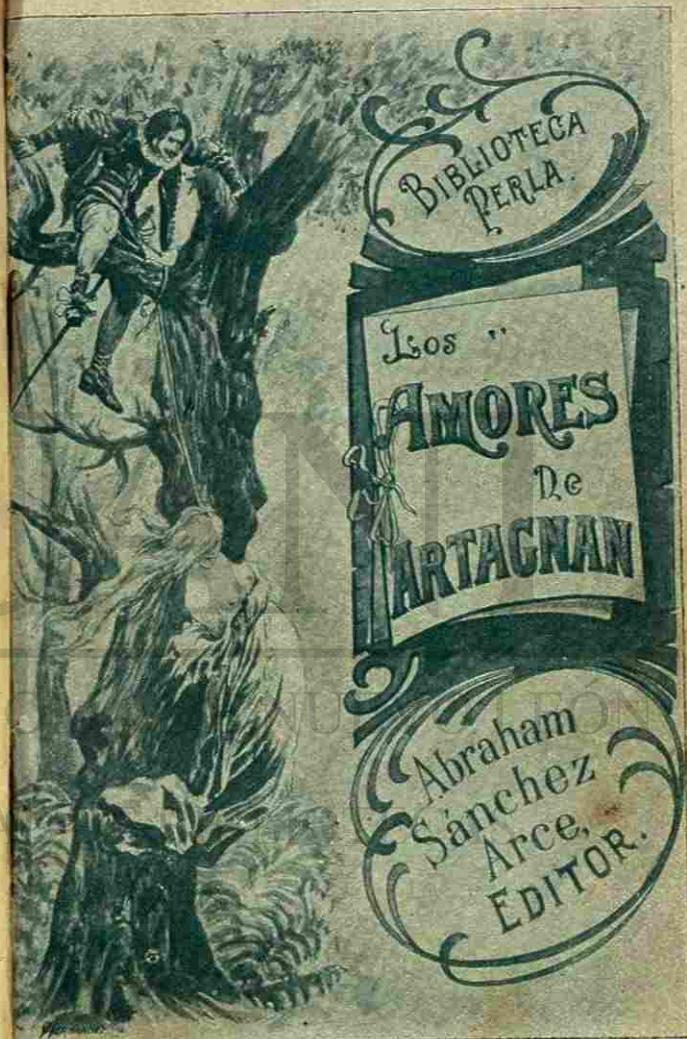
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



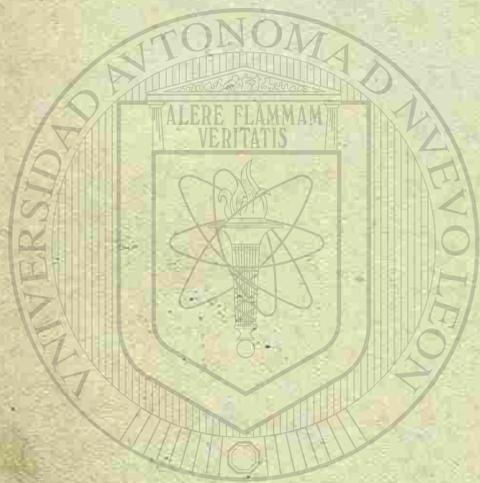


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



8A3  
B.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ABRAHAM SANCHEZ ARGE, EDITOR.

LOS AMORES

DE

ARTAGNAN

POR

M. ALBERTO BLANQUET.



TOMO III

FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

86009

MEXICO

29775

Tipografía "Diamante," del Editor  
2<sup>a</sup> DEL SALTO DEL AGUA NUM. 9.

1902.

107797

B5

AS

v.3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

## Los Amores de Artañan

M. Flouron estaba en el fondo de su tienda ocupado en triturar algunas drogas en un mortero de mármol; á la vista de la sombra que se colocaba de repente robándole la luz, levantó una cabeza venerable por su calvicie y dotada de un par de anteojos. Desde luego reconoció al fogoso interruptor de su sueño, y espantado dejó caer frascos y mortero; pero una sonrisa de benevolencia y de política asomó en el rostro de Artañan, y logró reponerlo de su miedo.

— Señor, le dijo el caballero, perdonadme, soy yo por otra vez. Me atrevo á esperar que habéis pasado bien el resté de la noche que he tenido la imprudencia de venir á molestaros... Creed que he sentido vivamente lo ocupado, y vengo á manifestároslo y á suplicaros aceptéis el ofrecimiento de mis servicios.

— Señor!... hizo el boticario.  
— Pero ya comprenderéis, querido señor, que si un hombre se enferma de repente y se adivina que ha sido envenenado, se vuelve un loco de dolor y no considera nada ni la hora, ni las puertas cerradas, ni las recetas de los médicos.

—¿Con qué es decir que habéis venido anoche porque un hombre se envenenó?

—Sí, señor por eso.

—¿Y le ha salvado el emético que os facilité?

—Así lo creo al menos.

—Esto no deja de admirarme, ¡Emético!

—¿Por qué?

—Porque tengo sustancias más eficaces.

—Pues bien, señor, yo fio siempre para esos casos desesperados enteramente en el emético por haberlo experimentado una vez en mi país. Soy del Bearn y había comido hongos, magníficos por cierto, recogidos de los bosques: iba casi á morir, cuando mi madre, que esperaba al médico que había ido á tres leguas del castillo, tuvo la idea de administrarme esa droga maravillosa.

—En efecto, una sustancia muy preciosa; pero en el caso presente pudiera ser muy bien que vuestro hombre no hubiera sido envenenado.

—¡Pardiez! que tengo la misma idea que vos y soy dichoso encontrándome con un sabio de nombre.

—¡Señor! articuló el viejo modestamente.

—Este pensamiento me vino al mismo tiempo que el de venir á presentaros mis ocusas y traigo el resto del líquido que ocasionó el mal á la persona por quien me interesa.

—Véamos, exclamó el practicante con la impaciencia febril del sabio que descubre la pista de una experiencia.

Y animado de un ardor extraordinario tomó la botella que el teniente sacó de entre los pliegues de su capa.

La destapó con precaución, vertió como un dedo de

vino en un vaso de forma extraña, y consideró el licor á los rayos del sol que penetraba en la tienda.

—¡Hermoso color! exclamó. ¡Oh ramillete exquisito! añadió.

—A fe mia, señor, dijo Artagnan sonriendo, si ese vino no tiene nada, mucho gusto tendré en ofreceros un buen estuche.

—Y decís que aún no ha muerto la persona no obstante haberse tomado lo que le faltaba á la botella.

No, señor, el enfermo ronca en este momento de una manera deliciosa y eso me hace dudar que el vino esté envenenado.

El boticario introdujo la punta de su dedo en el licor y lo llevó á la lengua con la confianza curiosa y el atrevimiento de la ciencia.

—El gusto es insignificante, dijo, y deberá tener un veneno admirablemente disimulado; pero los italianos son muy hábiles, y no me admiraría de encontrar aquí aquella sublime invención que tan frecuentemente pusieron en práctica los Borgia.

—¡Oh! señor, y llamáis sublime una invención que tiene por objeto dar la muerte?

—Hijo mío, dijo el viejo, lo hermoso puede encontrarse tanto en el mal como en el bien. Los Borgia usaban de diversos venenos, según dicen, pero está averiguado por mí que la «agua tofana» fué la única que emplearon. Sin embargo, la credulidad pública les atribuye la invención de una sustancia que obtenían de la baba del jabalí rabioso á fuerza de golpes; pero entretanto esto no se apruebe, yo ha de negarlo siempre.

—¡Bien! pero estáo deberá ejercer á lo que me parece alguna acción.

—Véamos. Algo hay en este vino. Me ha quedado

sobre la lengua una sensación de calor que no tiene por cierto nada de natural.

Y el practicante fué á tomar entre los mil frascos que encerraban sus estantes una redoma de la cual derramó algunas gotas en el vino.

Se produjo una ebullición, y una especie de nube blanca se precipitó al fondo del recipiente, donde se hizo bien pronto un polvo impalpable.

—Ya le tenemos! exclamó M. Flourón; la reconozco; es una substancia mineral que no puedo definir todavía y me ha sido designado como un veneno de la misma naturaleza que uno que mi prodecesor obtuvo del mariscal d'Ancre. Conceñi lo traje de Italia.... Dejádme la botella, caballero, y os voy á dar diez pistolas.

—¿Qué decís? Sin recibir nada os la entrego y me considero dichoso. Pero decidme antes si creéis que ese polvo blanco es verdaderamente un veneno.

—Vaya si lo creo! Las dos gotas extraídas de esa redoma y vertidas por mí, son un reactivo de los más violentos, y en el vino ordinario no habrían producido otro efecto que descolorarlo.

—¿Entonces no pensáis que ese polvo provenga del mismo vino?

—Ciertos vinos de Borgoña contienen una parte cálcica muy particular, pero no es así ésta.

—Entonces abrigáis la convicción de que el veneno ha debido ser puesto por una mano perversa?

—Ah! os atrevéis á dudar de la palabra de un viejo encanecido por la edad y que ha enflaquecido sobre los libros de la ciencia!.... Pero váis á verlo.

M. Flourón derramó el licor cuidadosamente, de manera que quedara el polvo en el fondo del vaso.

—Venid ahora, señor, dijo.

Artagnan le siguió á un patio situado detrás de la casa, y á un rincón en el cual descansaban muchos perros.

El sabio tomó del tejado de la perrera una vasija donde habia una poca de leche, y echando el pretendido polvo venenoso, lo destió con el dedo.

—Vais á verlo, dijo con alegría infantil.

Abrió entonces la perrera y tomó por la piel del cuello un perrillo que colocó inmediatamente delante de la vasija.

En un segundo la leche fué consumida por el animal y éste se puso á brincar por el patio contento por la libertad que se daba, pero no habia dado dos vueltas, cuando se detuvo de repente.

Artagnan habia visto morir en la guerra ó de sus resultas más hombres que los años que contaba, pero á la idea del trabajo horrible que la muerte tenia en la organización del pobre animal, no pudo menos de palidecer.

El perro no tuvo tiempo para nada: casi inmediatamente volvió sobre de sí dió, un grito plañidero y cayó como herido por un rayo.

—Y bien, señor incrédulo, qué tal? preguntó el viejo con acento de triunfo.

—Pobre animal! exclamó el caballero con los ojos fijos sobre el perro que no se movió más.

—Creéis ahora que ha sido envenenado vuestro hombre?

El boticario insistió en ir á visitar al enfermo, afirmando que le aplicaría remedios más eficaces que los que pudiera darle el primer médico del rey.

—Por otra parte, añadió, el estudio de este caso me hace pasar los límites de mis deberes, porque si la facultad en ella... sería perdido.

Más sin embargo, de todo o lo suplico.

Artagnan le dejó hacer su voluntad y se dirigió desde luego á la taberna de la «Botella de oro.»

¿Qué iba á hacer por allí? ..... Este movimiento respondía á una serie de ideas que tomaba su cuerpo en una aventura de su juventud.

La casualidad, divinidad muy inteligente por más que se diga lo contrario, la casualidad, decimos, se había complacido en ejercer cierta influencia en sus aventuras amorosas y no era por cierto madama Pluchet la primera tabernera en cuyo corazón había hecho impresión la pluma del fieltro de nuestro caballero.

Recordaba muy bien haber estado á punto de ser víctima de un lazo que le tendió un marido ayudado de sus muchachos armados de bastones y puñales esperando el momento oportuno en que estaba materialmente imposibilitado de echarse sobre su espada para irsele encima.

Peligro del cual no pudo escapar sino por un verdadero milagro y merced á sus veinte años que lo hicieron arrojar sin reflexión desde lo alto de un primer piso hasta el pavimento de la calle.

Acaso M. Pluchet, por sufrido que pareciera, guardaba en lo profundo de su corazón un odio sordo, disimulando sus sentimientos aparentemente para que su venganza fuera mucho más segura.

Artagnan trató de averiguarlo desde luego.

Hacia mucho tiempo, y los observadores ó las malas lenguas habían podido acaso remontar esto desde la partida de Artagnan para Pontoise, el hogar de M. Pluchet no ofrecía ya el ejemplo de una perfecta igualdad de humores, y de costumbres.

Frecuentes querellas nacían en la casa bajo los pretextos más fútiles y la vuelta de Mazarino no había

contribuido poco á envenenar la paz doméstica de aquella casa, porque si el matrimonio había dado antes en ser de la Fronda, madama Pluchet cambió de opiniones políticas poniéndose del lado del cardenal como uno de sus primeros partidarios, en tanto que el tabernero continuaba odiándola y dando frecuentes paseos del lado de la Bastilla, donde seguía encerrado el coadjutor.

Sin embargo, en aquellas guerras de escaramuzas, la victoria casi siempre era del jefe de la casa, si bien la existencia de maese Pluchet tomaba cada día tintes sombríos y una desgracia real había comenzado visiblemente á disminuir su abdomen antes tan triunfante bajo el coleteo y la coraza.

En el momento en que las espuelas de Artagnan resonaron en el umbral de la taberna, maese Pluchet hacía probablemente un triste recuerdo de su pasado conyugal, porque su rostro conservaba las arrugas, por no decir que marcaba la desgracia más profunda.

Maquinalmente levantó la cabeza de encima de la mesa, que estaba toda llena de jarros, y á la vista del oficial sus facciones tomaron una expresión de beatitud tan suave, que las suposiciones de Artagnan habrían desaparecido desde luego, si hubiera estado menos preocupado.

El buen hombre sintió acaso instintivamente que con aquel gallardo mozo de mostachos negros, de ojo atrevido y de aire conquistador, la paz interior iba á renacer en su matrimonio.

—¡Eh! madama Pluchet está en misal, exclamó con dorosamente adelantándose hacia el caballero con la mirada alegre y las manos extendidas.

Pero Artagnan estaba grave, ó por mejor decir, som-

brío, de modo que el buen hombre retrocedió receloso.

— Señor Pluchet, dijo el teniente, seréis tal vez un hombre perverso?

— Ya, ¡gran Dios! quién ha podido hacerlos creer. . . .

— Veámos, continuó Artagnan extendiendo la mano y mirando los ojos del tabernero, dadme la mano.

— He!a aquí, dijo el padre Pluchet estremeciéndose.

— Temblais, maese Pluchet! miradme bien y sin pestañear; ¡vamos!

Pluchet levantó sus grandes ojos hacia los de su interlocutor, pero no pudo sostener por mucho tiempo el fuego sombrío que lanzaban las pupilas dilatadas del caballero, y todos sus miembros temblaron.

— Señor Artagnan ¿qué tenéis? . . .

— Señor, replicó el indómito teniente, me vuelvo á mi casa, donde quedo esperándoos. Si dentro de una hora no habéis ido, tendréis noticias de mí.

— Y dichas estas palabras con el tono más amenazante, Artagnan tomó de nuevo el camino de su domicilio.

En el momento en que llegaba á la Cité para tomar el puente, se encontró cara á cara con madama Pluchet, pero su distracción era tan grande, que no la vió ó no quiso detenerse por temor de que le vieran hablar con una paisana. El caso es que la pobre mujer, advirtiendo aquella indiferencia, no se atrevió á abordarlo y permaneció asombrada en vista del gesto que no obstante la sombra del fieltro, adivinó en la fisonomía del caballero, notando además en sus ojos algo de terrible.

Dió, pues, un suspiro y se fué corriendo á su casa, donde encontró á su esposo que aun no salía del estu-

por que le causó la corta escena que acababa de pasar con el teniente.

No hacía un cuarto de hora que Artagnan había regresado á su casa, cuando llamaron á su puerta con precipitación. Madama Morlet, que se encontraba allí, fué á abrir é introdujo á los que llegaban al salón, porque Champagne continuaba agazapado en el lecho de su amo.

Eran los señores Pluchet.

El teniente los recibió con frialdad, tanto al amo como á la otra, y la bella tabernera no sabía á qué atribuir aquella seriedad; ella misma comenzaba á participar de los terrores de su esposo, el cual no se había atrevido á presentarse solo.

El caballero les hizo sentar, permaneciendo él de pie con los brazos cruzados cerca de una mesa donde había un vaso y una botella cerrada.

— Señor Pluchet, dijo por fin Artagnan, después de un momento de silencio, ¿reconocéis esta botella?

— Sin duda, señor, respondió el buen hombre, es una botella de vino de Bousillón que hice traer á vuestra casa hace cerca de seis meses.

— ¿Reconocéis igualmente el sello? Aproximáos y examinadlo.

El tabernero fué hacia la mesa, consideró el laque, sacó sus anteojos y examinó el sello? preguntó Artagnan sin responder á las miradas interrogativas que le lanzaba obstinadamente madama de Pluchet.

— Fui yo por cierto, fui yo mismo: es un cuidado que ordinariamente hago por mí mismo. He aquí mi botella de oro y mi nombre en aspa, como ha dicho el grabador.

El caballero extendió entonces un tirabuzón al tabernero, quien le miró con sorpresa; pero comprendió

perfectamente lo que le mandaba, puesto que sacó en seguida el tapón con una destreza admirable. Concluida esta operación, Artagnan tomó la botella, puso vino en el vaso, llenándolo hasta la mitad, y dijo al tabernero:

—Señor Pluchet, dignaos, os lo suplico, gustar este vino.

—¿Acaso estará malo, señor? pregunté Pluchet con toda la seriedad del comerciante que tiene la religión y el cuidado de su reputación.

—¡Bebed! dijo Artagnan con autoridad.

—Caballero, exclamó madama Pluchet espantada, ¿qué quiere decir todo esto?

—Durante este tiempo, el tabernero había tomado el vaso, lo había olfateado como buen conocedor, permitiéndose saborearlo, y se disponía á beber el vino sin pestañear, cuando el caballero le detuvo el brazo.

—Señor Pluchet, dijo, ese vino está envenenado.

El tabernero volvió á poner el vaso sobre la mesa ó por mejor decir, le dejó caer, é inmediatamente vacilaron sus piernas. Madama Pluchet dió un grito y se precipitó hacia Artagnan presa del más vivo terror.

—Señor, le dijo, me atrevo á pensar que no habéis sospechado que mi marido fuera capaz de una acción semejante! . . .

—Yo, querida madama Pluchet, sospechar de maese Pluchet, un hombre tan bueno, nunca!

El buen hombre se había dejado caer en su silla y se enjugaba la frente.

—Señor Artagnan, dijo, bien sabéis el afecto que os profeso, y no sé verdaderamente, creyó deber añadir, lo que habría podido nunca impulsarme á preparar vuestra, muerte, admitiendo que semejante idea me hubiera podido pasar por la imaginación.

—¿Con qué es decir, maese Pluchet, que sois mi amigo?

—Y de los más apasionados, señor Artagnan, preguntadlo á mi mujer.

—Pero es que soy vuestro deudor

—¡Oh! en cuanto eso, no quiero que habléis: he olvidado vuestras pequeñas cuentas y mi memoria nunca podría recordarla. . . . .

—Ni del todo, apoyó madama Pluchet.

—Señor Pluchet, dijo Artagnan con dignidad, no quiero otros hablar así, ó de lo contrario creeré que no sois mi amigo: sois vuestro deudor por una suma que Champagne recuerda perfectamente, y dentro de poco quedaréis pagado.

—¡No lo consentiré! exclamó el tabernero.

—No se hable más de eso, señor Pluchet.

—Pues bien, consiento, señor Artagnan, pero con una condición: que me haréis el honor de venir esta noche á comer con nosotros. . . ¡Ah! no podéis reusar esto. . . . así lo espero. . . . y beberemos un famoso vino. . . . .

—Sea, respondió Artagnan desarmado completamente por la naturalidad de Pluchet, ¿pero nada de Rousillon, eh?

—Borgoña legítimo, y jerez de treinta años cuando menos.

El caballero despidió á la honrada pareja y se dijo cerrando la puerta detrás de ellos:

—He sido un loco. . . llegando á sospechar de ese buen hombre! . . . .

Pero después añadió arrugando la frente:

—¡Cuidado, Artagnan! quién sabe lo que puede haber en esto, las venganzas corzas son terribles.

En ese momento llamaron de nuevo á la puerta; era madama Pluchet.

Había dejado á su cándido marido en el extremo de la calle pretextando que iba á la casa de su padre y fué á la del teniente con el corazón oprimido, los ojos húmedos, los labios balbucientes. Iba á pedir la explicación de la escena que acababa de pasar.

—Caballero, le dijo luego que hubo entrado, ¿me diréis lo que significa todo lo que ha ocurrido?

—¿De qué queréis hablar, querida niña?

—De lo que pasó aquí delante de aquella mesa... con aquella botella... ¿Qué vino es ese?

—Yo os lo he dicho á vos y á M. Pluchet, es un vino envenenado.

—Y porqué habéis sospechado de nosotros.

—Sospeché de papá Pluchet, respondió el oficial con cierta intención marcada, porque entiendo que tiene motivos fundados para ello.

—Artagnan, replicó la hermosa tabernera rechazándolo, no es un hombre quien ha envenenado ese vino, estoy segura; aquí andan los celos de una mujer, es una venganza femenina.

—¡Oh! exclamó el caballero con acento de inocencia.

—¡Si haceos el inocente!... conozco todo en vuestra fisonomía; no soy yo tan tonta.

—¿Estébana, qué decís?

—Carlos, una mujer que ama es tan ingeniosa como una mujer que odia.

—Esto quiere decir, mi hermosa y dulce amiga...

—Que las que son incapaces de mandar ó pagar el crimen pueden asegurarse de una manera cierta de la fidelidad de un hombre ó de su traición.

—¡Oh! he ahí una frase magnífica no obstante su ele-

vación y sus rodeos, que significa si no me engaño, que la celosa Estébana hace espíar á su Artagnan.

—Carlos, dijo con dolor madama Pluchet rodeando el cuello del teniente con sus dos brazos blancos como el alabastro, ¿amáis á esta pobre mujer?

—¡Oh! vaya una pregunta!... dijo Artagnan.

Estébana retrocedió y lo miró fijamente.

—Hacéis mal en reiros de lo que os digo.

Artagnan no era partidario de las escenas patéticas, pero se resignó heroicamente á la que se le presentaba.

—Veamos, hija mía, dijo sed razonable y hablád con seriedad, me daréis gusto en ello.

—Pero es que no me habéis contestado.

—¿A qué? preguntó Artagnan volviendo la cabeza.

—Carlos, vos amáis á alguna; no se á quién, pero no sois ya el mismo; hace mucho tiempo que ese nuevo amor trastorna vuestro corazón, puesto que ya no encuentro en vos esa imaginación viva, rápida, insaciable, ese humor alegre, esa ternura de antes y á la cual me habíais acostumbrado.

—Querida niña, dijo Artagnan con una serenidad helada, os engañáis, os lo juro, y hacéis mal en atribuir á una pasión nueva lo que sólo tiene origen en preocupaciones más graves. ¡Qué diablo! se diría que olvidáis que me ocupo de hacer mi fortuna.

—¿Es decir que vuestros pensamientos son sólo de ambición?

—Soy pobre, y es natural que piense en los medios de conjurar mi pobreza á todo trance por algún golpe de audacia.

—Pero pensad, Artagnan, en que os exponéis.

—Es posible, pero eso no impide que una compañía en las guardias deje de valer cincuenta ó sesenta mil libras.

—He ahí lo que no puedo comprender.

—¿Porque sois mujer, Estébana, y no tenéis ninguna idea de lo que es la vida de los caminos y las cuadradas. Comprendedlo bien: todas las compañías en las guardias han sido compradas por los que las poseen; viene un día en que ese capitán es elevado á un grado superior, ¿queréis que pierda el dinero que tenía adelantado de automano y cuyo derecho ha sabido conservar para reembolsarse á su vez al tomar posesión del nuevo cargo?

—¿Pero los que mueren en la guerra?

—Tienen herederos.

—Pero entiendo que el rey ó Mazarino podrían muy bien hacerlos no sólo capitán de una compañía ó de un regimiento, sino añadir el dinero suficiente para hacer el pago. ¿Os deben tanto los dos!

—¡Ah! querida niña, razonáis con el corazón, y la política carece de él.

—Que no tenga tesoros que echar á vuestros pies!... exclamó la bella Estébana en un arranque de ternura y de efusión.

—Gracias amiga mía, y esas palabras me hacen pensar en que tengo una deuda sagrada que pagaros en seguida.

—Parto, Artagnan, pero confío en vuestra promesa. ¿Iréis esta noche, no es así?

—Sí, angel mío, respondió el teniente abrazando á la preciosa joven.

Ella salió con el corazón un poco consolado, aunque siempre inquieto; cuando se abrió la puerta de entrada, se encontró con una especie de lacayo que se apartó para dejarla pasar.

Aquel lacayo era lo que se llamaba entonces un grisón, los cuales iban de ordinario vestido de gris, color fácil

de disimular y adoptado uniformemente por aquellos mensajeros misteriosos, y que los hacía tan difíciles de reconocer. Entregó al caballero un pliego cerrado, y apenas lo tomó, cuando el criado había desaparecido en la escalera.

—Vamos, se dijo Artagnan después de haber leído, mi aventura de ayer en el palacio ha dado bastante que decir en la corte, y estaré de moda al menos por dos días.

Y relevó el billete, que estaba concebido así:

«La prisión tan injusta del caballero de Artagnan lo ha abierto el camino en algunos corazones; pero de seguro no ha inspirado en todos una solicitud tan viva, como en el de cierta persona que está animada por él. Además, y para atestiguarlo de una manera menos estricta que la palabra, esa persona desea entregarle armas capaces de responder de una manera triunfante á las gentes bastante viles que han atentado á su libertad. Estará, pues esta tarde á las cuatro en un coche que se detendrá á cien pasos de la puerta de San Antonio. Se cuenta con la prudencia del caballero de Artagnan, quien respondiendo á este llamamiento, compromete su palabra de gentil hombre de no querer que se levante la máscara que cubrirá el rostro de la que es para él»

«Una amiga adicta.»

—¿Quién puede escribirme esto?

Acaso la señorita de Martinozzi habrá supuesto con fundamento que madama de Plessis—Bellière. No es posible... Esta ama, según dicen, á M. Fouquet... ¿Madama de Navailles? ... Menos: adora á su marido, quien por cierto no corresponde su cariño porque está enamorado de la mujer del obeso Flavimonte... Madama de Tresmes... ¡No!... A fé mía que renunció

á apurar más mi imaginación. No importa... Esto me promete interés! ¡vamos, caramba! Y dos veces mejor por una... ¡es urgente! agregó el caballero.

El lector no deberá concebir una idea despreciable de la moralidad de nuestro héroe por las palcazas que se le han escapado en su monólogo. Nada de extraordinario tenía todo aquello en la época singular que tratamos de hacer revivir en este relato: las mujeres y los hombres estaban en un continuo cambio de procedimientos y presentes, y el dinero no había tomado su papel en el dulce comercio del amor. Hoy se avergüenzan de tomar oro, acaso porque en el fondo no se crea digno, no por otra cosa.

A las personas muy meticulosas y que pudieran acusarnos de exageración, las animaremos á hojear las curiosas memorias que nos sirven para redactar estos detalles. Convengamos antes en que esta compensación llegaba á propósito y que el caballero tenía algunos derechos porque acababa de decirse con amargura: ¡Dos ilusiones desvanecidas en un día! ¡Aquel joven Vijé, cuya fisonomía me ha engañado, y á quien hubiera llamado amigo! ¡El vino de Roussillón, un antiguo amigo, ha estado á pique de serme funesto!...

Y diciendo esto consideraba la botella que aun estaba en la mesa, escandalizándose de la apariencia de honradez que afectaba. La tapó, pues, cuidadosamente y la reunió á sus compañeras que descansaban sin inquietarse en un estante de la despensa de Champagne.

Encontró á este recostado en su lecho, y le dijo.

—Champagna, amigo mio, luego que os sea posible, llevareis esas botellas al boticario Fleureon, pero le recomendaréis que antes de tocar se cuide de hacer la experiencia.

—Sí, señor, dijo el criado con espanto.

—¡Oh! decididamente exclamó Artagnan, quiebro en el vino de Roussillón para siempre. ¡Es cosa resuelta!...

Y tras esta determinación, se preveyó de todo el dinero que pudo encontrar en sus bolsas y cajones, en tanto que Champagne le refería la vista de los ugiros entre los cuales remarcó con más particularidad al que se encargó de inventariar los vinos: pero las señas de aquel hombre no tenían ninguna semejanza con aquel de quien el caballero podía sospechar.

Se reservó, pues, profundizar el negocio con calma y se dirigió hacia la casa del consejero Feydeau. Luego que hubo reembolsado á aquel amigo, le pidió la ayuda de sus luces á fin de salir airoso del juicio que pretendia entablar contra el portador del pagaré Montigré, que había tenido la mala fe de presentar por segunda vez su solicitud de nuevo pago; después de lo cual y con la observación de M. Feydeau de que el procurador de su parte contraria lo era maese Tifóneo Désormaux, se dirigió hacia aquel antro de la chicana, situado en la calle del Delfinado.

El procurador, no obstante su afirmación y su juramento, nunca quiso pasar á creer que hubiera sido cubierto el pagaré, pero fué obligado en convenir que el joven pasante Luis Vijé, á quien envió hacia seis meses en solicitud del pago, desapareció de su estudio en París desde aquel mismo día. Maese Tifóneo no pudo, sin embargo, admitir que el joven que le fué recomendado muy particularmente, fuera culpable de una acción tan reprehensible; y en consecuencia prometió escribir á Burdeos, no dudando que si su dicho era fundado, aquel cliente—un honorable consejero del parlamento de Guyena—no vacilaría jamás en hacer en

sus derechos legítimos las concesiones que el honor le mandara.

Después de esto, y aproximándose la hora de la cita misteriosa, así como la en que se acostumbraba ver al cardenal, entró en su casa para arreglarse un poco sus vestidos, no obstante que aquel billete misterioso no le parecía del mejor agüero.

Por vida! pensaba á su pesar, tal vez sea éste un nuevo lazo de ese diablo de hombre. . . .

Y permaneció indeciso algunos minutos; pero el buen humor de Chmpagne, que ya se había levantado y que quería peinarlo á todo trance, le devolvió su seguridad ordinaria.

—Vamos, Artagnan, se decía bajando la escalera y haciendo resonar sus espuelas en los escalones de piedra, ¿de dónde nacen estas reflexiones? . . . ¡en pleno sol! . . . y con una espada al lado! . . . ¡qualquiera las tomaría por cobardía, caramba! . . . ¿Descenderás hasta ese grado, caballero? . . . ¡Ya veremos por Dios! . . .

## XVIII

Mientras estos sucesos ocurrían en la calle de Arcis, el cardenal estaba en su gran gabinete del Louvre ocupado en arreglar con sus arquitectos las reformas de su palacio de la calle de Petits-Champs que se le hacia tarde habitar, y en cuya obra habia comenzado á colocar algunos ingenieros con cuyos trabajos se han enriquecido después nuestros museos, siendo la admiración del mundo por la multiplicidad de las riquezas que encierran.

Cuando todos hubieron salido y no quedaba otro que su capitán de guardias, le hizo señas para que se aproximara.

—Señor de Champfienry, le dijo, no habéis estado hoy todavía en la habitación de Su Majestad?

—No, monseñor.

—Tanto mejor. Pues bien desearía que fuérais y que viérais el modo de apersonaros con M. de Beaumont.

—El preceptor del rey?

—Precisamente, lo cual será bien fácil. Le diréis que venga á verme, pero lo más discretamente que os sea posible, y de modo que nadie os oiga.

—Está bien monseñor. Descuidad, que M. de Beaumont entiende siempre á medias palabras.

El capitán iba á salir, cuando al abrir la puerta se encontró con la señorita de Martinozzi.

La Maravilla de los cabellos blondos estaba resplandeciente de hermosura aquella mañana, y su tío no pudo menos que dar un grito ahogado de satisfacción al mirarla adelantarse graciosa y sonriente como una de las diosas mitológicas que con tanta frecuencia acariciaba su mirada en sus galerías de pinturas.

Le presentó su frente para recibir el beso paternal de costumbre, tomó un taburete y se sentó á los pies del cardenal, el cual tenía un codo apoyado sobre una gran mesa llena de papeles.

—¡Ah me ocupaba de tí, chiquilla, dijo el cardenal.

—¿De mí monseñor? ¡ved qué feliz casualidad!

—Sí, señorita, pero esto no es una casualidad.

—¿Con M. Champfleury, tío mío?

—Precisamente.

—¿Entonces me diréis de que se trataba?

—No; será más tarde.

—No teméis que Champfleury os haga traición?

—Es incapaz, lo conozco bien.

—¡Oh! si yo lo quiero . . . . .

—¿Os preciais de astuta, eh? . . . . Pero te lo prohibo,

y para ello tengo una razón excelente. Ese pobre Champfleury no sabe nada.

—Esto es malo para vos, tío, y permitidme os diga de paso que no deberíais servirlos así de la gente. Consideráis á los hombres como máquinas. Jugáis con ellos como si fueran muñecos y no los dejáis trabajo alguno de inteligencia.

—¡Ah! conque has advertido eso, exclamó el cardenal sonriendo aunque algo ofendido en su interior por haber sido ofendido tan bien. Si tú hubieras envejecido en la política, niña, harías lo mismo que yo. Ignoras lo que es la vanidad de los hombres, y con qué complacencia exhalimitan las instrucciones que se les dan, no por manifestar su celo, sino por hacerse importantes. Me precio de conocerlos; ese aprendizaje me ha costado bien caro!

—Y reduciendo vuestros instrumentos, valor de simples correos, siquiera deberíais remunerarlos suficientemente.

El cardenal soltó una carcajada.

—¡Os reis, tío, eso es mal hecho, muy mal hecho! Andáis poco cuerdo al creer como lo decís que con el dinero se puede conseguir todo. Hay afectos que no podían pagarse con todo el oro del Perú, y sé de algunos gentiles hombres á quienes no contentaréis jamás de esa manera.

—¿Tu les conoces, hija mía? Entonces eres muy feliz, más feliz que yo!

—No tenéis para allí más que mirar á vuestro alrededor.

—Esto lo hago frecuentemente, muy frecuente y...

—Pues bien, si no veis, es porque no queréis ver, y sin pretender citar á nadie estoy cierta de que comprendéis de quién quiero hablaros.

—No es de M. Besmaux? Precisamente le propuesto al rey para Gobernador de la Bastilla.

—Hermosa recompensa.

—Peste! pues qué más quieros? Es cargo de como cuarenta mil libras de renta cuando menos!

—De veras, tío? Yo no creía tan interesado á M. de Besmaux.

—Todos son lo mismo. La adhesión es una esperanza que se alimenta, mi pobre niña!

El nombre de Artagnan estaba en los labios de Ana María; pero no se atrevió á pronunciarlo. Ella dió un sesgo á la conversación.

—Me decís esto por el duque de San Simón, no es así?

—Buena! tú también vas á hablarme de eso?

—Diablos es que se le tiene por un hombre intachable.

—Y sin embargo, desca el bastón de mariscal: ese es tu protegido?

—Es que, añadió ella, quiero creer que hay gentiles—hombres verdaderamente desinteresados.

—Es s son todavía más caros.

—El difunto rey hizo mariscales de Francia á hombres cuyos títulos eran casi problemáticos.

—Dices eso por M. de Vitry; pero estoy curioso de saber á quien quisieras elevar á tan alta dignidad.

—¿Se necesita mucho dinero para comprar un ducado, tío?

—Antes es preciso bastante favor ó contar muchos servicios distinguidos.

Eso no quita que el rey haya hecho duque á M. de Luynes que no era más que un paje de muy poca nobleza.

—Grandes y buenos servicios en la guerra, delicada

misiones diplomáticas, la estimación de todas las personas honradas; y una decidida adhesión á vuestra persona, tío, me parecen buenos títulos.

—¿Vamca, tú quieres hacer á alguno duque ó mariscal de Francia . . . . . será tal vez Candale?

—M. de Candale es ya duque, y por cierto que para mí no ha merecido el bastón, aunque sitie rudamente á Burdeos.

—¡Ah! ese es para él un negocio de familia. Su padre, el duque de Epernon, ha sufrido mucho de los borbones para que el hijo tenga á un gran honor el reducirlos. Pero estás hablando con mucha serenidad de M. de Candale, hija mía, y es un gentil—hombre muy valiente y muy rico. No ignoras que me agradaría hacerlo mi sobrino.

—Aun es tiempo.

—¿Consentirías?

—Tío, bien sabéis que no soy ambiciosa, y que antes bien me repugnaria ser duquesa. Aparte del carácter de M. de Candale, conocéis mi aversión al matrimonio y no soy la única de vuestras sobrinas en edad de casarse. De consiguiente no me habléis de esto, os lo suplico. Estábais en el capítulo del dinero, y os juro que menos amo esto.

—¡Hablar de dinero con Ana María! dijo el cardenal; pero la cosa no es menos extraña porque yo te creía con igual aversión hacia ese metal que al matrimonio.

—Es verdad, tío, pero esto es según y conforme.

—¡Ah! haces distinciones. . . . . Eso es mejor.

No son distinciones las que quiero establecer hoy, os voy á presentar reclamaciones en forma, querido tío.

—¡Ah! una solicitud. . . . ¿tú también?

No, es una deuda.

—¿Te debo algún dinero? dijo Mazarino haciendo una mueca significativa, porque no le gustaba descorrer los cordones de su bolsa para su familia ni para los extraños.

—Tío, mis primas y yo nos encontramos en la mayor miseria.

—¡Oh! exclamó el ministro como dudando.

—He aquí una punta de encaje de trescientas libras que no se ha pagado, dijo la joven mostrando una parte de su vestido.

—¿De veras? preguntó Mazarino con indignación.

—Y mis primas se han propuesto peliros también, querido tío.

—Pero esto es un complot! . . . .

—No es eso sólo, tío, las tres hemos perdido ayer en el juego de Su Majestad.

—Con que habéis perdido, señorita, exclamó Mazarino colérico.

—Sobre nuestra palabra y una suma considerable. . . .

—Tanto peor para vosotras, porque no pagaré.

—Pagaréis, monseñor.

—Ni cuentas de comerciante ni dendas de juego, estad seguras. Bien sabéis el orden que siempre ha reinado en mis gastos y Dios sabe si son crecidos. Me he arreglado á escalonar mis pagos de manera que nunca me embaracen, y apenas puedo cubrirlos con ansias. No quiero comenzar hoy á introducir el despilfarro en mis negocios, sabedlo de una voz, señorita, y dejadme trabajar, os lo suplico.

Ana María tomó un aire serio, se levantó, saludó gravemente al cardenal y se dirigió á la puerta.

—Ana. . . . dijo el ministro inquieto á su pesar por aquella seriedad que conocía tan bien,

Pero la joven fingió no haber oído.

—Ana María.... repitió el cardenal ¡oh!... hija mía, espérame.....

—¿Qué deseáis, monseñor? preguntó la señorita Martinozzi deteniéndose pero sin volverse.

—Eh, deseo saber al menos, porque es preciso instruirse, á cuánto asciende la suma de que acabas de hablarme hace poco.

—La quereis pagar, monseñor?

—Ya veremos..... dime el total.

—Pues bien se trata.... de mil pistolas.

Mazarino dió un grito bastante doloroso.

—¡Diez mil libras! dijo, ¡diez mil libras!

—Sí, tío, ni un escudo menos, y aun soy corta no habiéndolos sino de lo muy preciso.

—¡Ah, si hubiera sabido, dijo Mazarino, si hubiera sabido!

—¿Si hubierais sabido qué, monseñor?

—Que la distracción de las jóvenes costaba tan cara, os habríais quedado en Italia con mis hermanas, vuestras madres, que os hubieran acostumbrado á vivir con economía.

—Por mi parte, yo no he podido venir á Paris, bien lo sabéis.

—No te vayas, exclamó el cardenal, al ver que Ana María daba otro paso hacia la puerta.

—Pues bien, sea, pagaré tus deudas pero con una condición, que no dirás nada á tus primas.

—No acostumbro ocultarles nada y no comenzaré á hacerlo hoy por cierto, señor.

—¡Oh!... la niña consentida, veamos cuánto necesitas.

—Ya os lo he dicho, tío, diez mil....

—Sí, pero hay algunas deudas acerca de las cuales

no puedo tener arreglos ventajosos, te conviene mi firma, la de M. Servient, ó la de M. Fouquet?

—Monseñor, quiero hacer mis pagos por mi misma y prefiero el dinero contante; no ignora que las deudas de juego se pagan dentro de las veinticuatro horas siguientes.

—¿Pero no atiendes á mis negocios, chiquita?

—¿Lo creéis así? Sé muy bien, os lo juro, y podía probarlo, que hace tres dias recibisteis una talega.

—¡Ah, la traidora!... pero quieres asesinarme!

—Esperad, señor, en aquel armario hay lo menos diez ó veinte mil pistolas, os las voy á enseñar.

—Eres verdaderamente una víbora, ¡vete, vete!

Aquí la señorita Martinozzi no pudo contenerse y soltó una carcajada dirigiéndose al cardenal acariaciándole como una gata mansa.

—Querido tío, le dijo, por qué ser injusto conmigo? eso no es bien hecho. Ayer disteis quinientas pistolas á María y otras tantas á Olimpia.

—Es que aquéllas son unos verdugos del dinero.

—Pero á mí no me corresponde, esa satisfacción.

—Y sin embargo quieres el doble.

—Hoy sí, pero mañana ya no os podré, ya lo sabéis.

—Quiero saber qué destino vais á dar á esas mil pistolas.

—Tío, yo no me mezclo en vuestros negocios no es esto?... y esperad, voy á probaroslo no diciendos á qué uso destináis el licor contenido en aquel frasco.

Y la Maravilla de los cabellos rubios designó una botellita que, colocada encima de un cofre, enseñaba su cuello, oculta entre los papeles desechados del cardenal.

—Has adivinado?... exclamó el cardenal y co-

riéndolo hacia un grande armario situado en el fondo de la cámara sacó de él una bolsa muy pesada.

—No he adivinado nada, tío mío, he oído, eso es todo, y es confieso que me dió mucha risa la fisonomía de M. de Beaumont cuando le hicisteis vuestra extraña proposición.

Durante este tiempo Mazarino contó precipitadamente los luises de oro sacados con discreción y sin ruido de su gran talego, y señalando dos ó tres columnas alineadas, dijo:

—Tonta y vota, que no te vea más.

—Gracias; tío, respondió la joven echando el dinero en su pañuelo.

—Pero si dices una palabra, una sola palabra.....

—De la rodema?

—Te meto al convento para toda tu vida, lo juro á fé de cardenal.

—Vamos, mi buen tío, no gruñáis, bien sabéis que soy vuestra amiga y vuestra aliada fiel, dijo la joven rodeando el cuello del cardenal con sus brazos encantadores y depositando un beso sobre aquellas mejillas todavía iluminadas por la emoción.

—Vete, pequeña serpiente! dijo Mazarino con una naturalidad admirable, siempre haces de mí lo que quieres!

Y Ana María, ligera como un pájaro, desapareció por la ancha puerta del departamento.

—Señor abate, dijo Mazarino al ver á M. de Beaumont, llegad pronto, que aun es tiempo.

—Pues qué ocurre, monseñor?

—La division reina ya en el campo de Agramante, lo cual no podía faltar. Los príncipes están en disidencias, y M. de Conti debe estar furioso en Burdeos.

M. de Beaumont abrió los ojos enormemente grandes de admiración.

—Para todo eso hay una razón, señor abate, añadió Mazarino, que como se verá estaba de vena para hacer conferencias y expandirse; han corrido algunos rumores acerca del matrimonio de Ana María con M. de Candale: ese matrimonio no ha tenido lugar, de manera que anunciándolo con otra persona parecerá probable. Mientras de que tratándose de una de las Mancini, nada se tendrá por cierto, puesto que se ha adivinado mi deseo de casar primero á la Martinozzi, lo cual tengo pensado seriamente. ¿Comprendéis ahora?...

—Perfectamente, monseñor.

—Si os comprometéis á hacer por vos mismo este negocio con M. de Conti, iréis á hablarle como si se tratara de Olimpia Mancini, seguro de que en el momento dado será bien fácil darle una por otra y el príncipe no se quejará jamás de un cambio que le procurará una mujer que según toda la corte es una verdadera maravilla.

—¿No teme Vuestra Eminencia que todas esas mujeres le susciten algunas dificultades? preguntó el abate arrugando la frente.

—Las pequeñas causas producen grandes efectos, abate, no debemos olvidarlo. Recordad vuestra historia de Francia de cien años acá unicamente. En este momento hay al rededor del príncipe Conti una complicación de intrigas femeninas, en la cual veo mi camino.

—Pero, monseñor, no contáis con la casualidad, y la señorita de Martinozzi.....

—¡Chut! abate, ni una palabra sobre eso, guardadme el secreto por vida vuestra!

El abate se puso pálido. Cuando el terrible cardenal de Richelieu amenazaba á alguno, se creía sentir

el golpe helado de una hacha sobre la nuca: cuando dulce y condescendiente Mazarino amenazaba, se sentía estremecer de la cabeza á los pies como á la aproximación de un peligro desconocido pero evidente.

—Así, pues, abate, ya veis que es urgente que partáis para Blaye.

—Vuestra Eminencia sabe que estoy á sus órdenes.

—Sí, pero bien sabéis que vuestra marcha no es un negocio insignificante.

—Su magestad no podrá menos de asombrarse. Escribiéndole que mi latín le enoja algún tanto.

—¿Cómo os encontráis hoy?

—He estado en las habitaciones reales al levantar al rey y la reina, pero siento dolores horribles en la cabeza y en las entrañas.

—¿Os ha pulsado M. Vallot?

—No he querido consentirlo, llamándole verdugo.

—Bien hecho. Aquí tenéis el licor en cuestión, dice Mazarino indicando la redoma oculta que se encontraba en la mesa.

—¡Vaya! Vuestra Eminencia quiere siempre llevar las cosas tan lejos.

—Perfectamente. Quiero que vayáis á encerraros en vuestro castillo para restablecer allí vuestra preciosa salud.

—Pero os, monseñor, que ha todos he dicho mis pensamientos, verdaderos ó supuestos, y todos les he dado crédito.

—¡Ah! sí... excepto Champfleury, excepto Mavalles, quienes me han dicho siempre que tenéis buen semblante, y que si os hacéis el enfermo es por ir á divertir los siervos á Villiers-Cotterots.

—Y bien, ¿cuándo será esto?

—Vuestro cargo exige que no dejéis á Su Magestad

Por lo que toca á mi deber de tutor exigo probar que el motivo de vuestra ausencia de la corte es plausible y sobre todo necesario.

—Hablad bien á ese respecto, monseñor, pero no consideréis el sacrificio de tomarse ese desabrido brevaje.

—Porque tiene la mejor apariencia que pudiera desearse, dijo Mazarino jugando con la botella, en la cual se agitaba un licor de un tinte amarillento bastante espeso.

—Será posible, monseñor, pero el hombre que es ha vendido eso es un charlatán que no merece ni confianza.

—Ha hecho sin embargo curaciones maravillosas. Bien sé que M. Vallot y Guénaud lo llaman empírico; pero hay hechos que se sobreponen á las palabras. Este licor es, según me ha informado, del todo inocente y no puede haceros ningún mal; por el contrario, os dará todas apariencias de una enfermedad que todo el mundo conoce y que no es, en último resultado, bien peligrosa.

—¿Y será preciso beber todo eso monseñor? preguntó M. de Beaumont haciendo una mueca de disgusto.

—Con la mitad será suficiente.

—¡No me será posible nunca, monseñor, nunca!

—¿Qué timorato os hacéis, abate!

—¡Eh, yo soy un hombre de Iglesia, y no tengo por costumbre desafiar á la muerte como un soldado!

¡Ah! pero me ocurre otra idea.

—¿Cuál?

—Los sabios han recurrido muchas veces á experimentos muy ingeniosos «in anima vili». ¡Pues bien! monseñor, os confieso que no sentiré que se haga en otro una prueba del efecto de esta droga infame.

—¡Ah! abate, séis muy exigente.

—Decid más bien prudente, monseñor.

—Pero es que no puedo hacer partícipe á otro de ese secreto.

—Y si Vuestra Eminencia lo ensaya por sí mismo? . . . . dijo M. de Beaumont con una sonrisa que trató de hacer extremadamente agraciada.

Aquí los dos prelados soltaron la risa, y estuvieron algún tiempo sin poder continuar su conversación.

—A fe mía, abate, comprendo vuestra repugnancia. . . . pero el diablo sabe si encuentro cómo salir de esto.

—¡Eh! monseñor, no faltan en las prisiones algunos pobres diablos á los cuales se podría ofrecer la libertad en cambio de esta complacencia científica.

—Es que necesito veros partir para la Guienne. . . .  
Veo, sin embargo. . . .

Y dejando un sillón Mazarino, se dirigió hacia la puerta de entrada que daba un vasto salón donde se encontraba cierto número de gentiles hombres y de soldados de sus guardias. Hizo seña á uno de estos últimos para que se acercara; pero casi inmediatamente apercibió á un gentil hombre quien le dirigió de lejos el más profundo saludo.

El cardenal volvió sobre su primer movimiento y ordenó con el gesto al soldado que no se moviera, mientras que con la mirada suplicó al gentil hombre que entrara.

Era Artagnan, que fiel á su designio, y siguiendo su objeto, venía todos los días á saludar á Su Eminencia y se había esperado en el Louvre á que sonara la hora de su cita en la puerta de San Antonio.

Artagnan entró en el gabinete del primer ministro, encantado de que se le llamara; pero su alegría conclu-

yó al ver á M. Beaumont. Conoció desde luego que necesitaba de sus servicios.

—Señor Artagnan, dijo el cardenal, tomando un acento dulce, ¿no tenéis miedo?

—¿Miedo, monseñor? ¿y de qué?

—De la muerte.

—Creo que no.

—Sí, lo habéis probado más de una vez.

—Me considero feliz al ver que Vuestra Eminencia lo asegura.

—Es que vamos á proceder de distinta manera. Si no teméis la muerte, mi querido señor Artagnan, os acobarda alguna enfermedad?

—Distingamos, monseñor; eso es otra cosa.

—¿Cómo?

—Monseñor, prefiero recibir una buena estocada en el pecho, la cabeza abierta por un fusil vizcaíno ó el cuerpo dividido en dos por una bomba, que estar durante algunos días, semanas ó meses postrado en el lecho víctima de una dolencia.

—Seguramente que eso es glorioso, pero puesto que también una de esas cosas que habéis dicho os hace guardar cama, el resultado es el mismo.

—Sí, monseñor, pero al terminar la curación hay una esperanza, y esto adelanta la recompensa.

—Es decir, señor Artagnan, que os acobarda la enfermedad?

—Con toda humildad confieso que sí, monseñor.

—¡Ah! dijo Mazarino con desaliento.

—Acaso Vuestra Eminencia es mi enemigo para desearme una fiebre maligna?

—Esperad, Artagnan, y mirad de lo que se trata. . . y cuidado que lo que os digo es contando con vuestra discreción. . . . ¿Veis este frasco?

—Mal color, monseñor, dijo el caballero.

—Se trata de beber la mitad solamente.

—Y después que la haya bebido, monseñor ...

—¿Será preciso decirlo señor abate? preguntó Mazarino á M. de Beaumont, quien sonreía en un sitio apartado.

—Creo que sí, el señor Artagnan es enteramente adicto.

—Pues bien, querido caballero, este licor tiene una propiedad muy particular. Se toma puro ó mezclado con agua y circula inmediatamente en la sangre; pocas horas después toda la piel reviste la superficie de un color amarillento.

Artagnan hizo un gesto de horror y retrocedió algunos pasos.

—Oh, monseñor, dijo, vaya una propiedad horripilante, y en vano me pregunto qué interés puede tener Vuestra Eminencia en que mi rostro tome un color tan desagradable.

—No importa, Artagnan, os pido que toméis esta droga únicamente para agradarme, asegurándoos que ningún peligro correrá vuestra salud.

—¡Un peligro! no es eso lo que me horripila ciertamente, pero es, monseñor, que tengo la debilidad de cuidarme el color, y muchas veces considerándolo en el espejo, no ocultará á Vuestra Eminencia que me he complacido muchísimo, añadiendo á esto que algunas personas han tenido la extremada indulgencia de elogiarlo.

—¡Bah! sólo será negocio de algunos días y durante ese tiempo podéis permanecer oculto: esto es todo.

—Gracias, monseñor, pero aborrezco la soledad.

—Vamos, Artagnan, dijo Mazarino, presentándole la redoma, decidios y me dejaréis satisfecho, amigo mío.

—Estoy muy deseoso de ello; pero... escuchadme... esto es muy grave!...

—Os juro, caballero, que no puede causaros ningún mal, replicó el cardenal destapando el frasco y tendiéndolo de nuevo... vamos... una vez... dos veces...

—Ni en ciento, monseñor, respondió Artagnan todo espeluznado.

El cardenal y el abate soltaron la risa por segunda vez, hilaridad de que bien pronto participó Artagnan. Cuando recobraron su sangre fría, éste tomó la palabra.

—Monseñor, dijo, me ocurre una idea que puede conciliarlo todo.

—Veamos, Artagnan, decidla, que algunas veces las tenéis buenas.

—Monseñor, conozco un viejo sabio muy hábil y que tiene conocimientos extraordinarios para analizar las substancias y las drogas. Voy á hacerle experimentar ésta y si me afirma que no presenta ningún peligro os juro que la tomaré inmediatamente.

—¿Podéis hacerlo desde luego? preguntó el ministro aviniéndose con aquel pensamiento no sin dirigir antes una mirada elocuente al obispo de Rodez.

—He aquí mi plan, monseñor. Son las dos y corro sin tardanza á la casa de mi sabio.....

—¿Dónde vive?

—Calle de Arois, frente de mi casa. Hace la experiencia y á las seis me habré tomado la droga.

—¿Y por qué no la beberéis antes?

—Parque... monseñor... porque.....

—¿Por qué? veamos, hablad, estamos violentos.

—Porque á la cuatro tengo una necesidad extrema de conservar mi color natural.

—Artagnan, sois un mal súbdito.

—Rico de voluntad, señor, si no rico de dinero.

—Pues bien, llevad la redoma, partid pronto y á las seis estad de vuelta.

El caballero habia guardado en su bolsa la botella y salia acompañado de las bendiciones mentales de M. Beaumont, pero el cardenal mudó de opinión y le hizo pasar por una puertecita oculta en la tapicería.

Del Louvre á la calle de Arcis no habia mucha distancia: Artagnan cayó, pues, como una piedra en la tienda del boticario.

—Señor Fleuron, le dijo, queréis ser el proveedor de Su Eminencia?

—Ya lo soy, caballero, y de ello me envanezco.

—¡Eh! pues si os creia frondista!

—Soy el boticario de M. de Gondi.

—¡Bah! el coadjutor está en Vincennes, mientras que Mazarino se encuentra en el Louvre más poderoso que nunca.....

—Señor!.....

—Y puede suprimiros del mundo lo mismo que vuestra botica, sin que nadie se atreva á pronunciar una palabra en vuestra defensa.

—Señor, nunca me ha guiado el interés, y á menos que no se me obligue, nunca haré nada para obtener la protección de M. Mazarino.

—Entonces, dijo Artagnan sacando la redoma de su bolsa y colocándola á poca distancia de M. Fleuron, ¿conocéis esto?

—¿Qué substancia es esa?

—Miradla, «homo sapientie.»

El viejo destapó precavidamente la botella y la llevó á sus narices.

—¿Acaso dijo, será el veneno que iba á matar á vuestro criado?

—No, es una droga que os encargo me analicéis, y que, según afirman, tiene la propiedad de dar un color amarillento á la piel.

—Propiedad singular por cierto, exclamó el viejo mojando ligeramente el dedo volviendo el frasco, y llevándose a la lengua.

—Es decir, que da la apariencia de la tiricia, pero sin ejercer ninguna acción perjudicial en la salud, añadió el bearnés.

—Ya se lo que es, dijo maese Fleuron; este invento es de un charlatán á quien conozco, efectivamente, no es nocivo para la salud, pero tengo cosa mejor, añadió el sabio con orgullo.

—¿De veras? Sois un hombre precioso.

—Una mistura que pasa en la sangre como esta, pero que la procura una nueva existencia y acaso en rigor es una excelente medicina.

—Tanto mejor. Pues bien, querido señor Fleuron, váis á darme vuestra mistura, la cual compro en mejor precio concediéndole más confianza que á ésta.

—¡Ah! es que tengo que componerla.

—¿Y será operación ditada?

—Es preciso triturar..... cosa de una hora.

—Pues bien, componedla, despachad, y está tarde un poco antes de la seis vendré en su busca, y si por casualidad—es preciso preverlo todo—me lo impidiere alguna ocupación, la entregaréis á quien los la pida en mi nombre. ¿Queda convenido, no es así?

—Perfectamente, dijo el viejo frotándose las manos.

—¡Ah! siempre analizad ese licor amarillo, lo cual no puede ser inútil.

—Pero supuesto que os lo reemplazo.....

—Hacedlo, maese Fleuron y os lo agradeceré mucho. Es preciso que os diga que si bien quiero aparentar la

tiricia, no por eso debo ignorar si el que me vendió ese licor no estará en inteligencia con el miserable que ha envenenado mi vino de Roussillón.

—Tenéis razón, señor, y lo haré.

—Os dejo... ¡Ah! ¿a propósito, habéis visto á Champagne? ¿sigue bien?

—Ha traído esto de vuestra parte

Y el viejo designó siete botellas bien conocidas de Artagnan, y no pudo menos de sonreír.

—¡No bebáis ni una gota antes de someterlas al análisis más escrupuloso! exclamó.

—Si todas esas botellas estuvieran envenenadas, respondió Fleuron, mi fortuna estaría hecha. Tendría lo menos cien mil escudos.

—¡Oh, querido señor, vaya un pensamiento atrevido! ¿Y todavía así rehusaríais ser el boticario de M. Mazarrino?

El viejo cambió de color y miró al caballero con espanto.

—Señor, dijo acercándose, soy frondista por amor á la ciencia, porque si mis clientes me abandonaran quedaría reducido á la última miseria.

—Maese Fleuron, me encargo de ponerlos bajo la protección de MM. Vallot y Guénand, y esos ilustres médicos harán vuestra suerte.

—Si hacéis eso, señor, os cuidaré cuando estéis enfermo sin que me paguéis nada.

—Gracias, no abusaré de vuestro ofrecimiento.

Artagnan se dirigió hacia el Marais para encaminarse á la puerta de San Antonio.

El pobre caballero temía faltar á la cita. Sonaban las tres en San Pablo, cuando llegó á la Bastilla.

## XX

Un mes después se habían operado bastantes cambios en las costumbres ó en la posición de algunos de los personajes de esta historia. En primer lugar, el cardinal gracias á la actividad prodigiosa que había sabido imprimir á los trabajos y á las reparaciones, pudo instalarse en el palacio que hizo construir en la calle de Pettis-Champs y que formaba esquina con la callecita Vivien, hoy Vivienne. Sus sobrinas naturalmente lo siguiéron á aquella suntuosa morada, bajo la sobrevigilancia de madama de Venelle quien la podía ejercer más fácilmente que en Louvre.

La señorita Marrinozzi estaba sola en su estrado con M. Dufresnoy, cuando entraron las dos hermanas Mancini. Inmediatamente Ana María dejó su asiento y corrió á e contrarlas llevándolas á una de las ventanas de la galería, donde se encontraba una mesita, sin cuidarse para nada del pintor, el cual acostumbrado sin duda á aquellas alternativas de inmovilidad y de movimiento no se atrevía á quejarse, y sacó furtivamente de su bolsillo un pequeño Horacio que se puso á estudiar con atención.

—¿Y bien, dijo Ana María, estáis ricas hoy?

—He aquí la cosecha, dijo Olimpia poniendo una bolsita de terciopelo sobre la mesa, pero creo que es tiempo ya de detenerse, porque el «signor Guilio» podrá muy bien descubrir el complot.

—¿Cómo quieres que sospeche nada? respondió Ana María: nos da con gran trabajo algún dinero desde hace más de un mes, y nosotras cuidamos de guardar religiosamente la mitad, jugando el resto. Ve que perdo-

tiricia, no por eso debo ignorar si el que me vendió ese licor no estará en inteligencia con el miserable que ha envenenado mi vino de Roussillon.

—Tenéis razón, señor, y lo haré.

—Os dejo. . . . ¡Ah! ¿á propósito, habéis visto á Champagne? ¿sigue bien?

—Ha traído esto de vuestra parte

Y el viejo designó siete botellas bien conocidas de Artagnan, y no pudo menos de sonreír.

—¡No bebáis ni una gota antes de someterlas al análisis más escrupuloso! exclamó.

—Si todas esas botellas estuvieran envenenadas, respondió Fleuron, mi fortuna estaría hecha. Tendría lo menos cien mil escudos.

—¡Oh, querido señor, vaya un pensamiento atrevido! ¿Y todavía así rehusaríais ser el boticario de M. Mazarrino?

El viejo cambió de color y miró al caballero con espanto.

—Señor, dijo acercándose, soy frondista por amor á la ciencia, porque si mis clientes me abandonaran quedaría reducido á la última miseria.

—Maese Fleuron, me encargo de ponerlos bajo la protección de MM. Vallot y Guénand, y esos ilustres médicos harán vuestra suerte.

—Si hacéis eso, señor, os cuidaré cuando estéis enfermo sin que me paguéis nada.

—Gracias, no abusaré de vuestro ofrecimiento.

Artagnan se dirigió hacia el Marais para encaminarse á la puerta de San Antonio.

El pobre caballero temía faltar á la cita. Sonaban las tres en San Pablo, cuando llegó á la Bastilla.

## XX

Un mes después se habían operado bastantes cambios en las costumbres ó en la posición de algunos de los personajes de esta historia. En primer lugar, el cardinal gracias á la actividad prodigiosa que había sabido imprimir á los trabajos y á las reparaciones, pudo instalarse en el palacio que hizo construir en la calle de Pettis-Champs y que formaba esquina con la callecita Vivien, hoy Vivienne. Sus sobrinas naturalmente lo siguiéron á aquella suntuosa morada, bajo la sobrevigilancia de madama de Venelle quien la podía ejercer más fácilmente que en Louvre.

La señorita Marrinozzi estaba sola en su estrado con M. Dufresnoy, cuando entraron las dos hermanas Mancini. Inmediatamente Ana María dejó su asiento y corrió á e contrarlas llevándolas á una de las ventanas de la galería, donde se encontraba una mesita, sin cuidarse para nada del pintor, el cual acostumbrado sin duda á aquellas alternativas de inmovilidad y de movimiento no se atrevía á quejarse, y sacó furtivamente de su bolsillo un pequeño Horacio que se puso á estudiar con atención.

—¿Y bien, dijo Ana María, estáis ricas hoy?

—He aquí la cosecha, dijo Olimpia poniendo una bolsita de terciopelo sobre la mesa, pero creo que es tiempo ya de detenerse, porque el «signor Guilio» podrá muy bien descubrir el complot.

—¿Cómo quieres que sospeche nada? respondió Ana María: nos da con gran trabajo algún dinero desde hace más de un mes, y nosotras cuidamos de guardar religiosamente la mitad, jugando el resto. Ve que perdo-

mos y le ocultamos nuestras ganacias; no es buen plan por cierto?

—Ciertamente, pero confiesa, querida Ana, que tenemos para ti una ceguedad sin ejemplo, puesto que no te has atrevido hasta ahora a confiarnos tus proyectos.

—¿Y acaso yo os pido que me relevéis vuestros secretos? Os he dicho únicamente: Necesito veinte mil libras, ayudadme á reunir las. Entiendo que no estamos muy lejos de ello. Dejadme obrar. Cuando sepáis todo, aprobaréis mi conducta.

—¿No sabremos nada todavía? preguntó Maria Mancini poniendo á su vez su pequeño saco de oro al lado del de su hermana.

—Hagamos la cuenta, dijo Ana Maria abriendo los dos sacos y echando el oro que contenía sobre la carpeta de la mesa con una avidéz que bien podía compararse con la de su tío. Al mismo tiempo sacó de su bolsa un librito de Horas sobre cuya primera hoja se encontraban alineadas con entera perfección numerosos guarismos.

—Yo he traído mil cien libras, dijo Maria Mancini.

—Y yo setecientas tan sólo, dijo con tristeza Olimpia.

—¡Entonces poco nos falta! exclamó alegremente Ana Maria, porque he añadido esta mañana mil cuatrocientas libras que ganó a M. Fouquet.

—Oh! dijo Olimpia, M. Fouquet es un jugador galante y da gusto jugar con él.

—Señoritas!... exclamó la Maravilla de los cabellos rubios sumando, esto hace veintiún mil trescientas libras.

—Entonces sobra ya!

—Tanto mejor, agregó Olimpia, podré por fin jugar por mi cuenta.

—Oh! tú perderás siempre, respondió su hermana.

—Es verdad, porque desde que tú nos has puesto á medias en tu buena acción, hemos tenido una fortuna loca.

—Quedan, pues, mil trescientas libras sin ocupación' aventuró Maria.

—Partámoelas, dijo Olimpia.

—Un instante, interrumpió Ana Maria, las veinte mil libras deben servir efectivamente para una acción, una acción justa sobre todo, se trata de una reparación, pero las mil trescientas que quedan pueden destinarse á una obra de caridad.

—¿Cuál? preguntaron las dos hermanas.

—No sabéis que M. de Mazarinó paga esos cuadros á este excelente M. Dufresnoy, en doscientas libras cada uno!... hizo Ana Maria con una indignación de que participaron desde luego sus primas.

—Esto es indigno!

—Entonces aprobáis el empleo que voy á dar á esas mil trescientas libras que tenemos sobrantes?

—Con todo el corazón.

Ana Maria sacó inmediatamente esa suma de los saquitos de terciopelo, mientras que el resto fué á desaparecer en su bolsa. Las tres jóvenes se dirigieron en seguida con la risa en los labios hacia el pintor que no habia levantado la cabeza y estaba enteramente absorbido en la lectura del poeta latino, pero ninguna tuvo tiempo para abrir la boca, porque entró el cardenal.

Iba seguido del caballero de Artagnan. Mazarino examinó con atención la obra del pintor, y parecia bastante satisfecho?

—Señor Dufresnoy, dijo, he aquí nuestros tres retratos casi concluidos en cuanto á la cabeza, ¿cuánto tiem-

po necesitarías para sacar una copia de cada uno de ellos en miniatura?

— Dos ó tres días, monseñor, respondió el artista.

— Entonces es preciso que emprendáis ese trabajo desde luego y sin descansar, lo entendéis?

— Vuestra Eminencia me permitirá ir á mi casa para traer los objetos necesarios, á fin de dedicarme á ese trabajo desde luego.

— Muy bien, y estas señoritas pondrán de su parte lo que sea necesario, lo cual no podrá enojarlas.

El pintor salió, y las tres primas no suponiendo necesaria su presencia en la galería, lo siguieron con toda prisa alcanzándolo en la escalera. Las dejaremos, pues, platicar juntas para volver á la galería.

Mazarino se sentó en frente del retrato de Ana María y llamó á Artagnan que se ocupaba también en considerar aquel retrato, pero á mayor distancia.

— Señor Artagnan, dijo, ¿tendríais algún inconveniente en emprender un pequeño viaje?

— Depende del país, monseñor.

— Parece que estáis de mal humor, Artagnan.

— No, monseñor.

— Hace un mes cuando más no me acuerdo muy bien, que os dí orden para arrestar á un hombre que podemos considerar en buen derecho como nuestro enemigo común, y cuando íbais á ponerle encima la mano, sois vos arrestado por deudas! ¡por deudas! Habéis salido bien, y todavía os quejáis, en verdad que sois un mal deudor y esto es muy malo!

— Monseñor!

— Sí, lo sé bien! Habéis pagado ya! pero nada lo prueba. No es esto todo: al día siguiente os encargo de experimentar un licor que os entrego, y cuando os es áanos en el Louvre M. de Beaumont y yo, s abe



mos que habéis sido arrestado de nuevo y en qué circunstancias!

— Una equivocación, monseñor!

— Equivocación ó como queráis, pero siempre un escándalo, y así conseguiréis haceros imposible!

— Vuestra Eminencia convendrá sin embargo, en que desde que quedé en libertad he llenado completamente sus deseos, desplegando una ejemplar sagacidad, obedeciendo hasta el capricho de dejar crecer mi barba lo que no deja de contrariarme.

— Vaya un sacrificio!

— Eh! monseñor, puesto que estamos solos, dejadme hablar de esto, porque en verdad que puede confesar Vuestra Eminencia que no lo fatigo demasiado.

— Artagnan, abusáis de mi bondad hacia vos.

— Abuso tan poco, monseñor, que me parezco á Job

en lo pobre, yo vuestro servidor fiel y adicto, en tanto que otros engordan y se roponen Besmaux por ejemplo, no es gobernanador de la Bastilla?

—¡Ah! pero Besmaux ha pagado muy bien su empleo con diez mil libras.

—Diez mil libras que ha perdido haciendo una apuesta con Vuestra Eminencia, monseñor, ¡no confundamos las cosas! exclamó el bearnés rectificando los hechos.

—Es verdad . . . lo olvidaba . . . dijo Mazarino confuso y poniéndose encendido.

—Por fin, monseñor, me habéis prometido sí ó no una compañía?

—Confieso que en otro tiempo, pero hoy . . .

—Hoy, monseñor, las cosas han cambiado bastante, es verdad: pero estoy bien decidido á romper lanzas con la fortuna que no cesa de perseguirme. Me habéis ordenado que deje crecer mi barba, pues bien, esto me servirá para entrar en un convento en vez de volverme á las montañas del Bearn como tenía pensado.

—¿Dejaréis la corte, Artagnan?

—Sí, monseñor, y nada me importa que esto dé en qué pensar á todo el mundo.

—En efecto, Artagnan, dijo el ministro sintiendo el golpe.

—No faltará quien crea que no se saca ni honra ni provecho en servir á Vuestra Eminencia.

—No haréis eso, Artagnan.

—Lo veréis, monseñor ú os veréis obligado á hacerme capitán de las guardias nada más que por vuestra propia conveniencia.

—Vamos, amigo mío, conteneos y reflexionad que os será fácil obtener ese empleo si queréis ayudaros un poco.

—Sí, monseñor, bien sabéis que no tengo un sueldo:

si parto para el Bearn me veré obligado á emprender en algo para buscar mi subsistencia.

—Nunca me hareis creer, Artagnan, que vos os encontráis en esa situación.

—Pues es lo cierto, monseñor, ya he suplicado á Navailles que busque quien quiera comprar mi tenencia.

—¿Veamos cuánto os ha costado esa tenencia?

—Nada, monseñor, es verdad; pero os suplico que no hablemos de dinero; ya le véis es como si quisieramos bajar la luna del firmamento. Queréis que yo encuentre dinero, monseñor, lo comprendo muy bien, pero vos sois todo poderoso, la Francia entera está á vuestros pies, el rey y la reina son casi vuestros súbditos! . . . . y yo . . . . os desafío á que en ese particular pueda obedeceros.

—Sin embargo, calculemos un poco.

—¡Nada de cifras, monseñor! siempre me han ocasionado vértigos y les tengo horror!

—Escuchad, Artagnan, os juro que estoy muy bien dispuesto hacia vos pero si ascendéis á capitán vuestra tenencia volverá al Estado de pleno derecho, y añadiendo unas veinte mil libras . . . porque en fin, debéis comprender que un despacho de capitán bien vale cincuenta mil libras.

—Veinte mil libras para vos, monseñor, es lo mismo que una gota de agua sacada del mar mientras que para mí es un Perú.

—El erario está exhausto, Artagnan.

—Pero es, monseñor, que yo no puedo refaccionarlo.

—Pero tenéis amigos.

—No dudo que se me prestará esa suma, pero tendría que reembolsarla y esto no me sería posible.

—En fin, Artagnan, sois un hombre terrible, y habrá que ceder á lo que queráis, «corpo di Bacco!» . . .

- ¿Monseñor me hará capitán? ...
- Es que no soy yo quien nombra, bien lo sabéis pero hablaré al rey.
- ¿Bien seguro, monseñor?
- Cuando hayáis conversado con M. de Bastillac.
- ¿El tesorero de la reina? gracias, monseñor, parto para el Bearn, tenéis algunos encargos para el camino?
- Sí, precisamente: porque desearía confiaros una misión para ese lado.
- ¿Para dónde?
- Para Burdeos.
- Entonces marcharé ya de capitán, dijo Artagnan resuelto, al ver que el cardenal lo necesitaba, á establecer sus condiciones.
- Hablaré al rey.
- ¿Me lo prometéis, monseñor?
- Os doy mi palabra.
- Entonces, monseñor os escucho.
- Podéis vanagloriaros por haber sabido forzarne la mano, dijo el ministro levantándose y yendo al lado de la puerta de entrada delante de la cual estaba una tapicería.
- Marchó con tanta presteza que cuando levantaba la tapicería un vestido de raso se escapó en el corredor dejando de sí su ruido significativo.
- Ana, exclamó Mazarino, ¿erais vos? ¿escuchábais?
- No tío, dijo Ana volviendo sobre sus pasos, iba á entrar y me he vuelto cuando advertí que estábais conferenciando.
- ¡Vamos, entra! Ya veo que llega M. Dufresnoy apresuradamente. Voy á conversar todavía con M. de Artagnan.
- Ana María entró en la galería cambiando una mirada involuntariamente con el caballero, y se dirigió ha-

cia su estrado, en tanto que el cardenal abría una puerta-ventana que daba acceso á un pequeño jardín.

Mazarino y Artagnan conversaron durante más de una hora paseándose en las avenidas del jardín, y Ana María, colocada delante del pintor, no perdía ninguno de los gestos del caballero: ellos parecían empeñados extraordinariamente en su plática, y más de una vez una nube recelosa plegó dolorosamente el arco delicado de sus rubias cejas.

—M. de Conti y madama de Barada, dijo el cardenal despidiendo á Artagnan he aquí vuestro gran círculo y el carnicero Duretete por complemento, si podéis. Este hombre es la clavija obrera del gran movimiento de Guenna, y sería un gran golpe enviármelo aquí, á la Bastilla, atado de pies y manos. Besmaux fracasó y era el décimo que mandé hace un año, sucediendo lo propio con M. de Candale. A vos os toca conseguir un buen resultado, Artagnan; pero es que este negocio no os haga entorpecer el otro, al contrario.

—¡Ah! son dos asuntos delicados, monseñor, y no hay que impacientarse, pero se necesita dinero.

—Siempre es esa vuestra palabra.

—Ese, monseñor, es el nervio de la intriga.

—Ya arreglaréis todo esto con M. de Beaumont, que actualmente se encuentra en Blaye y con cierto banquero judío de Burdeos, llamado Isacar.

Tendréis una carta de crédito contra él.

—En hora buena.

Artagnan dejó el palacio de Mazarino y se fué maquinalmente del lado de la Bastilla.

Era aquella la hora en que el coadjutor se paseaba sobre la plataforma de la prisión de Estado; pero es necesario remarcar que no había ya tanta afluencia de gente y que la mayor parte de los que paseaban pare-

cian dar muy poca importancia á los saludos del prisionero, de los cuales M. de Retz no era avaro desde lo alto del edificio.

Bien pronto la puerta exterior del bastión de vanguardia se abrió y con gran sorpresa del caballero vió salir de allí á M. Pluchet.

— ¡Eh, buen Dios! ¿qué venis á hacer por aquí maese Pluchet? . . . le dijo; estaréis comprometido en algún mal negocio. No se sale así no más de la Bastilla.

— Ah, ya veo, señor Artagnan, que tenéis poca memoria para las buenas acciones que hacéis.

— De qué queréis hablar maese?

— No disteis á mi esposa una carta para M. de Besmaux, gobernador de la Bastilla, hace ocho días?

— A fe mía, que el diablo me lleve si lo recordaba!

— Pues bien, señor, desde ese día tengo el honor de ser el encargado de proveer de comestibles á los prisioneros de Estado.

— Tanto mejor para ellos, y si algún día lo soy, me procuraréis un poco ¿verdad?

— Para mí será un deber, dijo con seriedad el buen hombre.

— Y veis, maese Pluchet, las ventajas que resultan de estar bien con el poder.

— ¡Ah, señor, si hubiese prestado oídos á mis falsos amigos, estaría ahora en algún calabozo ó colgado como aquel imbécil de Riceus, el de las «Haudriettes»... Pero os dejo, no quiero distraeros, parecéis estar preocupado, señor.

— Y decidme, ¿conocéis la ciudad de Burdeos; querido Pluchet?

— Tengo allí un hermano establecido, señor.

— ¡Ah! . . . y conoceréis á un cierto M. Duretête, síndico de los comerciantes de esta ciudad?

— ¡Oh! un hombre terrible. Mi hermano no ha hablado de él en una carta que hizo escribirnos para tranquilizarnos acerca del estado de las cosas de ese país.

— ¿En qué sentido creéis que sea un hombre terrible?

— Burdeos tiembla en sus manos como un pájaro entre las uñas de un gato . . . No es por cierto perverso pero sí muy sagaz, muy fino. Me acuerdo haberle visto hará diez años, y desde entonces supe calificarlo.

— ¡Ah, sí! dijo Artagnan, pensativo y despidiendo al buen tabernero, quien por su parte fué muy contento á comunicar á su cara mitad el encuentro que había tenido.

— Besmaux y Candale han fracasado en su empresa de prender ó plagiar á Duretête. . . . Yo lo intentaré y será mio, carauba. . . . Robaré á M. de Conti, ¡i es preciso. Mientras más lejos las serpientes, más lejos se hallará el veneno.

Y con este pensamiento que simplificaba de antemano considerablemente la misión que le daba el cardenal corrió á la casa de maese Fleuron, á quien halló como siempre, empeñado en sus elucubraciones.

— M. Fleuron, le dijo al entrar, vengo á despedirme de vos.

— Partid, mi querido señor, tan pronto.

— Pero volveré. Sin embargo, necesito de vuestras luces.

— Hablad, caballero, bien sabéis que soy todo vuestro. ¡Ah, soy tan feliz por haber seguido vuestros consejos. MM. Guénand y Vallot me han dado clientes, y esto hace progresar mis estudios científicos.

— ¡Ah, maese Fleuron! ¿qué pensáis del opio, no lo consideraréis como una substancia admirable?

—Si, señor; substancia peligrosa por cierto. Ved á los orientales, pueblo enervado.

—Y bien, si yo fuera sabio, ¿sabéis maese, lo que buscaría con particular empeño?

—Qué, señor, preguntó el sabio boticario con apresuramiento.

—Una droga que hiciera dormir con más facilidad, que esa: por ejemplo, nada más que aspirándola.

—¡Bah! nosotros casi casi la tenemos, porque no se muere con ella... pero estoy al cabo de encontrar alguna cosa que siguiendo vuestra indicación podía ser aplicada... Esperad, dijo el viejo, yendo á tomar un frasquito del rincón de su laboratorio, voy á ensayar ésto inmediatamente. ¿Tenéis tiempo?

—Si, maese, eso es muy interesante, y estoy seguro de que hartais de mí un adepto decidido, si no prefiriera los arneses de guerra. ¿Qué encierra esta redoma?

—Éter... y vaya si es rico...! Debe tener esta substancia una virtud narcótica, porque la he hecho aspirar últimamente á un enfermo por mucho tiempo, para que volviera en sí.

—¡Diablo!

—Quedando casi en estado de idiotez.

—¡Y cómo decis eso con tanta tranquilidad, maese Fleurón! si conmigo hubierais hecho semejante cosa, creed que os estrangularia.

—He aquí una invención, dijo con misterio, que va á causar una revolución en la ciencia. Esta máquina ha sido construida por mí siguiendo las indicaciones que me transmite un amigo, que es burgomaestre de Pragdeburg, lo cual no imide que sea un sabio... Pero mirad si está ahí mi mancebo... ¡Ah! soy ma-

secundado... ya sabéis donde está la perrera, id á traerme un animal, el más vigoroso.

—Queréis tratar uno de esos pobres animales, ¿y para qué?... Me opongo.

—No hay ningún peligro, id.

Artagnan obedeció y volvió bien pronto con uno de aquellos animales, que habituados acaso á las costumbres del viejo químico, temblaba de pies á cabeza.

—Tened bien, querido señor, dijo el viejo con entusiasmo febril.

Extrajo la botella de la máquina y la aproximó al hocico del perro. Este cayó inmediatamente como herido por un rayo en los brazos del caballero.

—¡Hum! exclamó M. Fleuron con admiración, ¡ya está, ya está!

—Esto es maravilloso, respondió Artagnan, ¿pero volverá en sí?

El químico fué á tomar otro frasco y le hizo aspirar al animal, quien se reanimó gradualmente, despues se alzó sobre sus patas, dió un grito y se lanzó á la calle.

—¡Bravo, gritó el caballero, no volverás á ver más á ese pobre animal... Pero la droga es inmejorable y me siento con un deseo vivísimo de ensayarla en un hombre.

—¿Y seréis capaz de hacerlo? dijo el sabio iluminándosele los ojos de alegría.

—Sin duda: dadme una muestra.

—Consiento, pero con una condición: me daréis una instrucción exacta y circunstanciada de los síntomas que remarquéis, á menos que no prefiráis hacerme testigo presencial de la cosa.

—¡Imposible! será á doscientas leguas de aquí, en mis montañas del Bearn, donde haré el experimento,

—¡Oh! iria al fin del mundo.

—¿Me daréis la redoma, maese Fleurón?

—Hela aquí, pero no os olvidéis. . . . los permenores. . . Y tapó el frasquito con precauciones infinitas. Algunas gotas en una mascada, añadió, serán suficientes.

—Quedad tranquilo, dijo Artagnan, envolviéndolo en la saya. Adiós, maese.

—Si, partid, y escribidme pronto. Esperándeos voy á continuar mis experimentos <in anima vili;> todos mis perros pasarán por la prueba, si es preciso. ¡Esta es una maravilla, una maravilla!

Y Artagnan salió muy contento de su adquisición.

## XXI

Al siguiente dia, sin acatar Champagne la orden que recibió la víspera de no despertar á su amo antes de las nueve de la mañana, el fiel criado á medio vestir entró en su recámara á la madrugada y sacudió vigorosamente las sábanas con que se tapaba Artagnan.

—¡Señor, señor! exclamó, pronto, pronto, ¡arriba!

—¡Ah! ¡Diablo! hizo Artagnan. ¿Los españoles y M. de Condé están en las puertas de París?

—¡Mejor que eso, señor; tomad y ved!

Y el adicto criado mostró á su amo un bolsillo de terciopelo haciendo sonar su contenido alegremente.

—¿Qué es eso, Champagne?

—Veinte mil libras, señora.

Artagnan se incorporó, recibió con desconfianza el bolsillo y miró á Champagne.

—¿De dónde viene esto?

—Señor, respondió aquél, una joven envuelta y de buen no he visto el rostro, aunque juraría que es la

criada de una gran señora, según su elegancia y su porte, lo ha puesto en mis manos.

—¿Una criada? . . . Y Artagnan metió sus manos en el saquillo, de donde sacó una carta, y vació todo el oro en su cama.

Desdobló el billete, y leyó lo que sigue:

«Vuestro arresto en la puerta de San Antonio, me ha hecho conocer que habia cometido una grave falta al pretender hablaros: por otra parte, considero un deber mio daros una recompensa por la pena que os he causado con ese motivo; en consecuencia, os suplico aceptéis eso como un testimonio de mi amistad y de mi estimación. Muy dichosa me consideraría si pudiera pensar que de alguna manera ha podido contribuir á vuestra fortuna, y que allanaba las dificultades que la ingratitud de los hombres ha colocado delante de vos para que os réhusen lo que tenéis merecido. He reflexionado, pues, en lo inconveniente de mi primera determinación, y para castigármela, exijo que no procuréis nunca descubrir el misterio de que desea rodearse la que será de vos, aunque desde lejos, más que una amiga, mejor que una amante—una hermana.»

Artagnan se dejó caer sobre la almohada.

—¡Una hermana! . . . exclamó, quién es esta mujer?

Y permaneció así durante un gran rato entregado á sus reflexiones.

—¡Lo sabré! dijo con resolución saltando fuera del lecho.

Desde este momento, Artagnan sospechó de todas las mujeres á quienes atribuía aquella liberalidad que le permitía alcanzar por fin aquel despacho de capitán. En consecuencia, dió sus instrucciones á Champagne. Pero cuando iba á salir, entró madama Pluchet.

—¡Por fin sois capitán! exclamó saltándole al cuello.  
—Perdón, mi querida madama Pluchet, la dijo Artagnan, pero comprenderéis que necesito salir sin tardanza para apersonarme con M. de Bastillac.

—Dios mío, lo he sabido por M. de Navailles, á quien Pluchet vió esta mañana á su salida del Louvre, y sin pensarlo corria inmediatamente muy contenta. . . . .

—Sí, hija mía no dudo de vuestra alegría, pero. . . .

—Y con una palabra de M. de Navailles, he comprendido. . . . .

—¿Habéis comprendido? . . . . .

—Que necesitáis de todos vuestros amigos.

—¿Madama Pluchet, queréis que nos enfademos para siempre?

—Yo, gran Dios!

—¿Qué es esto?

—Una débil ofrenda para las cajas de M. Bastillac.

—Tomad, madama Pluchet, sois un ángel, pero soy rico, mirad, veinte libras! . . . . .

Y el caballero enseñó el saco lleno de oro.

—Pero caballero, ahora que cambia vuestra posición, tendréis mayores gastos para sostener esa misma representación que váis á ocupar. . . . .

—Pues bien, madama Pluchet, tenéis razón, no habia pensado en eso, pero no quiero, ¿entendéis? no puedo aceptar.

—Porque soy yo, decidlo de una vez, quien os lo ofrece.

—No, os lo juro.

—¡Ah! Artagnan, exclamó la joven llorando, sois un ingrato, y vos. . . . .

—Escuchad, Estébana, tengo menos previsión que vos, es un hecho; pero tengo más prudencia. Conozco

á maesa Pluchet, y no quiero ser motivo de discordia entre vosotros. Es preciso llevarle ese dinero.

—Es mío, enteramente mío.

—Una mujer casada no tiene nada suyo.

—¡Carlos! . . . . . dijo ella con una voz irresistible.

—No, respondió el caballero dando con el pie en el suelo.

—¡Pues bien! . . . . . venid á pedirle á mi marido: os prestará diez, veinte, mil libras, yo me comprometo.

—Estébana, repitió Artagnan sois adorable y os amo, pero no puedo prometeros eso.

—Pues, id á ver hoy á mi marido.

—Pero. . . . . Bien, os lo prometo.

—Con esta seguridad madama Pluchet dejó salir al caballero; pero cuando él hubo cerrado la puerta, los ojos de la hermosa tabernera se fijaron en un papel que estaba sobre la cama. Se aproximó con temor y latiendo el corazón precipitadamente: cuando le hubo tomado, parecia que oprimía un carbón encendido.

Era la carta que acompañaba el envío de las veinte mil Libras.

Madama Pluchet laleyó con calma, la puso en el mismo sitio, enjugó una gruesa lágrima que rodó por su mejilla, quedando otra en sus ojos azules, y salió de la casa.

Cuando estuvo en la calle, se volvió, consideró las ventanas del caballero, y huyó precipitamente murmurando:

—¡Oh, esto acabó para siempre! . . . . .

—Durante este tiempo, Artagnan corrió al palacio Mazarino. El cardenal estaba ausente.

Pero tenía sin duda que hablar á M. Dufresnoy, por que se dirigió hacia la galeria donde trabajaba el pin-

tor aquel día en el retrato de la morena Olimpia Mancini.

Ana María y madama de Venelle estaban sentadas cerca de la ventana.

—Señor Artagnan, exclamó la señorita Mancini, ¡yo no quiero que miréis estos retratos muy fi-o!

—¡Muy feo, señor! ¡oh! cómo decís eso. Este señor ha trasladado admirablemente la expresión de vuestras facciones.

—Sois un adulator, caballero, y no os creo. Lo prueba el que no decís nada del retrato de Ana María que está mejor acabado.

—¡Mejor acabado! exclamó el pintor.

—¡Oh! querido señor Dufresnoy, no lo néis para vos mis palabras. Sé bien que Ana María es cien veces más hermosa que yo, y en consecuencia, ha debido inspiraros mejor.

—¡Olimpia!... dijo la joven aludida.

—¡Vamos, pretendéis acaso que no digo una verdad!... hago juez al señor Artagnan. Veamos, caballero, os lo rogamus, comparad la diferencia que existe en nuestros retratos, y decidid.

—Señoritas, interrumpió madama Venelle sin moverse de su asiento, creo de mi deber prohibir formalmente al señor toda disertación acerca de ese particular.

—¿Por qué, querida señora de Venelle? preguntó Olimpia con la admiración más natural del mundo.

—Eso no es conveniente, respondió la dueña con aire afectado.

—Eso, señora resulta en perjuicio de M. Dufresnoy que ha encontrado la mejor ocasión para un artista: pintar á la vez dos modos de una expresión tan diferente! replicó Artagnan.

—Os suplicó, caballero, no añadáis más, replicó la dueña continuando su piadosa lectura.

—Permitidme insistir, señora, y os diré que es exclusivamente preciso porque casualmente traigo en mi bolsa un texto preciso que citar, un tomo de la señorita de Scudery, en el cual se encuentra establecida la más sublime y sutil al mismo tiempo, la distinción más delicada, digamos, que existe entre las damas morenas y las rubias.

—¡Una novela de la señorita de Scudery! ¡exclamó Olimpia, oh! ¡dadme pronto señor Artagnan, ó mejor leed! ¡leed!

—Perdonad, interrumpió madama de Venelle levantándose y extendiendo la mano, debo antes examinar el libro.

El caballero dió galantemente algunos pasos hacia la anciana y la entregó el volumen con una sonrisa de una finura estremada.

—Señor Artagnan, replicó Olimpia, os hago gracia ahora de vuestra disertación; pero con una condición.

—¿Cuál, señorita?

—Exijo que no miréis más la obra ni el modelo de M. Dufresnoy.

—Señorita, sois una persona adorable, y os doy mi palabra de gentil hombre que me haría matar por vos.

—¡Oh, señor Artagnan, he aquí un ofrecimiento grave! acaso os lo recuerde un día.

Artagnan no pudo menos de admirarse y su mirada reveló su entusiasmo, sus labios se entreabrieron, y exclamó lleno de gozo, con toda la efusión de su alma.

—¡Esta es la hora más feliz de mi vida!

—Señor Artagnan, habéis dicho que os haríais matar por Olimpia. Pues bien; por lo que amáis es necesario más que eso....

—¡Hablad! ¡oh! ¡hablad! . . .

—Es preciso sufrir.

Ana María pasó delante de él, que estremeció como si lo hubiera tocado la ala de un ángel.

Permaneció inmóvil cerca de la ventana, siempre inclinado, y ni oyó que la morena Olimpia le dijo jovialmente:

—Vamos á decir á Su Eminencia que estáis aquí, señor Artagnan.

Cuando Artagnan hubo vuelto completamente de aquel paroxismo, se encontró solo en la galería.

Allí estaban los retratos en miniatura de las dos jóvenes y pensó en apropiarse una de aquellas miniaturas.

Extendía ya su mano hacia la preciosa imagen, cuando entró la señorita Martinozzi. Probablemente su acción había sido sorprendida, porque la joven se adelantó con gravedad hasta la caja del pintor y se apoderó de la miniatura.

—Eso no es bien hecho, caballero! . . . dijo.

—¡Oh! ¡perdonad! . . . exclamó Artagnan cayendo de rodillas; pero voy á partir! . . .

—Mi tío os espera, respondió Ana María, pero me ha permitido que os entregue esto.

Y la joven tendió al caballero, siempre arrodillado ante ella, un pergamino del cual colgaba un escudo de cera roja.

—He aquí vuestro despacho de capitán, añadió.

Artagnan recibió el pergamino con reconocimiento.

Ana María reprimió con dificultad un suspiro y se retiró con lentitud por una puerta situada en el fondo de la galería.

Cuando se levantó, no supo explicarse cómo se encontraba en sus manos el retrato de Ana María y lo envol-

vió con cuidado en el despacho esperando colocarlo en un relicario. Después, pasó á ver al cardenal.

No necesitamos llevar al lector á la conferencia que tuvo nuestro héroe con el cardenal, conferencia que duró más de una hora y que terminó con estas palabras de Mazarino:

—¡Partid mañana en la tarde!

Las tres sobrinas del cardenal pasaron juntas el día y Olimpia exclamó:

—En fin, si ese pobre señor Artagnan supiera lo que va á hacer á Burdeos, preferiría atravesarse el corazón con su espada.

Ana María respondió con un ligero movimiento de cabeza que tal vez quería decir:

—Estoy bien tranquila.

—¡Vamos, confiesa que le amas! . . . dijo María Mancini abrazándola.

—Nunca seré princesa de Conti, respondió la Maravilla de los cabellos rubios.

La misma noche Champagne tomó cierto aire de importancia, y dijo á su amo:

—Señor, he descubierto quién es la dama de las veinte mil libras.

—¡Ah! exclamó Artagnan con atención.

—Quiero decir que he reconocido á la que me las entregó, en un corredor del Louvre, pertenece á la señorita. . .

—Champagne, interrumpió Artagnan con flemma, si algún día abris la boca para hablar de eso, os levanto la tapa de los sesos.

## XXII

Luis Vijé obedeció la súplica de Artagnan y llegó á París en seis días: ya se verá que no había perdido el tiempo, pero en cambio estaba rendido de fatiga.

Champagne se encontraba ausente del domicilio de su amo y madama Morlet le aseguró de que el caballero aún no regresaba.

El cansancio le impidió ir más lejos y cayó sin fuerzas para más en la tienda de la buena mujer, la que vagamente se acordaba de sus facciones y no se atrevió á preguntarle nada temiendo disgustarlo.

Cuando Champagne volvió, cuatro ó cinco horas después, y hubo visto al que preguntaba por su amo, lo reconoció inmediatamente por el pasante de procurador que intervino en aquello del pagaré que le iba á costar hasta la vida. Por lo mismo le despertó rudamente con la intención caritativa de ponerlo fuera.

Pero cuando el poeta, molido por el cansancio, le hubo dicho mirándole lo blanco de los ojos, que venía de parte de M. Carlos, el buen criado le tomó en sus brazos, y le hizo subir inmediatamente al primer piso donde le puso sobre la cama de su amo.

—¿Ha sucedido alguna desgracia al caballero? preguntó con ansiedad.

—Cuando lo dejé, mi querido señor Champagne, respondió el poeta, se encontraba bien, pero al ver que no ha vuelto no podré afirmar que esté bueno y salvo.

—¿Acaso se ha detenido en el camino? . . .

—Sólo le saqué dos ó tres horas de delantera, y soy muy mal jinete.

—En efecto, debería haberos alcanzado cuando me-  
nos.

—¿Qué hora es, Champagne?

—Las diez, señor.

—Es imposible que vaya yo esta noche al Louvre. Acaso al amanecer habrá llegado el caballero, y mi misión esté cumplida.

—Señor, se aventuró á decir Champagne, ¿queréis permitirme que os dé un consejo?

—Hablad, amigo mío; M. de Artagnan me ha dicho que sois un servidor fiel.

—¡Ah! señor, me haría quebrar la cabeza por él sin vacilar.

—Veamos vuestra idea.

—Un consejo generoso es un poderoso recurso, como dice Pedro Corneille.

—Opino que si el amo no se encuentra aquí, es porque está en peligro, y entonces sería bueno no esperar á mañana para ejecutar sus instrucciones.

—No carece de fundamento lo que decís, porque no me ha encargado de esta misión sino para el caso en que yo me adelantara. Tenéis razón, amigo Champagne, voy inmediatamente . . . al Louvre.

—No os preguntaría á quién vais á ver; pero si no conocéis los usos del castillo real . . .

—Sois muy sensato, Champagne, así como yo soy un loco en pretender aventurarme. Vais, pues, á acompañarme y á servirme de guía, porque nunca he puesto los pies en el palacio.

Champagne tomó cierto aire de importancia, se cingió su espada, y los dos salieron de la casa. Pero con grande admiración del criado, el poeta no se dirigió ni al muelle ni á la calle de San Honorato, ni menos todavía á la de Saint-Germain l'Auxerrois.

—Pero señor, dijo, ¿no vamos al Louvre?

—¡Chut! hizo Vijé penetrando en el cementerio de los Inocentes y tomando la dirección de San Eustaquio.

—¡Ah! respondió Champagne que adivinó el objeto de aquel paseo nocturno, no sin admiración al ver cómo aquel joven iba con tanta intrepidez.

Vijé enfiló la calle Coquillere, ganó la de Bons-Enfants, y dió un suspiro de satisfacción poniendo los pies en la de Petist-Champs; pero el buen Champagne se puso inmediatamente delante de él como el punto de una interrogación.

—Si, Champagne os comprendo; este es el fin, ¿pero y los medios?...

—Penetrar al corazón de la plaza no es fácil, señor, á menos que tengáis la contraseña.

—Sigamos adelante, que ya veremos después.

Y siguieron la calle Vivienne.

—Es preciso no imaginarse que la entrada sea fácil, tal es mi opinión.

—Y también la mía, señor.

—Pero aquí tenéis una pared que no es muy elevada; prestadme vuestros hombros.

—¡Ah! señor, bien se conoce que no sois parisiense, en los patios y los jardines hay perros de guarda y otros mil inconvenientes que podrian muy bien seros contrarios, prescindiendo del ruido que hariais al bajar.

—¡Eh! dijo Vijé resueltamente.

—¿Me permitiréis daros otro consejo?

—Bastante bueno me pareció el primero para que esquivé el segundo.

—Pues bien, dejadme escalar el muro, como si fuera un señor.

—Sí; ¿y quien hablará entonces por mí?

—No seré yo por cierto; pero os prepararé el camino.

—De veras, Champagne, que sois un muchacho más

avisado de lo que parecéis. Comprendo que si los perros de ese palacio deben comerse á alguno, no debe ser por cierto al que tiene el secreto. Vaya, amigo mío, aquí están mis manos, trepad.

Y de tres brincos, Champagne se encontró al otro lado del muro, dirigiéndose por el jardín como un buen conocedor del terreno. Cerca de media hora después de su ascenso, durante la cual Vijé creía á cada instante oír los ladridos de los perros, el poeta se sorprendió de ver que Champagne se le dirigía por el ángulo de la calle de Petits-Champs.

—Señor, le dijo, es imposible despertar á nadie en este momento; pero mañana temprano os presentaréis en el palacio preguntando por la signora Fiammetta.

—¡Oh! maese Champagne, tenéis ya inteligencias en la plaza?

—El señor tiene bastante penetración, y los ojos negros de Italia tienen un encanto! . . . . ¡Ah! si no se tratara del señor no me habriais visto volver tan pronto.

Al día siguiente no habia llegado Artagnan, y Luis Vijé se dirigió al Palacio Mazarino preguntando por la señora Fiammetta.

Por una casualidad extraordinaria el suizo pudo designarle á aquella persona que precisamente pasaba por el patio. El poeta se le dirigió apresuradamente, y la morena italiana lo condujo á una cámara pequeña situada en el entresuelo, donde le suplicó esperara.

Cinco minutos después volvió diciendo al poeta que se le suplicaba dijera á ella el negocio que traía; pero Vijé se defendió tan bien y supo rehusar su explicación con tanta destreza, que la joven le dejó de nuevo con una mueca amenazadora, en cuya expresión se apercibía el despecho que le causaba aquella muestra de desconfianza, injuria que no podría perdonar una muchacha.

cha tan linda. Luis no era hombre que se ofendiera por tan poca, y se alegró vivamente cuando vió entrar á Fiammetta con la sonrisa en los labios. Entonces le tomó ella por la mano y abriendo la puerta por donde entró, le introdujo á una cámara inmediata.

El poeta creyó entrar en el paraíso y encontrarse en presencia de la Virgen María: aun intentó doblar una rodilla delante de la rubia y radiante joven que lo acogía sonriendo.

— Venís de lejos, señor? le dijo Ana María, advirtiéndole la expresión de tristeza que se derramaba de los ojos del mensajero.

— Tengo orden de no deciros más que estas palabras, señora.....

— Pronto.... se apresuró á decir la joven interrumpiéndole, porque presentía una mala noticia y quería retardarla lo más posible.

Después, fijando su mirada en Vijé:

— ¿Dónde está hoy? ... preguntó con timidez.

— Lo ignoro, señora, pero puedo juraros que no permanece en Burdeos.

— ¿Por qué os ha enviado?

— Porque temía ser arrestado en el camino.

— ¿Acaso está en peligro su vida? preguntó ella estremeciéndose.

— ¡Oh! no, señora ... dijo Vijé para tranquilizarla, pero interiormente muy inquieto.

— ¿Decidme dónde y cómo lo habéis dejado?

— Acabábamos de escapar de un peligro terrible, él sobre todo, porque la espada y después la pistola de un enemigo, lo habían amenazado. Por lo mismo, viéndose expuesto á ser retardado en su marcha, resolvió multiplicarse para tener dos probabilidades de que tuviérais un aviso acerca de él.

— ¿Y decís que no está amenazada su vida?

— ¡Oh! señora, los hombres de su temple no mueren así nomás.

— ¿Es un gran corazón, no es eso? dijo la joven con embriaguez.

— Es un héroe del tiempo de Carlomagno, señora, con el ardor necesario al tiempo en que vivimos!

— ¿Y cuando os separásteis, lo visteis animado de alguna esperanza?

— Estaba triste, señora, muy triste, por más que procuraba disimularlo.

— Pero sois su amigo, y habéis sorprendido esa tristeza?

— Si, señora.

— ¡Oh! ... repetidme entonces las palabras que os ha encargado para mí.

— Hélas aquí, señora; «Ha ido á Burdeos para casar á vuestra prima con M. de Conti; pero ha estado engañado hasta el último momento: se trata de vos.»

Ana María se levantó pálida, y sus ojos lanzaron un relámpago terrible.

— Fiammetta! gritó.

Entró la camarera inmediatamente.

— Que nadie vea al señor aquí. Esperadme, añadió volviéndose al joven y saludándole con gracia.

Salió del departamento y bajó con rapidez la escalera que conducía á las habitaciones del cardenal. Viendo los salones de espera llenos de una multitud de pretendientes y cortesanos, tomó un corredor al cabo del cual estaba una entrada secreta.

Poco antes de la llegada de Luis Vijé al palacio de Mazarino el cardenal había llamado á M. de Navailles, porque había recibido una carta cuyo contenido lo sor-

prendió extrañamente: aquella carta era de Artagnan y se la enviaba al banquero judío Issachar.

— Navailles, dijo el cardenal al ver entrar al capitán de las guardias, no habéis visto á Artagnan á su llegada?

— Monseñor, si hubiera vuelto el caballero habria comenzado por presentaros sus respetos.

— En efecto . . . pero al menos sabréis donde está.

— Lo considero aún, en su país. Antes de que partiera se dijo mucho que tardaría en su expedición un mes ó dos. Además, monseñor, vos lo debéis saber mejor que nadie, porque ha debido depedirse de Vuestra Eminencia.

— La licencia que se le concedió, se ha cumplido, Navailles.

— ¿Vuestra Eminencia me permitirá decirle lo que pienso sobre esto?

— Sin duda, contestó el cardenal con inquietud viendo que Navailles fruncía las cejas.

— Pues, bien, monseñor. Artagnan ha partido con un despacho de capitán en las bolsas, es verdad, pero tan escaso de dinero que temo por su gloria. En efecto, ha sido más desollado de lo que se esperaba con ese despacho, y su honor se resentía bastante.

— ¿Qué quiere decir eso? . . . exclamó el cardenal admirado del atrevimiento del gentil hombre, el cual pasaba ordinariamente por muy sumiso.

— Monseñor, Artagnan es un muchacho que fácilmente hecha una larga á la licencia, lo conozco bien! Llegado á su país, no habrá podido menos de alegrarse bajo el techo paterno, y allí lo dejará la melancolía.

— ¡Bah! hizo Mazarino que bien sabía que el caballero estaba de vuelta del Bearn.

— ¡Eh! monseñor, tiene bastante orgullo, y apostaría

á que la desesperación podría llevarlo á una empresa resuelta que lo condujera á una extremidad fatal. Frequentemente me lo ha dicho así, es hombre muy capaz de haberse encerrado en un convento de Cartujos, por ejemplo.

— ¡Artagnan cartujo! pues tendría gracia!

— Cien veces me ha dicho, monseñor, que no había gentes más felices.

— Hola . . . hizo Mazarino, reflexionando que si Artagnan había salido de Burdeos de una mala manera, nada remoto sería que se diera á la desesperación como decía Navailles.

— A menos, sin embargo, añadió el gentil hombre, que el placer de detenerse en Burdeos no le haya hecho caer de mala muerte.

— ¿Y qué fué á hacer allí?

— No lo sé; pero la señora de Flavimont y él son antiguos amigos.

— La pobre mujer tiene otros negocios más importantes para que se ocupe del amor! Pero lo que me habéis dicho acerca de los Cartujos me tiene algo inquieto, y quiero cerciorarme, señor Rosé! . . . gritó el cardenal dirigiéndose á una de las puertas del gabinete.

M. de Rosé, su secretario, el que más tarde llegó á miembro del gabinete de Luis XIV, entró con toda la seguridad que le daba la confianza del primer ministro.

— Mi querido señor Rosé, dignaos, os lo suplico, hacer escribir á todas las comunidades de Cartujos que existen en Francia, para informaros si desde hace . . . poco ha entrado en alguna de ellas el caballero Artagnan, cuya filiación pondréis. Pero hacadlo pronto.

— Si ese fuera Cartujo, yo iría á avisarlo á Roma! contestó al secretario, yéndose.

—Monseñor, dijo Navailles, Besmaux se encuentra en el salón; queréis preguntarle algo acerca de su compatriota?

—Sí, llamadlo, respondió Mazarino.

Al mismo tiempo que Besmaux, el nuevo gobernador de la Bastilla, había entrado Bernouin, seguido de un correo que entregó una carta al ministro.

—Esto acaso nos secará de dudas, dijo Mazarino. No, añadió después de haber abierto el pliego, es de M. de Candale que me anuncia que Burdeos será tomado mañana, es decir, el 20, porque escribe con fecha 19, y estamos á 26. Habéis visto semejante tardanza en el correo? En qué ha consistido? preguntó dirigiéndose a portador.

—Monseñor, el Loira ha desbordado en Orleans y me ha sido preciso dar un rodeo por Montargis.

—Pero de todos modos, Burdeos habrá caído en poder de las armas del rey. . . . Ah! cuándo podremos tener noticias más prontas! . . . prosiguió Mazarino leyendo siempre la carta de M. de Candale.

Ah! señor de Besmaux, Candale me dice que os envía un prisionero de importancia. . . . y el prisionero era Artagnan, cogido por Barada en el camino y metido con destino á la Bastilla. Oh! . . . oh! esto es grave, en efecto, porque es nada menos que el famoso Duretete el jefe de los revoltosos bordeleses. La conservaremos allí para hacerla colgar delante de todos, cuando sepamos que la ciudad ha sido tomada. Es preciso hacer un ejemplo. . . Guardadle bien, Besmaux.

—Monseñor, dijo el correo adelantándose respetuosamente.

—Qué hay? preguntó el cardenal.

—Un billete que M. de Candale me entregó en momento de partir, cuando montaba á caballo.

—Ah! Besmaux, el buitre muda de plumas! dijo el cardenal después de haberse impuesto del billete, no es M. Duretete á quien se envía preso; ha habido una equivocación, cosa muy comun en la guerra, y este es simplemente un espía de M. de Condé. Sin embargo, guardadle bien, ya le ahorcaremos cuando haya necesidad.

—Monseñor, ya he dado las órdenes convenientes para que en mi ausencia no se cambie por nada el régimen de la prisión. Vengo á pedir permiso á Vuestra Eminencia.

—Y á dónde váis?

—A San Germán. Su Majestad se ha dignado invitarme para que le acompañe hoy á una cacería.

—Id, amigo mio. Pero decidme, tenéis noticias de Artagnan?

—Está bien, podéis retiraros.

Bernouin entró y deslizó algunas palabras al oído del cardenal. Este ordenó inmediatamente que se le dejara solo.

Dos minutos después, Barada era introducido, con los vestidos en desorden, y llenos de polvo.

—Monseñor, dijo, he querido ser el primero en anunciar á Vuestra Eminencia la sumisión de Burdeos.

—¿Es M. de Candale quien os envía?

—No, monseñor; M. de Candale quiere una batalla y no piensa más que en prepararla.

—Explicaos.

—Reina en Burdeos la más completa división entre M. de Conti y la Ormée: el príncipe se ha echado en brazos del vecindario y del pueblo, y mientras que se ocupa en dar mil rodeos para llegar al fin que se propone, porque no se atreve á descubrir sus intenciones pacíficas ni á su madre, ni á Marsin, Lenet y Nemours,

los Ormistas cometen uno de esos excesos que le eran tan familiares, saqueando el palacio de Flavimont y matando al conde, lo cual acabó de decidir á los paisanos á someterse.

Numerosos soldados de M. de Candale estaban sin embargo dispuestos á penetrar á la ciudad por un subterráneo y se habían apoderado de M. Duretête; pero una inundación repentina del Garona invadió súbitamente el subterráneo, é impidió los avances de los soldados.

Felizmente M. Duretête, ya en poder de aquellos soldados no pudo dirigir la resistencia de los suyos, que á las primeras noticias de la próxima sumisión del pueblo, se retiró exasperado á un arrabal organizando allí la resistencia.

Los duques de Candale y de Vendême han entrado á Burdeos. Pero el cañón está abocado sobre los fosos y el muelle de Borgoña amenazando San Miguel. Sin duda esperan los duques ver reducidos á los Ormistas para escribimos.

—Es una falta! exclamó Mazarino, y como vos considero á Burdeos en poder del rey. ¡Qué es un puñado de rebeldes sin jefe contra un ejército regularizado! Pero los buques españoles y los socorros que fuisteis á pedir á Cromwell, no han llegado?

—Informado con oportunidad M. de San Simón ha cortado el Jironda á los buques, que han debido dirigirse de nuevo al mar.

—Está bien, señor, sois muy hábil en esta negociación, y desde hoy podéis consideraros como perteneciente al parlamento de París; según entiendo era lo que apetecíais?

—Sí, señor, dijo Barada inclinándose con reconocimiento.

—Vais á volver á Burdeos con orden para que M. de Candale haga clavar la cabeza de Duretête en la torre de la Ormée: esto acabará las últimas resistencias. Pero no me decís qué sucedió con M. de Conti?

—En tanto que madama de Condé, el duque de Nemours y M. de Marsin han ido á embarcarse á Pasieillac, M. de Conti se ha retirado al castillo de Cadillac, donde M. de Candale le ha ofrecido hospitalidad.

—¿Y no sabéis más acerca de ese príncipe?..... preguntó Mazarino sonriendo.

—Sire, madama de Barada ha sostenido con más ardor los intereses de Vuestra Eminencia, dijo el consejero frunciendo ligeramente las cejas al recuerdo de Artagnan.

—¿Estáis seguro, conde de Medrano?

—Sí, monseñor; el príncipe de Conti consiente en casarse con la sobrina de Vuestra Eminencia, la señorita de Martinozzi. ....

No había acabado Barada, cuando una puertecita disimulada en la tapicería se abrió con estrépito.

Ana María apareció, blanca como el mármol, y sus ojos fulgurantes detuvieron repentinamente la alegría del cardenal que se frotaba las manos con satisfacción.

—Monseñor, es preciso que os hable, le dijo mirando al consejero con desconfianza.

—Barada, dijo Mazarino trazando algunas líneas sobre un pergamino que tenía estampado el sello de Estado, partid pronto á Burdeos, y cuando volváis habré recibido de vuestro abuelo la acta que os legitima.

—Gracias, monseñor, hizo Barada besando la mano del ministro y alejándose con rapidez.

Ana Maria avanzó, grave y severa hacia el cardenal, que la miraba asombrado.

—¡Eh! querida niña, ¿qué tenéis?

— Tío, le contestó con calma, porque la reflexión la persuadió de que la cólera era mala consejera, tío es verdad?

— ¿Qué cosa? preguntó con embarazo Mazarino.

— ¿Qué me casáis con... M. de Conti?.....

— Pues bien si así fuera, ¿qué tendrías que decir?

— Una cosa bien simple: que es imposible, tío mío.

— ¡Hola! señorita, exclamó el cardenal, vaya una palabra imprudente, y parecéis olvidar que vuestros padres me han delegado toda su autoridad sobre vos.

— Tío, estoy segura de que en estas circunstancias daréis una tregua al ejercicio de los derechos que invocáis. Obedeceros ha sido siempre hasta hoy una ley dulce para mi corazón; pero en este momento os conjuro, no exijáis mi obediencia en una prueba tan dura.

— ¡Qué! ¿rohusaréis casaros con un príncipe de la sangre real de Francia?

— Es el matrimonio el que rehuse y no el marido.

— Bueno, hija mía, dijo Mazarino con buen humor, pero no tenemos tanta prisa; espero que con el tiempo vuestros sentimientos serán más razonables.

— ¡Ah! tío mío, dijo Ana Maria con dolor, porque hubiera preferido que Mazarino se enfureciera, no seréis tan insensible que rompáis de esa manera mi corazón.

— Vuestro corazón no se romperá porque os caséis con M. de Conti.

— ¡Pobres mujeres, Dios mío! exclamó Ana Maria, son tan desgraciadas en el mundo!... Nunca se consultan sus afectos. De repente se les dice: He aquí un hombre que os va á tomar por mujer... casaos con él... ¡Oh! las cosas son mal hechas así!... Monseñor, monseñor, sois muy riguroso, y bien se conoce que no sois mi padre!.....

— ¿Qué decís, Ana Maria?... Eros injusta porque te amo.

— Perdón, tío mío, perdón; pero os cuidáis muy poco de mi felicidad, puesto que pretendéis torcer mis inclinaciones... Bien sabéis que mis gustos son simples y que me contento con poco; pues bien, dejadme vivir como hasta aquí, entre vuestro afecto y mis deberes de cristiana.

— Vaya unos sentimientos perfectos, respondió Mazarino haciendo una muca, una piedad ejemplar; pero no son esos los proyectos que me había formado. Esos proyectos deben realizarse, hija mía, y por más que me digas, no cambiaré de resolución.

— ¿No cambiaréis, tío?

— Creeme, es por tu felicidad por lo que insisto, y vendrá un día en que me lo agradezcas.

— ¿Lo pensáis así, monseñor?

— Lo pienso tan bien, que voy á escribir hoy mismo á M. de Conti.

— Monseñor, os echáis encima una responsabilidad terrible, y llegaré la vez en que tengáis que responder á Dios por haber ocasionado la desgracia de la que os fué confiada.

— Señorita, Dios ve mis intenciones y las juzga. Sabe que he tomado la tarea de trabajar con toda mi alma y con todas mis fuerzas en la gloria de la casa de Francia; me perdonará mis faltas en compensación del objeto á que tienden.

— Esa misión os la habéis dado por ambición y por orgullo, monseñor, y os declaro que no me siento con el deseo de servirle de instrumento.

— Sin embargo, debe haber cierta solidaridad en toda mi familia, y cada uno de sus miembros debe concurrir

á cualquiera empresa susceptible de añadir algo á su lustre.

—Monseñor, los hombres no carecen nunca de razones para discurrir como lo hacéis; dejad á las mujeres encerrarse en el papel que les está encomendado; amar y orar.

—Oraréis á Dios cuanto queráis y amaréis á vuestro esposo. . . .

—Creo haberos dicho, monseñor, que ese matrimonio me era dudoso. Dignaos, os lo suplico, no hablarme más de él.

—Y yo os digo que os casaréis con M. de Conti.

—No, monseñor, no.

—¿Y quien lo impedirá?

—Vos mismo, que no queréis hacer mi desgracia.

—Pues bien, señorita, os engañáis enteramente, y la prueba está en que vais á hacer vuestros preparativos y que os voy á conducir al convento.

—Estoy pronta, monseñor.

—Allá, tu reflexionarás, hija mía.

—Ya he reflexionado bastante, monseñor: nunca me casaré con el esposo que me destináis.

El cardenal se toó una imprecación violenta hiriendo con el puño la mesa; pero la joven no se conmovió; abrió la puerta donde había entrado y desapareció.

Pocos minutos habían corrido, cuando el cardenal se levantó sobresaltado, abrió suavemente aquella puerta y se aventuró por el corredor oscuro que seguía.

Ana María entró en su departamento.

—Eiammetta, dijo con tranquilidad á su camarera, prepara mi equipaje. Nos vamos al convento, hija mía, sin tardanza.

—¡Ah! señora, qué desgracia! exclamó la italiana, yendo á abrir una cómoda.



—Señor, dijo en seguida la joven volviéndose a Vije que con aquellas palabras se puso al corriente de lo que pasaba, podéis decir á la persona que os envía que viva tranquila y que me resigno á sufrirlo todo por su amor.

Iba á arrodillarse el poeta delante de aquella reina para despedirse cuando se abrió la puerta estrepitosamente.

Era el cardenal.

—¡Ah! señorita, dijo con el rostro encendido de cólera; he aquí la causa de vuestra resistencia! . . . Vuestra repugnancia al matrimonio tiene por motivo un sentimiento bien opuesto al que me expresásteis.

—No trataré de mentir, monseñor; eso es verdad.

—Y á quien preferís al esposo ilustre que os he elegido?

—Ese es mi secreto.

—¿No queréis decirlo?

Ana María no respondió, y volviéndose hacia Luis lo hizo comprender con una mirada la resignación y el valor del mártir que radiaba en sus ojos.

—Al menos, señorita, me lo dirá vuestro confidente, exclamó Mazarino designando á Vijé.

Pero la joven se precipitó hacia la puerta y la abrió con rapidez.

—Huid pronto! exclamó.

Vijé no se lo hizo repetir, y Ana María cerró inmediatamente apoyándose sobre la puerta.

Aquel movimiento fué tan rápido como el relámpago, pero el cardenal, no menos vivo, había abierto una ventana y gritó por ella á los numerosos gentiles hombres, criados ó soldados que se encontraban en el patio:

—¡Cerrad todas las puertas y que nadie salga del palacio!

Ana María cayó sobre una silla y Mazarino la abandonó para ir á dar sus órdenes.

Poco tiempo después entraba en su gabinete y tenía delante á madama de Venelle que se estremecía.

—Habéis sido mala cuidadora, señora, le decía con los dientes apretados unos con otros por la cólera; sois muy culpable y para recompensar vuestra vigilancia me veo tentado de enviaros á la Bastilla donde reflexionaréis sobre la educación de los jóvenes hasta el fin de vuestros días.

—Monseñor, decía la pobre mujer arrodillándose, perdoneme vuestra Eminencia pero nunca he visto nada....

—¡Eh! ese es precisamente el mal; debíais haber visto:

—Monseñor, puedo jurar por la salud de mi alma que

no he conocido más que un gentil hombre que haya hablado nunca de cerca á vuestras sobrinas, y si eso no eso....

—¿Si no es?.... preguntó ávidamente Mazarino.

—No me atrevo, Monseñor.

—Hablad, dijo el cardenal con suma violencia.

—Si no es Su Majestad....

—¡Silencio!.... hizo entonces Mazarino mordiéndose los bigotes y pasándose su mano por la frente inundada de su sudor.

Las señoritas Olimpia y María Mancini entraron admiradas y no sabiendo si debían mostrarse sonrientes ó tristes á fin de responder al llamamiento que les había hecho su tío.

Pero el rostro afligido de la señora de Venelle no les presagiaba nada bueno, y por lo mismo tomaron cierto aire de seriedad y esperaron.

—Señoritas; dijo el cardenal dirigiéndoles una sonrisa ó invitándolas á sentarse: tengo que tratar con vosotras de un negocio grave y no dudo que me concederéis las dos, no sólo vuestra atención, sino una aquiescencia completa.

—¿De qué se trata, tío? preguntó María.

—Os lo diré francamente; quiero casar á una de vosotras.

—¿A quién tío? dijeron las dos sonriendo á aquellas palabras que hacen siempre sonreír á las jóvenes, pero con una lijera mueca de inquietud.

—A la que quiera.... Vamos, hablad, dijo el cardenal admirado por el silencio que guardaban las dos hermanas. ¿Qué significa esto?.... añadió, no tenéis lengua? ¿estáis mudas?.... ¿Vamos, Olimpia, quieres comenzar?

—¿Yó, tío?.... ¡Oh! pero eso merece mucha reflexión.

- Y tú, María? dijo Mazarino con impaciencia.
- Yo diré como Olimpia, respondió María Mancini con dulzura.
- Os habéis puesto antes de acuerdo, respondió Mazarino y habéis jurado hacerme rabiar.
- Cómo es eso, mi buen tío?
- Yo no soy vuestro buen tío, señoritas, pues me pagáis con la ingratitud más negra las bondades que os he dispensado.
- Ved á Ana Maria que rehusa casarse y atended á vuestras reticencias que no son otra cosa que una negativa.
- Nombrad á nuestros pretendientes, dijeron con resolución las dos jóvenes.
- Ah! sí, para que discutáis acerca de ellos, no es esto? Antes quiero vuestro consentimiento.
- Entonces, decidnos al menos su calidad, dijo Olimpia.
- Creéis, partidiez, que quisiera daros por esposo á algún desgraciado? Serán dignos de vosotras y de mí, estad seguras.
- A Ana Maria le habéis querido dar el príncipe de Conti. . .
- Ya sabéis eso? . . .
- Ella no nos oculta nada.
- Ah, conque no es oculta nada. . . . Entonces vais á decirme el nombre de su amante.
- Las dos jóvenes irguieron la cabeza con orgullo.
- Ana Maria Martinozzi no tiene amante, monseñor, dijeron.
- El que ella ama al menos.
- Las dos guardaron silencio.
- Cuando no se hace la confesión es porque da vergüenza, dijo con ironía el cardenal.

—Monseñor, es que no sabemos el nombre del hombre que pueda amar mi prima, respondió Olimpia; pero de seguro que al ser distinguido por ello debe ser digno del amor de una reina.

El cardenal comprendió muy bien que no podía sacar nada, y se entregó sin reserva á la mayor indignación. Resolvió disimular persuadido de que la violencia no le daría nunca buenos resultados, y conociendo que en todo el curso de su laboriosa existencia no había conseguido jamás buen éxito si no era contemporizando.

Sin embargo, el mismo día una carroza escoltada por gentiles hombres de confianza condujo á las tres primas y á la señora de Venelle al convento de las Carmelitas de Pontoise.

Artagnan, á quien creía Mazarino que era el prisionero Duretete, fué llevado preso á la Bastilla, en virtud de haber sido sorprendido por Candale y por Burada, que querian vengarse del caballero. Fué llevado en una carroza, la cual se detuvo en un gran patio llamado del Gobierno, donde se encontraba la habitación del gobernador. Un oficial se presentó á la portezuela del carruaje y recibió del excento la carta de prisión, la orden de encarcelamiento.

—Ah, viene de la Guyena, dijo leyendo la firma de M. de Candale consignando al primer ministro.

Mientras tanto Artagnan que había bajado, se sacudía, se estiraba, y procuraba reparar el desorden que su largo viaje había dejado en sus vestidos.

—Conducid á este hombre á la torre de la libertad, número 14, dijo el oficial á un sargento que estaba á su lado.

—Vamos, venid conmigo, dijo el sargento á Artagnan.

- Eh? dijo el caballero volviéndose.
- A vos es á quien hablo.
- A mí valiente ... Vamos, dadme el placer de repetirme.
- Os he dicho que sigáis.
- A dónde.
- A la libertad.....
- Perfectamente; pero antes desearia....
- No tenemos tiempo de platicar, marchemos.
- Perdonad, dijo Artagnan, pero este no es el puente por donde se va....
- Es preciso seguir al sargento, amigo mio, está encargado de encarcelaros.
- ¡Encarcelarme! pero ha hablado de libertad!
- La Libertad es el nombre de una de las torres de la fortaleza.
- Nombre bien singular para una prisión por cierto; pero antes de que se proceda á mi encarcelamiento, os tomaréis la molestia de prevenir al gobernador que quisiera hablarle.
- Está ausente, respondió el oficial, quien comenzaban á fastidiarle aquellas palabras.
- M. de Besmaux no está en el castillo?
- No.
- Y dónde se encuentra, si no hay indiscreción en preguntaros?
- Qué os importa.
- Perdonad, pero me importá mucho.
- Qué tenéis que decir al Gobernador?
- Sois demasiado curioso, señor oficial.
- Soy teniente del rey, y reemplazo al gobernador en su ausencia.
- Pues bien, señor, esperaré el regreso de M. de Besmaux.

- Estáis loco, amigo mio, dijo el oficial.
- Antes os haré advertir que soy en extremo político con vos, y que ya van dos ocasiones que me llamáis vuestro oficial sin que nada os autorice para semejante familiaridad.
- ¿Qué quiere decir eso?
- En seguida os suplico crea que no hay ninguna extravagancia en que quiera yo esperar á la vuelta del señor gobernador.
- Señor, respondió el oficial, no tenemos tiempo para detenernos en semejantes debates; sois prisionero de Estado y os hago encarcelar sin ir más allá.
- Número 14, agregó volviéndose al sargento.
- Muy bien, replicó Artagnan, consiento en ir á esperar lo vuelta de M. de Besmaux en aquella torre tan extrañamente nombrada, pero os prevengo que tengo cosas de mucha importancia que confiado y que vos seréis responsable de todo retard.
- Está bien. Vuelve esta noche.
- No lo olvidéis, señor, os lo suplico, porque M. de Besmaux os agradecerá bastante tan sólo que pronuncieis mi nombre.
- Vuestro nombre. Y qué nombre es eso?
- Como se encuentra en el pliego cerrado?
- No, respondió el teniente consultando de nuevo la carta.
- Ah!..... hizo el caballero reflexionando. Pues bien, provenidme que un gentil hombre, arrestado por un error, y procedente de la Guyena, se le recomienda Y después de saludar al oficial con toda la elegancia de un cortesano, saludo que le fué devuelto con no menos cortesía, Artagnan iba á seguir al sargento cuando el oficial lo llamó.

—Perdonad, señor, pero aprehendido por error ó á sabiendas, es preciso que os sometáis al reglamento de la casa.

—A fe mía, que consiento en ello, aunque no sea más que por curiosidad.

—Primero, entregadme la vaina en defecto de la espada.

—Con gusto, querido señor, porque de nada me serviría.

—Ahora, lleváis algún dinero?

—Bien poco, por cierto.

—Os suplico que me lo entreguéis.

—¡Oh! eso sí es duro.

—Es la orden.

—He aquí mi dinero, señor.

—No tenéis nada más?

—Nada.

—Esta sortija...

—La queréis también, pues tomadla. ¡Peste, qué con signal!

—No lleváis otras alhajas?

—Ninguna.

—Permitidme que os registre.

—Sois muy escrupuloso, dijo Artagnan entregándose al oficial.

—Algo tenéis aquí dijo el teniente llevando la mano al pecho del prisionero.

—Justo, pero es un simple medallón sin ningún valor, una simple miniatura, un retrato.

—Dadmele.

—Es absolutamente preciso?

—Es la regla.

—Vuestra regla es bien cruel, y me admira que haya gentiles hombres con voluntad para ejecutarla. Sin

embargo, desearía que esta miniatura no fuera vista por ninguno. ¿Sois gentil hombre, señor?

—¡Acabemos! dijo con impaciencia el oficial que no lo era, y cuya pregunta lo hizo poner encendido.

—Queréis el retrato y es preciso satisfaceros, porque además, considero que seriais capaz de arrancármelo por la fuerza.

Artagnan metió la mano en su peripunto, sacó el medallón y apoyó su puño sobre el cristal que se rompió y cayó por tierra. Después, con su dedo ensangrentado frotó la imagen, y cuando entregó el medallón al oficial, el marfil no presentaba más que una mancha rojiza que cubría un bulto de mujer medio borrado.

—Señor, exclamó el teniente del rey, daré cuenta al gobernador.

—Podéis hacerlo y os invito á ello muy particularmente. ¿Ya no tenéis otra cosa que exigir? en ese caso, marchemos sargento.

El sargento torció la izquierda, y llamó al alcaide de la torre de la Libertad.

El sacrificio del retrato de Ana María que habia tenido necesidad de hacer, sumió á Artagnan en una sombría tristeza; por eso es que no prestó atención á las nuevas formalidades de su prisión.

Quando su pensamiento quedó libre, se encontró encerrado en cuatro paredes negras, en medio de una especie de calabozo alumbrado por un ventanillo estrecho, sin bastidores, situado á más de diez pies del suelo y proyectando en la muralla una luz oblicua y débil.

La noche fué viniendo insensiblemente, en tanto que su imaginación trabajaba sin descanso, y la obscuridad en que se encontró Artagnan le hizo pensar

con bastante verosimilitud, que el gobernador debía estar de vuelta en el castillo.

En consecuencia, se puso á dar golpes en la puerta con los talones, con la insistencia de un hombre que quiere ser oído.

Por fin, se hizo oír una voz áspera, y bien pronto pasados pesados y desiguales anunciaron al prisionero que su llamamiento había sido comprendido: en consecuencia, esperó.

—¿Es el número 14 el que arma esa zambra? dijo el carcelero abriendo los enormes cerrojos de la puerta y entrando en el calabozo con la linterna por delante. ¿Sois vos quien llama? ¿qué queréis?

—Amigo mío, desearía saber si el gobernador está de vuelta; y en ese caso que se me lleve á su presencia lo más pronto.

—¿Solamente eso queréis saber?

—Me parece que para mí es de una importancia extrema; no tengo la costumbre de dormir en una prisión, y se me hace tarde recobrar mi libertad.

—Si era para semejante simpleza, gruñó el carcelero, podíais haber evitado el escándalo.

—¡Ah! ¡picaro, no estáis á mi servicio?

—Soy carcelero y no doméstico, respondió el hombre con acento sombrío y dando un paso hacia la puerta para irse.

Pero aquel movimiento fué advertido por Artagnan. Aquel hombre cojeaba de una manera muy particular, y el caballero recordó de pronto un conocido por aquel defecto. Recapacitó en su imaginación, pero no pudo ver su rostro al cual no llegaban los rayos de la linterna.

—Tenéis razón, añadió dulcificándose porque no creía deber procurarse un chomigo de aquel agente subal-

lerno, sois carcelero, amigo mío, lo conozco; pero no pueden conciliarse esas funciones, con un servicio que á mi salida, que será muy próxima, pronto sabré recompensar con largueza?

—El gobernador no está en el castillo.

—¿Y me he de acostar en esa cama?

—Se duerme aquí muy bien, sobre todo cuando ha sido uno soldado como vos.

—¿Con que me conocéis, amigo?

—¡Toma! sois el caballero Artagnan.

—¡Buena! si me conoces no habrá necesidad de esperar la vuelta de M. de Besmaux: ve á ver al teniente del rey y le dirás...

—No me mezclo en lo que no me corresponde.

—No es como una obligación como yo te lo pido, amigo mío, y la prueba la tienes en que ese mismo teniente del rey tiene en sus manos, en depósito, unos treinta luises de mi pertenencia: te los doy.

—Mi sueldo me satisface y no necesito de más. Nunca tendré ocasión de gastar lo que ahorrara, puesto que tengo de morir en la Bastilla, añadió el carcelero con voz sorda.

—¡Pobre mozo! ¡te compadezco!...

—Sí, ¡compadéceme! eso está bien, por Dios!

—¡Eh! ¿qué quieres decir?

—Si estoy aquí lo debo á vos.

—¿A mí? ¿pues quién eres?

—Vaya, mirad, dijo el carcelero llevando la linterna á la altura de sus facciones.

—¡Sin Par! exclamó espantado Artagnan.

—Si, Sin Par, que os tiene en su poder y no os soltará! dijo el carcelero saliendo vivamente y cerrando la puerta con estrépito.

—¡Miserable! exclamó el caballero.

Artagnan se encontró en una obscuridad todavía más espesa, porque la ventanilla no dejaba entrever más que un cielo completamente negro y tempestuoso.

—¡Oh! es imposible, se decía, ese perdido no tendrá nunca el poder suficiente para hacerme espirar el castigo que le han aplicado. . . . Besmaux se inquietará de su nuevo prisionero. . . . querrá verle. . . . Pero acaso no sea así. . . . ¡Oh! pero me acuerdo. . . . de los prisioneros salidos de la Bastilla, Bussy-Rabutin, Rochefort y tantos otros que me han centado. . . . aquí no es humano. . . . pasa al estado de cifra. . . . estoy en el número 14. . . . El mismo Besmaux no me designará de otra manera! . . .

Sin embargo, recordó que en las enumeraciones hechas otras veces por Besmaux, debido á los beneficios realizados por el gobernador de la Bastilla, se había asignado una cantidad determinada para cada prisionero según su condición, y que si la mesa de un príncipe estaba servida á razón de cincuenta libras diarias, el mantenimiento de un noble debía costar cuando menos diez.

Una vez tranquilizado ya sobre aquel punto importante, se puso á reflexionar acerca de las últimas palabras escapadas á Sin Par el día anterior.

—¡No os soltaré! había dicho aquel hombre.

El espíritu y la astusia eran impotentes; por lo mismo tenía que ensayar la fuerza. Colocarse tras de la puerta del calabozo, esperar la llegada del guardián, tirar de la puerta, echar al carcelero al calabozo, encerrarlo y salvarse, era un plan admirable. Pero pecaba en la base: tras del carcelero había corredores y escaleras desconocidas, frecuentadas por soldados ó guardadas por centinelas, la alcaidía habitada por el alcaide y su familia, después el patio, un cuerpo de guardia por

donde era necesario pasar, un conserje, un puente levadizo y su reja cerrada. . . . inmensas dificultades; y además, acaso Besmaux se encontraba ausente todavía.

—¡Loçural se dijo Artagnan, es mejor esperar.

Pero aquel pensamiento consolador, le trajo el recuerdo del pasado y se preguntó felicitándose si Vijé habría podido llegar á París y apersonarse con la dama, misterioso objeto de su amor insensato.

A medio día, cuando Sin Par le trajo una escasa pitanza compuesta de una especie de potaje, de un plato de puchero y de un jarro de vino, había resuelto interrogar á aquel hombre. Por su parte, el carcelero no entró sin precauciones en el calabozo y estaba armado de un par de pistolas y de un cuchillo.

—Y bien, decidme, ¿ha regresado el gobernador?

—No, respondió Sin Par sin dejar de mirarlo.

—¿Sois simple carcelero, ó carcelero en jefe?

La expresión de la respuesta muda de Sin Par, se podía traducir así:

—No os importa.

El caballero guardó silencio.

Cuando se hubo cerrado la puerta, se levantó de su asiento y fué á aplicar su oído contra el espeso tablero. Entonces oyó mezclado á la marcha desigual del picaro carcelero que su mala fortuna le había dado, los pasos de otras muchas personas. Aquella circunstancia le hizo adoptar un plan de conducta que resolvió poner en ejecución á la primera visita.

En la noche, á las siete, Sin Par volvió trayendo la comida que consistía en un plato de vianda asada.

—¿No traes vino? preguntó Artagnan con mal humor.

—La ración de la mañana sirve para todo el día, respondió el carcelero.

— Este régimen no es aceptable; y me quejaré al gobernador.

— Estáis en vuestro derecho.

— Hacedlo venir.

— ¡Ah!... hizo sin Par, que comprendió la intención que os daría gusto Su Excelencia?

— Es que Su Excelencia es de mis amigos, y vendrá inmediatamente.

El carcelero levantó los hombros y salió.

Artagnan corrió como en la mañana, colocó el oído contra la puerta, pero aquella vez no oyó más que los pasos del cojo que se alejaba tranquilamente.

— Evidentemente, se dijo, estoy solo en esta parte de la prisión, ó en mi conchuyo la distribución de los alimentos.

Tenia hambre y comió.

— Pero es Pluchet, exclamó, es Pluchet quien provee á los prisioneros de la Bastilla!... Estoy salvado!...

Y con aquella idea esperó pacientemente á la comida del otro día prometiéndose no callar más su nombre en lo de adelante y gritar siempre por todas partes para llegar á hacerse oír.

Al día siguiente el eterno potaje y el inolvidable bucy fueron colocados sobre la piedra.

— ¡Todavía el pucherol! exclamó Artagnan, y tan malo como el de ayer. Este es intolerable! Están robando á Su Majestad, porque todo sería carísimo por quince sueldos! ¿No se puede servir mejor?

— Es poco probable, respondió Sin Par.

— Pues bien, entretanto pued' quejarme al gobernador, ¿no podríais transmitir mis observaciones al cocinero?

— No, respondió el carcelero.

El caballero hizo un movimiento hácia él; pero Sin

Par salió para atrás con la pistola en guardia. Artagnan tomó el asiento y lo lanzó contra la puerta.

— ¿Qué significa esta camorra? preguntó una voz con acento de autoridad.

Artagnan no pudo oír la respuesta de su enemigo pero se prometió hacer otro tanto por la noche, porque según toda probabilidad, al ruido entraría la persona que habia hablado.

Por la noche solamente se entreabrió la puerta y un pedazo de pan fué puesto en el suelo por una mano furtiva.

— Cuando seáis más razonable, se os alimentará mejor, dijo la voz de Sin Par á través de la puerta.

Aquella medida pueril importó poco al caballero, pero le convenció de una manera muy positiva de que se encontraba enteramente á la merced de aquel hombre y que la lucha era casi imposible con una fiera tan sa-gaz. Su valor no se abatió por eso, pero á la mañana siguiente, después de una noche de insomnio y de sueños los más lúgubros, despertó con algún desaliento.

— ¿Qué hará ella?... se preguntaba. ¿Le habrá hablado Vijé?... ¿se atravesará á resistir?... ¿a su tío?... ¿Qué habrá ocurrido desde que salí de Burdeos?... Hace ya cuatro dias que estoy encerrado aquí. ¡Oh! acabaré por volverme loco... Si pudiera adivinar!... Sí, son ya cuatro dias...

Y Artagnan contó por los dedos para estar más seguro: después, á fin de no engañarse, hizo cuatro rayas en la pared por medio de un clavo que en su ociosidad habia podido descubrir en la obscuridad de su calabozo haciéndolas proceder de la fecha de su entrada, es decir, el 16 de Junio de 1693.

— Bassompierre estuvo aquí doce años, se dijo limpiándose las gotas de sudor que brotaban de su frente

á la sola idea de que le estuviera reservada una suerte igual.

—¿Querrá el cardenal hacerme desaparecer decididamente?... se dijo en seguida. ¡Oh! no, me profesa algún cariño, y sólo Vijé podría traicionarme... Pero estoy seguro de él.

Se había recostado sobre su pésima cama, cuando entró Sin Par, empleando siempre las precauciones acostumbradas.

—¡Bueno!... dijo el carcelero gruñendo... nos hacemos ahora los enfermos...

El caballero no respondió y se volvió del lado de la pared, lo que hizo crujir el lecho produciendo un ruido que Sin Par tomó por un quejido.

—¡Oh! aquí no hay enfermería, añadió el carcelero retirándose con su andar desigual.

—¡Imbécil! dijo el caballero, cuando aquel hubo salido.

Y se incorporó.

Iba á levantarse para comer, pero se arrepintió de prouto diciendo:

—¡Vaya una idea! me haré el enfermo, y para comenzar, no comeré hoy.

Por la noche, Sin Par encontró intacta la comida y se adelantó siempre con el dedo en el gatillo de la pistola hasta el lecho del caballero.

—¿Con que decididamente nos fingimos enfermos? dijo; mala táctica.

Durante los días siguientes, Sin Par se admiró de encontrar siempre intactos los alimentos que había llevado. Primero había llamado su atención la fuerza de carácter de aquel hombre, cuyo vigor había probado ya con la espada en la mano; después sus sentidos groseros no pudieron admitir que un mortal se condenara

con tanta benevolencia á morir de hambre. Así fué que se preguntó seriamente si su prisionero estaría de veras enfermo.

Georgin, llamado Sin Par, no era admirado por una sensibilidad excesiva; pero conocía perfectamente sus intereses y tuvo miedo por un momento de que si el prisionero empeoraba se le acusaría de un crimen por no haber avisado.

Sin embargo, el deseo de la venganza animaba su alma y se calló.

Pero por agudo que fuera su odio, su espíritu no tenía tales alcances que pudiera combinar con inteligencia una trama en apariencia muy simple.

El séptimo día de la cautividad de Artagnan y el cuarto de su abstinencia forzada, Sin Par cometió una falta.

Después de haber puesto sobre la piedra la comida del prisionero, se llevó inadvertidamente la de la vispera.

Artagnan había contado con sus fuerzas y estaba al cabo de su objeto; por fin su enfermedad era ya verdadera; una fiebre ardiente lo clavaba en el lecho en el que se acostó voluntariamente.

Sin embargo, tuvo bastante energía para arrastrarse hasta la puerta á fin de escuchar las palabras que podía cambiar su verdugo con las personas que lo acompañaban siempre en la distribución de la mañana.

—¿Por qué no ha comido ayer el prisionero? preguntó uno de los que quedaron en el corredor y que probablemente se fijó en los platos que llevaba Sin Par.

—No lo sé; balbuceó el cojo.

—¿Está enfermo?

—No, dijo Sin Par.

—No importa,.... quiero verle; abridme.

Artagnan dió un suspiro de satisfacción y de triunfo, y no tuvo tiempo de volver á su lecho.

No bien se hubo sentado cuando fué presa de un desvanecimiento.

Vió como en una nube que la puerta del calabozo se abría y que un hombre se aproximaba al lecho con Sin Par, en tanto que un tercero esperaba en el corredor; pero eso fué todo; cerró los ojos y se desmayó.

—¡Pero este prisionero se muera! exclamó el recien llegado que no era otro que el carcelero principal de la torre de la Libertad.

—No sé que tiene... dijo Sin Par confuso; hace muchos dias que se queja en efecto.

—Y no habéis dicho nada, dijo con mal humor el carcelero.

—Creía que no era cosa de cuidado y además no había puesto atención, contestó sin Par aturdido.

—Es preciso avisar al médico del castillo, dijo el carcelero yéndose; yo me encargo de ello.

Tres horas después el médico entró en la prisión introducido por Sin Par; pero el infortunado número 14, siempre tendido sobre la cama, presa de la fiebre, con los ojos apagados y los miembros vencidos por una extrema atonía, tenía una mordaza entre los dientes.

Acostumbrado sin duda el médico á ver emplear semejantes precauciones, no se atrevió á decir nada en contra de una medida que ordenaba la razón de Estado y examinó con atención al enfermo.

—Este hombre está moribundo, dijo el doctor; es preciso sangrarle.

A aquellas palabras Artagnan tuvo un resto de fuerza é hizo un movimiento negativo de una elocuencia tal—porque no dejaba de comprender que una sangría lo mataba—que el médico se admiró.

—¿Podéis decirme cómo empezó vuestra enfermedad?

El caballero enseñó su pecho y explicó por la contracción de su rostro que sufría horriblemente: después alineó los cinco dedos de su mano derecha y los llevó á su boca por dos veces.

—¿Qué habéis sido envenenado?... exclamó el médico que no comprendía aquella pantomima.

—No, replicó Artagnan con el gesto, y se llevó los dedos á la boca con tanta insistencia que el doctor advino por fin lo que quería decir.

—Tengo hambre,

Se verá que la mordaza, recurso extremo del miserable Sin Par, le había dado la medida de lo que podía ser aquel hombre, y renunciaba á luchar con un campeón tan fuerte.

—¡La vida y la fuerza!... se decía el caballero interiormente invocando el socorro del médico como hubiera invocado á Dios.—Después yo mataré á Sin Par o él me matará á mi...

—Ha querido dejarse morir de hambre, dijo Sin Par.

—Si, afirmo Artagnan con la mirada.

—¿Y renunciáis ahora? preguntó el doctor.

—Sí, respondió haciendo una seña de que quería comer inmediatamente.

—¡Oh! muy bien, replicó el médico, es preciso mucho cuidado. ¡Diablo! un exceso en los alimentos os mataría.

Un cuarto de hora después, Sin Par libertó á Artagnan de la mordaza, y bien seguro de su debilidad le hizo devorar una buena ración de carne, seguida de otra que llevó por la noche.

Al dia siguiente despertó al despuntar el dia y muy sutiles todavía sus sentidos por la dieta, Artagnan oyó

cerca de la cama una especie de rasquido producido por un instrumento agudo sobre la piedra.

— ¡Es un ratón! pensó.

Y tocó ligeramente con los dedos sobre aquella parte de la pared.

El ruido cesó.

Peró al cabo de media hora volvió á oirse de nuevo.

— ¡Hola... hizo Artagnan incorporándose penosamente y prestando atención á aquel ruido.

Aquella vez se guardó bien de llevar la mano á la pared.

— Es un prisionero que trabaja por su libertad, se dijo levantando los ojos al cielo en señal de gratitud. El desgraciado se engaña... vendría á caer en otro calabozo! añadió con desesperacion.

Y escucho el ruido ligero del hierro con un placer sin igual: habia cesado hacia ya mucho tiempo, y aun creia escucharlo.

— Fuerzas, Señor, dadme fuerzas... y yo le ayudaré! Si no podemos huir, al menos seremos dos!

### XVIII

Artagnan habia contado con su fortaleza. La abstinencia á la cual se condenó, la falta de ejercicio, la falta de aire, sobre todo, lo habian debilitado extraordinariamente; de manera que ocho dias se pasaron aun sin que pudiera levantarse.

Por la noche, y hasta después de las diez de la mañana, sorprendió siempre el ruido ha habia advertido. No era ya dudoso para él que aquello provenia de un compañero que la casualidad lo enviaba. Habituaado poco á

poco con la idea de una reunión, respondia con frecuencia á aquel ruido con golpecitos secos dados en la pared.

Hasta el día en que contaba poder cooperar á la obra común, se limitó á reunir los más útiles posibles, y no sin trabajo logró arrancar de la pared una de las grandes agujas que sustentan la colgadura de su lecho, poniendo á su lado una de las escudillas de barro en que su guardián le llevaba la comida.

No sin un violento latido de corazón, atacó á su vez una mañana el cimientó de una piedra oculta detrás de las cortinas, reconociendo antes la dirección en que trabajaba su compañero. Habia temido aquel instante, porque se figuraba que el prisionero no se atreveria á continuar su trabajo, no obstante sus invitaciones precedentes, pero vió con alegría que desde que su hierro chocaba contra la piedra, su vecino parecia redoblar su energía y su actividad. Se comprende que aquel género de trabajo no avanzaba mucho, y al cabo de una hora Artagnan no habia conseguido más que romper dos pulgadas cuando más de una de las cuatro juntas de una loza de pie y medio. Aquel resultado, por pequeño que fuese, contribuyó á animar su valor, y por lo mismo volvió á su tarea con mayor empeño.

Cuando se acercó la hora de la comida, ocultó su trabajo por medio de la cortina y se recostó en el lecho, donde sin par le encontró adormecido. No será necesario decir que á medida que el preso recobraba su salud, el carcelero iba desplegando para su seguridad personal todas sus antiguas precauciones.

— Eres muy injusto, le dijo Artagnan con mansedumbre; ya no quiero más lucha; me has vencido, y aunque tu presencia no me sea de lo más agradable, quiero mejor verte que estar solo.

cerca de la cama una especie de rasquido producido por un instrumento agudo sobre la piedra.

— ¡Es un ratón! pensó.

Y tocó ligeramente con los dedos sobre aquella parte de la pared.

El ruido cesó.

Peró al cabo de media hora volvió á oirse de nuevo.

— ¡Hola... hizo Artagnan incorporándose penosamente y prestando atención á aquel ruido.

Aquella vez se guardó bien de llevar la mano á la pared.

— Es un prisionero que trabaja por su libertad, se dijo levantando los ojos al cielo en señal de gratitud. El desgraciado se engaña... vendría á caer en otro calabozo! añadió con desesperacion.

Y escucho el ruido ligero del hierro con un placer sin igual: habia cesado hacia ya mucho tiempo, y aun creia escucharlo.

— Fuerzas, Señor, dadme fuerzas... y yo le ayudaré! Si no podemos huir, al menos seremos dos!

### XVIII

Artagnan habia contado con su fortaleza. La abstinencia á la cual se condenó, la falta de ejercicio, la falta de aire, sobre todo, lo habian debilitado extraordinariamente; de manera que ocho días se pasaron aun sin que pudiera levantarse.

Por la noche, y hasta después de las diez de la mañana, sorprendió siempre el ruido ha habia advertido. No era ya dudoso para él que aquello provenia de un compañero que la casualidad lo enviaba. Habituaado poco á

poco con la idea de una reunión, respondia con frecuencia á aquel ruido con golpecitos secos dados en la pared.

Hasta el día en que contaba poder cooperar á la obra común, se limitó á reunir los más útiles posibles, y no sin trabajo logró arrancar de la pared una de las grandes agujas que sustentan la colgadura de su lecho, poniendo á su lado una de las escudillas de barro en que su guardián le llevaba la comida.

No sin un violento latido de corazón, atacó á su vez una mañana el cimientó de una piedra oculta detrás de las cortinas, reconociendo antes la dirección en que trabajaba su compañero. Habia temido aquel instante, porque se figuraba que el prisionero no se atreveria á continuar su trabajo, no obstante sus invitaciones precedentes, pero vió con alegría que desde que su hierro chocaba contra la piedra, su vecino parecia redoblar su energía y su actividad. Se comprende que aquel género de trabajo no avanzaba mucho, y al cabo de una hora Artagnan no habia conseguido más que romper dos pulgadas cuando más de una de las cuatro juntas de una loza de pie y medio. Aquel resultado, por pequeño que fuese, contribuyó á animar su valor, y por lo mismo volvió á su tarea con mayor empeño.

Cuando se acercó la hora de la comida, ocultó su trabajo por medio de la cortina y se recostó en el lecho, donde sin par le encontró adormecido. No será necesario decir que á medida que el preso recobraba su salud, el carcelero iba desplegando para su seguridad personal todas sus antiguas precauciones.

— Eres muy injusto, le dijo Artagnan con mansedumbre; ya no quiero más lucha; me has vencido, y aunque tu presencia no me sea de lo más agradable, quiero mejor verte que estar solo.

—¿Si, eh? dijo Sin Par admirado; que queréis ahora tomarme por la dulzura.

—Decídmelo tienes el instinto del mal, amigo mío, y comienzo á creer que es por tu salud por lo que te han encerrado aquí.

—Habría preferido que me colgaran, respondió Sin Par con voz sombría.

—¡Oh, qué mezquindad! . . . Tú no dices lo que sientes.

—Es una verdad á medias, porque conservo una esperanza.

—¿La de evadírte, ó ser perdonado?

—No, la de vengarme.

—Vengarte . . . de mí? . . . Tu lo estás ya, porque yo me encuentro aquí por un error, y cumples bastante bien tu oficio para que la luz llegue á mí.

—Hay un hombre, añadió el carcelero haciendo jugar la llave de su pistola, á quien si alguna vez encuentro delante mí, en cualquiera parte que sea, aun cuando fuera al lado del rey ó del cardenal, le haré saltar la tapa de los sesos con esto, ó le daré una puñalada en el cuello.

—¡Ah! . . . ¿y ese hombre quién es?

—No sé su nombre, dijo el asesino con una amenaza desesperada.

—Apostaría á que es el que os mandaba en el Cours-la-Reine?

—Y el mínimo que pagó la puñalada de Bouillon, sí.

—Esto es divertido, ya sé algo, dijo Artagnan.

—¿Le conocéis. . . preguntó con ansiedad Sin Par.

—De vista, sí, solamente de vista, respondió el caballero que se resolvió á explotar aquella disposición particular del carcelero.

Una vez salido Sin Par, Artagnan advirtió que sus

vestidos estaban llenos de polvo producido por su trabajo, y se preguntó cómo haría para desembarazarse de los materiales que iba inevitablemente á sacar de la pared, si su excavación le daba resultado.

Ningún ruido cercano venía por su ventana, y acabó por pensar que acaso daba á algún foso lleno de aguas corrompidas, pero esperó á la noche para asegurarse.

Vino la noche y enteramente tranquilo por aquella parte, se despojó de sus vestidos á fin de preservarlos de toda humedad, y atacó la juntura de su piedra con vigor, admirándose de que su compañero no le ayudara en el trabajo. Pasó toda la noche excavando, ayudado por la luna y por su vista que se había acostumbrado á las tinieblas.

Al día siguiente, —porque en el mes de Julio amanece temprano, — continuó su tarea, y pocos instantes después tuvo la satisfacción de advertir que su vecino lo seguía.

Evidentemente era un perezoso que prefería dormir por la noche.

A medio día Sin Par le llevó la comida y no despegó los labios. Su aspecto era más sombrío que nunca, y Artagnan creyó leer en su rostro una lucha terrible entre sus diferentes deseos de venganza.

Cuatro días se pasaron sin que hubiera ningún cambio en la situación respectiva de aquellos dos hombres si no era que el caballero había llegado á fuerza de presiones sabia mente calculadas, destrozándose las uñas y merced también á hábiles inyecciones de agua entre las juntas, á separar enteramente una piedra.

Aquel a piedra, de pie y medio de longitud presentaba un cubo casi perfecto.

Se concebirá que era en extremo pesada y que había que hacer grandes esfuerzos cada vez que se trataba de retirarla y de volverla á poner. Artagnan procuró sin embargo, reducirla á la mitad por medio de una cuña de madera que hizo hinchar mojándola una vez metida en una hendidura practicada en la espesura de la piedra. Un día entero tuvo que emplear en aquel trabajo, y merced á una lluvia abundante que cayó la

che siguiente, los centinelas no oyeron al choque de los fragmentos que salían de la tronera de la calabozo de nuestro héroe.

En el alvéolo formado por la piedra separada, Artagnan trabajó sin descansar, pero sin emplear ya las precauciones meticulosas que anteriormente. Por la noche llegó a servirse de un fragmento como martillo, y era tal la espesura de los muros de aquella fortaleza que tenía por nombre la Bastilla, que el ruido casi se amortiguaba enteramente.

Nueve días transcurrieron aún, de trabajo el más duro, y en el hueco de la excavación casi cabía ya la mitad del cuerpo de Artagnan; pero sus progresos picaron seguramente la emulación de su compañero, puesto que sus golpes de martillo respectivos se oían distintamente, y los prisioneros pudieron cambiar algunas palabras ahogadas mutuamente animándose para redoblar su ardor.

Artagnan, que trabajaba con asiduidad, principalmente por la noche, llegó por fin al punto en que la piedra que se presentaba ante él cedió á su esfuerzo, se resbaló y cayó en una cavidad extendiéndose encima del nivel del agujero que practicaba.

Continuó arrastrándose como un reptil, levantó su piedra detenida por una punta y se adelantó llevándola delante de sí. Recorrió de esa manera un camino bastante considerable, como veinte pies, y cuando la piedra cayó por fin en el cuerno donde desembocaba el agujero, era ya de día.

Al ruido que hizo la piedra al caer Artagnan vió á un hombre acostado sobre el lecho situado en la otra extremidad de la pieza, el cual despertó sobresaltado y se levantó con precipitación.

—¡Luis Vijé! exclamó reconociendo desde luego al joven bordelés.

—¿Quién sois? ... preguntó el poeta retrocediendo.

—Vuestro vecino de calabozo.

—¡Vos! dijo Vijé adelantándose con los brazos abiertos.

—Sí, sí, amigo mío, respondió Artagnan estrechándole sobre su corazón y llevándole á la luz.

—¡Artagnan! exclamó el joven en el colmo de la admiración.

—¡Vos aquí, vos también! ...

—¿Pero vos? ...

—Y ella, ante todo, amigo mío, habládme de ella.

Vijé refirió su llegada á París, la cooperación de Champagne á su entrada al palacio Mazarino, su entrevista, con la Maravilla de los cabellos rubios y lo que siguió á ella, es decir, la entrada del cardenal y su arresto.

—¿Pobre amigo, dijo Artagnan, besando al poeta en la frente, es por mí por quien sufrís? ...

—Puesto que os he encontrado, todo se olvida; bien sabéis que si amo la vida es por vos.

—¿Pero queréis huir?

Por continuar sirviendoos.

—¿Corazón generoso, cuánto os amo!

—Pero vaya, ya que nuestros calabozos se comunican, no nos evadiremos luego luego.

—El cardenal sabe todo ... dijo Artagnan con resolución.

—Menos vuestro nombre.

—Acaso ... dijo el caballero alzando la cabeza.

¿No estoy aquí y tratado de una manera ...

—En efecto, cómo os encontráis en la Bastilla?

Artagnan refirió á su vez partido forzada del ejército del duque de Candale, á consecuencia de la superchería de Durelète; el contratiempo que le había hecho experimentar la ausencia del gobernador el mismo día de su llegada á la Bastilla, y las persecuciones de Sin Par.

En efecto, el gobernador está ausente, dijo el poeta cuando el caballero hubo acabado, y hasta ayer no había vuelto.

—¿Desde hace un mes! es increíble. Tal vez os lo oculten también.

—He aquí lo que ha pasado, porque lo sé todo: yo salgo de mi calabozo durante dos horas cada día y me paseo con los demás prisioneros por la azotea de la torre, platicando también con los oficiales de la guarnición. M. de Besmaux, amante apasionado de la caza, acompañó al rey á Saint-Germain para correr el ciervo; pero un medio del día su caballo cayó y en la caída de

M. Bexmaux se dislocó un brazo. Ese accidente le impidió volver á Paris; pero lo más desagradable del negocio es que el practicante llamado inmediatamente para componerle el brazo no era muy aventajado que digamos en su profesión y ha hecho tan mal la operación que el cirujano del rey fué obligado al día siguiente á deshacer lo hecho y á trabajar de nuevo.

—¡Qué fatalidad! exclamó Artagnan.

—Pero tranquilízate, caballero, yo estoy aquí y ese miserable carcelero no os guardará ya el secreto; soy yo quien os lo dice, yo el número 12! porque no soy más que una cifra, como vos sin duda para todos esos brutos!

Las buenas palabras y la alegría del poeta reanimaron al desgraciado caballero y cosa de una hora se pasó así hablando de todo.

—Pero, dijo Artagnan, ¿cómo habéis podido en un mes hacer un agujero semejante, cuando yo en quince días no pude agujerar más que tres pies á lo sumo?

—¡Ah! eso es toda una historia, dijo el poeta. Durante los primeros días de mi cautividad, meditaba escondido sobre mi lecho buscando distracciones en la lectura de las bellas sentencias filosóficas y oraciones católicas con que están tapizadas las paredes de este calabozo. Unas recomendaban la paciencia, otras el perdón de las injurias; aquellas explicaban lo despreciable de la vida, las de más allá hablaban de otra vida. No faltaban entre ellas algunas que invocaban al espíritu del mal, y después una aspiración á la muerte.

—Todas en latín, á lo que veo, dijo Artagnan dirigiendo sus miradas á las paredes, cuyas piedras tenían sus inscripciones á la altura de un hombre.

—He descifrado todo esto con la paciencia de un benedictino, y he acabado por encontrar en esa tarea un placer real, palabra de honor.

—¡Pobre mucho!

—¡Ah! querido Artagnan, también bendigo hoy á mis padres que, á pesar de su pobreza, pusieron darme algunos estudios, y también al cielo por haberme aficionado á la latinidad. Escuchad: había entre todas esas inscripciones descifradas por mí con bastante facilidad á pesar de sus abreviaturas en estilo lapidario, una sen-

tencia que me fué imposible comprender: no tenía más que pocas palabras; héla aquí; juzgad vos.

Y Vijé enseñó, apoyándose contra el muro, á dos pasos del agujero, una losa bastante ancha, encima de la cual estaba grabado lo siguiente:

\*\*\*

AVE MARIA,

*Hic. for. in. vine. coop.*

*Lib. eci. mor. inter.*

*Macte.*

—No trataré de leerla, dijo Artagnan.

—Dos días pasé rumiando esas palabras, añadió Vijé, y por fin una noche, como Arquímedes, logré escribir: «¡Eureka!»—Las palabras «Ave Maria» están únicamente para disimular una oración, á fin de apartar á los curiosos indiscretos; pero lo demás dice así:—«Hic, (est.) se supone» «foramen in vincula captum: liberate exilio (ant.) se deja entender,» «morte interruptum. ¡Macte!»

—Explicadme todo eso y llegaremos más pronto al fin, mi querido sabio.

—«Aquí hay un agujero comenzado en la prisión, interrumpido por la libertad, el destierro ó la muerte del cautivo. ¡Valor!»

—Comprendo, dijo Artagnan, el pobre diablo ha querido que uno de sus sucesores aproveche su trabajo.

—¡Esto es! Es una latinidad excelente, pero tuve valor! Me eché á todo riesgo sobre la piedra y cedí. Encontré detrás una colección de instrumentos muy ingeniosos, después un orificio profundo, y á fe mía que no vacilé en continuar la obra. Pero por ejemplo, cuando comencé á atacar las piedras del fondo, no dudaba que érais vos quien me animaba.

Hablaron así toda la mañana, y después Artagnan se levantó.

—Me salvo, dijo, bien pronto llegará la hora de comer, y mi verdugo va á venir.

—No lo será ya por mucho tiempo, os lo juro, y si no os ponen pronto en libertad lo extrangularemos entre los dos.

—Hasta más ver, dijo Artagnan deslizándose por el agujero, sobre el cual Vijé colocó la losa con cuidado.

## XIX

Vijé se había hecho amigo entre los pasantes de la azotea, y entre otros contaba al cardenal de Retz que había tenido ocasión de verlo antes en la casa de Barada, y le había tomado gran afecto. Le refirió inmediatamente el estado de secuestro en que un carcelero subalterno, tenía de autoridad propia á un gentil hombre. El coadjutor brincó de cólera, y aunque el poeta no le ocultara que se trataba de Artagnan, capitán de las guardias y favorito de Mazarino, porque el pobre caballero pasaba por tal, bien gratuitamente por cierto, y por consecuencia uno de sus enemigos políticos, de un salto se puso cerca del oficial de servicio que se paseaba igualmente en la azotea.

—Señor, le dijo con los ojos animados y el rostro encendido de indignación, ha vuelto por fin el gobernador?

—Todavía no, monseñor, respondió el oficial pero lo esperamos hoy mismo.

—Entonces, señor, os ruego me lleveis delante del teniente del rey ó le hagais subir aquí. Deseo hablar con él de cosas bien graves.

—A fe mía, monseñor, dijo el oficial saludándola, se diría que Vuestra Eminencia cuenta como un hada, porque ved al gobernador en persona.

En efecto, Besmaux, de vuelta hacia una hora, con el brazo atado, comenzaba la visita de las diferentes partes de la prisión de Estado. Recibió al coadjutor con la más profunda deferencia, y le preguntó, no sin ansiedad cual era la causa de su viva agitación.

—Señor, respondió Condi, hay en estos momentos secuestrado en uno de los calabozos de la Libertad, un gentil hombre de vuestros amigos, compatriota nuestro, y si no me equivoco como consecuencia de una venganza personal de parte de un carcelero.

—Es imposible, monseñor, respondió el gobernador inclinando la cabeza.

El cura celero en jefe de la Libertad es un buen hom-

ber, muy rígido acerca de la disciplina y el reglamento pero incapaz de una bribonada.

—Señor, es afirmo que lo que os digo es verdad  
—Sabe Vuestra Eminencia el nombre de ese gentil hombre?

—El caballero de Artagnan, respondió M. de Condi.  
—Artagnan! él en la Bastilla! Es imposible. Es un error!

El coadjutor se volvió y dirigió á lo lejos una mirada interrogativa á Vijé, quien se puso un dedo sobre los labios.

—Libertad, número 14, señor gobernador, no lo olvidéis, añadió el cardenal.

—Voy inmediatamente, dijo Besmaux; pero antes, ágrego volviendo sobre sus pasos, debo anunciaros, monseñor, que he recibido órdenes relativas á vos: vais á dejar la Bastilla.

—¡Libre!... hizo el cardenal con admiración.

—¡Oh! no tanto, monseñor, vais á pasar á otra prisión de Estado. Dignaos hacer vuestros preparativos que yo me voy á ocupar inmediatamente de M. de Artagnan, dijo el gobernador dejando la azotea, porque recordaba la inquietud en que había encontrado á Mazarino respecto de la suerte de su compatriota, el día que partió para aquella casería que le tuvo por tanto tiempo separada de su puesto.

—Hace un mes se dijo: el cardenal debe estar muerto.

Mientras tanto el coadjutor se despidió de todos los prisioneros, dando á besar su mano á Vijé.

—Hijo querido, le dijo, escribiré al cardenal, y si no os ponen libre, no será mía la culpa.

—Monseñor respondió Vijé, si me estimáis en algo, no digais nada sobre mí al cardenal, os lo suplico, es la mejor manera de serme útil.

Antes de dirigirse al calabozo de Artagnan, Besmaux creyó de su deber, por prudencia, consultar el libro de entradas con relación al número 14 de la Libertad.

Cuando llegaban al umbral de su habitación en el piso bajo de la cual se encontraban las oficinas de administración y su gabinete, el puente levadizo se bajó

con su estrépito ordinario de cadenas y de contrapuentes. A fin de ver al nuevo prisionero que llegaba, se detuvo, pero se encontró con el teniente del crimen M. Tardieu que bajaba del carruaje.

Iba seguido de un hombre envuelto en una capa, á cuya fisonomía estaba habituado Besmaux; por lo mismo lo miró con espanto.

—Vengo á negocios, señor gobernador, dijo el teniente del crimen después de hacer una seña á su acompañante para que entrara en el cuerpo de guardia.

—Se trata de interrogar á un prisionero enviado por M. de Candale hace cosa de tres semanas.

—Veamos los libros, dijo Besmaux introduciendo en su gabinete á M. Tardieu.

Besmaux abrió un grueso registro y recorrió todos los días trascurridos desde aquel tiempo, llegando hasta el 16 de Junio.

—Veo aquí, dijo un prisionero enviado por M. de Candale, registrado bajo el nombre de Duretete.

—Ese es precisamente á quien vengo á interrogar, dijo el teniente del crimen.

—¡Holá!... hizo Besmaux,.... está encerrado en la libertad número 14.

Y el gobernador reflexionó profundamente: no sabía como conciliar el tenor del asunto, apoyado en la carta de remisión, con lo que le había revelado el coadjutor y acostumbrado como lo estaba á la sagacidad y las maquinaciones de Mazarino, no se atrevía á levantar el velo del misterio que ocultaba aquel negocio.

En consecuencia, se reservó para esclarecer por sí mismo la aventura, é hizo conducir al magistrado y al escribano á la prisión.

Sin Par sintió sobre manera la llegada de M. Tardieu, y aobre todo cuando el carcelero en jefe de la Libertad manifestó la intención de acompañar por sí mismo al magistrado al número 14 y marchó en seguida delante de él para enseñarle el camino; pero había dicho con tanta frecuencia á su superior que aquel prisionero era loco y furioso, que esperaba salir del mal paso por donde su animosidad lo llevaba.

El carcelero abrió la puerta del calabozo, y encontró Artagnan á sentarse sobre su lecho sumido en las re-

flexiones que la esperanza, entrada últimamente en su corazón, hacia nacer en su imaginación, puso un escabel en medio de la cámara y mientras que el escribano iba á apostarse en el lugar donde la luz era más viva á fin de ver mejor para la redacción del proceso verbal, el teniente del crimen se sentó en el escabel y despidió al carcelero.

Artagnan siguió aquellos preparativos con sorpresa; pero se sentía algo alarmado por las apariencias que su negocio comenzaba á tomar. Saludó, pues, á M. Tardieu con la más exquisita política, porque le reconoció perfectamente, y sin añadir una palabra se dirigió tranquilamente al lugar donde la luz proyectada por la ventanilla le diera en el rostro, con gran disgusto del escribano.

—Señor Artagnan! exclamó el magistrado en el colmo de la admiración.

—Sí, señor, soy yo.

—¡Vos!... Pero ese belitre ha equivocado seguramente el calabozo.

—No, señor, no lo creo, porque si estoy aquí es por un error muy singular.

—Sería extraño en efecto. Explicaos.

—Venís acaso para interrogar á un llamado Duretete?

—Precisamente; ó más bien á un espiá del príncipe de Condé.

—Pues bien, soy yo que por una de esas maniobras tan comunes en las guerras de escaramuza ó de sagacidad, me encuentro sustituyendo al que quería yo mismo enviar al cardenal de acuerdo con M. de Candale.

—Es bien posible.

—Señor teniente del crimen, os doy mi palabra de gentil-hombre.

El magistrado se quedó pensativo un instante.

—Señor Artagnan, replicó después; quiero creer lo que afirmáis; pero tengo deberes que llenar y no me es permitido interpretarlos. Por lo mismo, reservándome lo que las circunstancias puedan presentar de favorable á vuestra causa, procederé á vuestro interrogatorio.

—Es que no puedo aceptar la situación tal cual se presenta. No sin reconocimiento y haciendo justicia á

vuestra benevolencia, os manifesto que me es imposible responder á ninguna de las preguntas que podáis dirigirme.

—Sin embargo...

—No revelaré nada, más que á Su Eminencia.

—Señor, os repito que debo llenar mi ministerio, y que sería desobedecer el mandato que me ha dado Su Eminencia, retirarme de aquí sin haber interrogado antes.

—Os juro que tengo el deseo más grande de reconocer vuestras bondades, pero no responderé nada.

—Cuidado, caballero, dijo M. de Tardieu frunciendo las cejas.

—¡Ah! supongo que no entrará en vuestra misión ni en vuestro deseo someterme por medio de extremos alicativos?

—Señor Artagnan, la justicia tiene obligaciones y formalidades con las cuales un magistrado no podía transigir. No queréis responder, sea; el hecho será consignado en mi proceso verbal; pero no puedo ocultaros que estaba previsto al caso, y que en consecuencia tengo el expreso mandato de obligaros...

—Señor, que tenéis la reputación de un magistrado severo ó rígido; pero os creo también un hombre honrado. Tenéis la misión de interrogar á un llamado Duretête, ó en su lugar á un espía de M. de Condé. Bien sabéis que mi nombre no es Duretête, que el mío es de una antigua nobleza, que me viene de mi padre, un compañero del rey Enrique, lo que me hace enorgullecerme; además, tengo el honor de ser uno de los más fieles servidores de su majestad, y en consecuencia de Su Eminencia. No es, pues, permitido que yo tenga nada de común con un espía de M. de Condé, que está en abierta rebelión contra su rey.

—Todo es muy lógico, caballero, dijo el magistrado levantándose, y me someto á vuestras razones. Aplazo para más tarde mi interrogatorio y... lo que sigue ¿eh?...

—Os quedo agradecido por esa determinación, aunque debo añadir que nunca aceptaré ningún interrogatorio ni lo que lo siga; y que jamás se me hará confesar lo más mínimo.

—Está bien.

—Perdonad, señor, pero si me atreviera á daros un consejo sería que vierais lo más pronto al cardenal y le dijerais lo que pasa.

—A eso voy, caballero, y espero enviaros una orden de libertad, porque pienso, añadió M. Tardieu sonriendo, que efectivamente sois víctima de un error funesto.

Diciendo estas palabras el teniente del crimen estaba ya en la puerta; pero Artagnan le detuvo.

—Perdonad todavía, pero antes de vuestra partida tengo que hacer os una queja.

—Hablad.

—Primero os suplico hagáis entrar al carcelero.

M. Tardieu llamó: la puerta se abrió y entro el carcelero.

Artagnan refirió entonces con todos sus detalles las persecuciones de que había sido objeto, lo cual indignó al carcelero quien juró castigar al dependiente.

—El gobernador lo sabrá todo, dijo el teniente del crimen, porque voy á imponerlo en seguida.

M. Tardieu y el carcelero bajaron á la alcaidía, pero Sin Par había desaparecido.

El magistrado subió al carruaje sin decir nada á Besmaux, porque juzgaba que sólo el cardenal debía tener conocimiento de aquel negocio.

Iba á dar la orden á su cochero para que marchara, cuando el hombre que vino á la Bastilla en su compañía se aproximó al carruaje, siempre envuelto en su capa.

—Quedaos aquí, maese, le dijo el magistrado; vuestra tarea sólo está aplazada; y en todo caso no dejéis el castillo sin mi orden.

El hombre obedeció y entró en el cuerpo de guardia.

Una hora después el teniente del crimen era introducido en el gabinete del ministro.

El cardenal, cuando le anunciaron su visita, pensó que podía haber ocurrido algo de extraordinario, pues lo que volvía tan pronto. Despidió en consecuencia á madama de Venelle, la cual, con los ojos enrojecidos por el llanto, estaba de rodillas delante de él.

— Señor, os juro que no he podido descubrir aún, dijo la dueña levantándose.

— Basta, señora, retiraos, y tenéos por muy dichosa si no os envío á alguna buena prisión de Estado.

— ¡Ah, monseñor! si yo supiera el nombre de ese caballero, creed que me haría un deber....

— Ya lo sabré, es fuerza.... En cuanto á ella, cederá, ó la romperé como vidrio. Idos.

En ese momento entró M. Tardieu.

— Y bien, señor teniente del crimen, dijo el cardenal que conservaba un mal humor visible después de la entrevista con la dueña de sus sobrinas, ¿haremos colgar ó enredar á ese prisionero?

— Ignore, monseñor, cuál de los dos castigos merece, porque no ha querido responder.

— Entonces habréis recurrido á los otros medios?

— No, monseñor, porque M. de Artagnan afirma que es inocente.

— ¿Eh?.... hizo el cardenal M. de Artagnan?

— Precisamente porque protesta de su inocencia, es por lo que M. de Artagnan pretende que es inútil todo interrogatorio.

— ¿Qué me decís? estoy asombrado de ver que M. de Artagnan llega tan á propósito. Qué diablós tiene que hacer en esto. No es á él ciertamente á quien me refiero para juzgar del grado de culpabilidad de un acusado, en tanta que vos, M. Tardieu, tenéis calidad para ello. Veamos, ese prisionero no ha querido responder?.....

— Monseñor, M. de Artagnan....

— Todavía M. de Artagnan! Pero lo habéis visto por ventura para que os haya edificado así respecto del espía?

— Vengo de verlo ahora.

— Sois más feliz que yo, porque hace mucho tiempo que en vano pregunto á todos por él. Le he hecho buscar inútilmente por todas partes.

— Estoy encantado, monseñor, y esto me confirma en la opinión que ya tenía de que no es culpable.

— ¡Eh! ¡Artagnan culpable! No necesito de vuestra fi rruación para estar tranquilo sobre eso. Aquí no se

trata sino de saber si el prisionero es un espía del príncipe.

— Monseñor, creéis que ese prisionero sea culpable sin que Artagnan lo sea?

— ¡Ah, mi querido señor Tardieu, estamos hablando enigmáticamente y no os comprendo. Decidme de una vez qué tiene de común Artagnan con ese prisionero, para que le pongáis en juego eternamente con él.

— Monseñor, difícilmente podremos entendernos, á lo que creo, si no me dejáis hablar libremente. Tenga paciencia Vuestra Eminencia, y responda solamente si ó no.

— Hablad, pues.

— No me ha enviado Vuestra Eminencia una memoria escrita de su mano á fin de que fuese á la Bastilla para interrogar á un prisionero procedente de Burdeos?

— Sí.

— Entonces Vuestra Eminencia se dignará decirme cómo pretende que ese prisionero sea culpable y que al mismo tiempo M. de Artagnan sea inocente, puesto que esos dos personajes no son más que uno?

¿Artagnan está en la Bastilla?

— Encerrado, si monseñor, é incomunicado.

— ¡Vaya que es bien extraño! se dijo Mazarino reflexionando. Seguramente eso no ha sucedido sin motivo.... Se dejaría ganar Artagnan por el príncipe?... ¡Eh, no sería el único.

Esto, señor teniente del crimen, os hace volver á la Bastilla y proceder, cuente lo que cuente, respecto de Artagnan.... No tenía idea de semejante conducta.... Cierto, señor Tardieu, os juro que desearía que pudiera justificarse, ha sido mi amigo, pero si es culpable, no tendré piedad para él, porque su crimen será entonces duplicado por su más negra ingratitud.

— No me habéis dicho, monseñor, lo que haré si rehusa contestar.....

— Si rehusa, le haréis su proceso como á un mudo.

Y... la persona que he llevado.

— La haréis volver.

El teniente del crimen saludó para despedirse; pero el cardenal que acababa de tomar de sobre la mesa una

carta de sus sobrinas traída por madama de Venelle, se arrepintió y llamó al magistrado.

— Señor Tardien, le dijo, hay igualmente en la Bastilla un hombre á quien interrogaréis también, con una piedra mataréis dos pájaros.

— Sobre qué objeto, monseñor.

— Voy á decirlo, contestó Mazarino levantándose; pero como es absolutamente preciso que vaya á casa de la reina, venid en mi compañía y os daré mis instrucciones en el camino.

El ministro, tomando el brazo de M. Tardieu, salió de sus habitaciones hablándole en voz tan baja que ninguno de los nobles que lo saludaron al paso pudo oír una palabra.

Al acabar las escaleras se encontraron con un hombre que subía.

— Era Barada.

El cardenal le hizo acercar.

— Habéis conocido en Burdeos á Don Marcial? le preguntó.

— Sí, monseñor, contestó el consejero palideciendo.

— Está bien.

Y se pusieron á hablar en voz baja los tres.

## XX

Una vez en la soledad, después de la partida del téniente del crimen, Artagnan se dijo por vía de consuelo:

— Vamos, ese buen Tardien no es tan negro como se le supone y su fisonomía tiene muchas veces rasgos de generosidad. ¡Ah! pero es bien feo, y raras veces no se parece el alma al rostro.

Su corazón se abrió, pues á la esperanza cuando la cortina del lecho se agitó y apareció la cabeza de Vijé entre los pliegues.

— Y bien, dijo el poeta, lo he oído todo. Bravo, esto es bien para vos, según me parece, pero el gobernador está ya informado por mis cuidados.

— Valiente corazón . . . habéis visto á M. de Besmaux?

— Le he hecho hablar.

— Y no ha venido en seguida . . . se dijo Artagnan con tristeza, un antiguo amigo . . .

— Oh, ese gobernador no tiene una fisonomía muy franca, objetó Vijé.

— Es verdad, confesó Artagnan, continuando así la teoría comenzada á propósito del rostro de M. Tardien. Sin embargo, replicó, tengo que daros un consejo, mi querido Luis, y es el de que entréis lo más pronto á vuestro trabajo, porque estoy seguro de que van á ocuparse de nosotros desde luego. Por lo demás os juro que estaréis tan bien mezclado en mis negocios, que no os pondrán en libertad antes que á mí.

Ya comprenderéis que me sería muy doloroso que no os encontraran en vuestra habitación en el caso de que quisieran cercarnos.

— Tenéis razón, me voy; buenas noches. ¡Ah! dijo todavía Vigé volviéndose, si os ponen en libertad antes que á mí, tened cuidado de dejar en buen estado el agujero para consolarme algo conversando con vuestro sucesor.

— Saldréis de aquí, Luis, os lo juro.

— ¡Oh! . . . nada es menos cierto, respondió el poeta inclinando la cabeza, pero quién sabe . . . vuestra tronera y por allí acaso, siendo dos, podía ser fácil la evasión.

— Entrad pronto, que oigo ruido en el corredor.

Vigé se destrozó como una culebra y desapareció.

Artagnan no se había engañado.

La puerta del calabozo se abrió y entró por ella M. de Besmaux.

— Por fin encuentro un rostro amigo, exclamó Artagnan precipitándose en los brazos del recién llegado, pero retrocedió inmediatamente al ver la frialdad con que el gobernador acogió su acción afectuosa.

— Mi querido Artagnan, dijo éste tendiéndole la mano, llevo de viajar y he sabido que formabais parte de los prisioneros que el favor de Su Majestad me ha dado á guardar. Creed que no solamente me he sorprendido, sino que me ha causado una pena honda. M. Tardien me ha referido su entrevista con vos y la extraña complicación de sucesos de que sois víctima.

— Al menos sois razonable, Besmaux, y no dudo que

me hagáis poner inmediatamente en libertad, así como que habéis castigado de una manera ejemplar al picaro que me secuestró aquí de un modo tan indigno como hace un mes.

—Tranquilizaos por esa parte, ha desaparecido desde esta mañana, pero no ha salido de la Bastilla, y el hambre lo hará abandonar el agujero donde se oculta; entonces quedaréis satisfecho.

—Y mi libertad?

—Esto concierne á M. Tardieu, quien conferencia en este momento con el cardenal.

—Pero entre tanto se pasa el tiempo, y me parece que soy un fiel servidor de Su Eminencia para que haya podido tomarse la pena de enviar un correo revocando la carta de prisión.

—Seguramente que no tardará Artagnan; al menos según creo daréis á M. Tardieu el tiempo necesario para que llegue al palacio Mazarino, admitiendo siempre que el cardenal no esté hoy en Vincennes ó en Ruell.

—Pero, Besmaux no podéis tomar sobre vos esa pro videncia?

—Yo, amigo mío, obrar contra el tenor expreso de una carta de envío.

—Pero esa maldita carta no me concierne en lo más mínimo!

—Artagnan, vivimos en un tiempo en que las cosas cambian de aspecto con una rapidez casi prodijiosa.

—¿Qué queréis decir? Sospecháis que haya yo podido faltar á la adhesión ó á la fidelidad que he jurado al rey?

—Dios me libre, pero....

—Pero qué.... Besmaux, me conocéis bastante, y creo que podréis muy bien sin comprometerla, volverme la libertad. Eso sería por cierto anticiparse á los deseos del cardenal, nuestro protector.

—¿Qué me podáis?

—Si insisto, Besmaux, es porque me interesa muchísimo. Ignoro lo que pasa; pero tengo el presentimiento de que una influencia oculta y fatal se coloca en este momento entre el cardenal y yo, y que su buena disposición hacia mi puede ser sorprendida. M. Tardieu

es un hombre honrado, á lo que creed, pero su rigidez natural se opone á que lo aparte de sus deberes, y además, no lo creo capaz de una complacencia exagerada. Besmaux, conocéis al cardenal, me conocéis á mí sobre todo y comprenderéis que uno ó dos minutos de conversación con Su Eminencia darían un resultado provechoso para mí.

—¿Pero qué os preocupa tanto, Artagnan, si vuestra conciencia no tiene nada que echaros en cara?

—No, ciertamente; pero las apariencias, la fatalidad... Va vos, Besmaux, qué diablo! no seáis tan rígido con un viejo camarada, con un amigo de la infancia.

—No, Artagnan, pero tengo enemigos que me envían, y el gobierno de la Bastilla no es tan de lo peor. Un momento de olvido, una indulgencia mal comprendida, mal interpretada sobre todo, podría comprometerme.

—¡Oh! bien! bien!... desde el momento en que vuestro interés está tan fuertemente en juego....

—¡Oh! no es mi interés....

—¡No! paster! Debeis estar orgulloso en este empleo, donde sois realmente distinguido, ya sé. Este castillo se encuentra hoy bajo un p.e. excelente; el orden es admirable, los gastos sabiamente calculados, y nadie puede dudar que en poco tiempo vuestra fortuna será considerable.

—¡Eh! Artagnan, no me digáis eso, bien sabéis que siempre he tenido una prudencia extremada.

—Sí, Besmaux, y os admiro francamente. Eso sería acaso motivo para turbar una existencia tan liopida como la vuestra. Qué es mi libertad, qué es mi vida comparada con tan grandes intereses?

—Sois cruel, Artagnan!

—No; os acepto tal como sois, hoy no es ayer, ya sabéis lo demás. Solamente, querido mío, que mientras sigáis así, en razón de la ley de la naturaleza que quiere que el apetito venga comiendo, pienso que vuestra riquezas os permitirán bien pronto realizar vuestros famosos sueños.

—¿Cual? preguntó Besmaux con cierta inquietud.

— Ser un Mortlezuu.

— ¡Eh! yo no soy de aquella ilustre casa! exclamó el gobernador con vanidad.

— ¿Quién dice lo contrario? exclamó Artagnan; pero se cuentan tan extrañas historias... Esperad, Besmaux, he aquí una que tiene su encanto y con la cual la nobleza de Guyena se entretiene todavía, porque es muy fresca.

— Perdonad, mi querido Artagnan, pero el tiempo se pasa, y...

— ¡Oh! no es nada, escuchadme. Después me diréis vuestra opinión acerca de ella, porque cuento con referir a las reuniones del Louvre tan luego como salga de aquí.

— ¡Y qué me importa!

— Sé muy bien que esto no os corresponde, pero el hecho ha pasado en el Béarn, de donde vengo, y sois de tan buen consejo... Escuchad y sentid, os lo suplico; en ese cascabel de piedra estaréis más cómodo... sintiendo sobre manera no poder ofrecer os un sillón.

— ¿Qué amable estáis! dijo Besmaux con un airoso humor visible.

— Estoy seguro de que el relato os divertirá. Existe en Burdeos un cierto hidalguillo de muy miserable nobleza que lleva el nombre de una casa muy ilustre del Béarn, con la cual desea ardientemente emparentar. Ya deberéis comprender esto. Ese gentil-hombre no puede probar su decencia con aquel, si no es por parte de Adán y Eva, ó cuando más hasta Noé que se acerca más á nuestra era; pero habiendo sabido que lo to se consigue con el dinero, nuestro héroe pensó llegar á su fin y propuso al jefe de la familia lo reconociera públicamente por pariente suyo, inscribiéndose en su árbol genealógico. El gentil-hombre bearnés que tenía tanta miseria como nobleza, debería, según se pensaba, aceptar desde luego; pero...

— ¿A dónde vais á parar, Artagnan? preguntó Besmaux á quien se le iba encenando el rostro.

— Vais á ver lo... Afortunadamente hay nobles de provincia que tienen la dignidad de pensar que se deshonrarian haciendo salir de su tronco gentes legítimas y á lo que tienen razón, así es que no obstante que

nuestro hidalguillo de... Guyena ofrecía más, siempre fué rechazado.

— ¡Ya lo creo! dijo disgustado Besmaux.

— ¡Oh! aún no conclayo, hijo mío...

El digno gentil-hombre murió, y su hijo fué más interesante lo que él. Una bagatela, dos mil luises de á once francos cada uno han hecho hacer á aquel muchacho, no solamente lo que su padre rehusó siempre, sino darle en esta todos sus títulos como si hubiera sido el primogénito de la casa.

— Vaya que es divertido vuestro cuento, Artagnan!

— ¡Bah!... y no obstante el nombre que ahora lleva y los documentos que enseña á todos sus amigos para probarles que es de buena casa, todos creen, y yo el primero, que tiene tanta nobleza como mi criado Champagne respecto de mí. Y es verdad! también el conde Suze, que sostiene á Béfort por M. de Condé y que es verdaderamente Champagne, no quiere reconocer á mi criado! Ello es cierto que éste no se atreverá á pedirlo porque no tiene veintidós mil libras que ofrecerle.

— ¡Estáis loco, Artagnan! dijo Besmaux levantándose.

— ¿Porqué? No debe desesperarse de nada en este mundo! M. Gaspar de Champagne, conde Suze, está hoy bastante pobre para hacer algo por una suma semejante, y aún para conformarse con la mitad. De manera que mi buen criado entrará tal vez un día en aquella casa de príncipes, si logra hacer fortuna y consigue que lo nombren algo como... como gobernador de una buena prisión de Estado!

— ¡Artagnan, exclamó Besmaux dirigiéndose á la puerta, cuidado!

— Mi querido Besmaux, ha encontrado en el Béarn á todos mis amigos de infancia, he jugado una partida de tric-trac la vispera de mi marcha con Montlezuu, enriquecido súbitamente, y hemos hablado de vos.

— ¿De mí?... preguntó Besmaux estremeciéndose.

— Esperad, vamos á dar un paseo por la azotea del castillo, y os lo contaré todo. Así como hace un mes que estoy encerrado en este calabozo, y necesito respirar aire.

Y pasando sin cumplimiento su brazo por el del go

bernador, salieron del calabozo con grande admiración del alcaide que se felicitó de no haber contribuido á las persecuciones de que fué objeto el preso y se puso á buscar á Sin Par en los subterráneos abandonados del castillo.

Besmaux, siempre prudente, en lugar de conducir á Artagnan por las azoteas en que los otros prisioneros se paseaban de ordinario, lo llevó á su jardín. Aquel jardín estaba situado sobre unas de las bajas murallas del recinto interior y expuesto al mediodía; de manera que los parisienses, más ávidos generalmente de apercebir á los prisioneros sobre las torres que daban frente á la calle ó á la puerta de San Antonio, se paseaban muy raramente por aquel lado del jardín.

Sin embargo, cuando se acercaron á las almenas, fueron saludados por un hombre obeso que seguido de un esportillo tiraba de un carrito de brazo y entraba en la fortaleza.

—Es el padre Pluchet! dijo Artagnan con alegría.

Un cuarto de hora después, un sargento vino á prevenir al gobernador que el teniente del crimen preguntaba por él con empeño!

—Sin duda se trata de vos dijo Besmaux á Artagnan, venid pronto, quiero que os interroge esta vez en mi gabinete.

—Esta vez como la primera no responderé á ninguna pregunta, os lo juro, Besmaux.

—Andaréis torpe, amigo mío.

—De la mujer del César no debió sospecharse nunca.

—Hacedme lo que queráis, pero . . .

—¿Y bien? . . . preguntó Artagnan.

—Me habéis prometido el secreto, caballero, acerca de . . .

—Sois Montlezun, ya entiendo.

Encontraron á M. Tardien en el gabinete del gobernador, acompañado de su escribano. La vista del ave de pluma hizo fruncir las cejas de Artagnan, y su seguridad ordinaria se encontró de repente disminuida al ver al magistrado y á su acólito que apenas le saludaron en tanto que á M. de Besmaux le hicieron extraordinarias reverencias, suplicándole que se alejara.

—Y bien, señor teniente del crimen, dijo Artagnan traéis ya la orden de ponerme en libertad?

—No se trata de eso, respondió el magistrado, no puede procederse tan aprisa.

—Tanto peor, señor, porque nunca es demasiado pronto para obligar á un hombre honrado.

—Señor, añadió severamente Tardien, cuando un hombre se encuentra entre las manos de la justicia, ante todas cosas debe justificarse. No os ocultaré que se os hace tan negro como el carbón.

—¿A mí?

—Por lo mismo, antes de creeros blanco como la nieve, es necesario que me deis vuestras pruebas.

—¿No habéis visto á Su Eminencia? preguntó el caballero.

—Voy á interrogaros sobre varias cosas y cuando hayais respondido, daré mi información á Su Eminencia para que decida.

—Ya os he dicho, señor, que no quiero sufrir ningún interrogatorio; no soy criminal ni de hecho ni de apariencia. No sé ni á quién ni á qué debo semejante tratamiento. He torturado bastante mi espíritu, y me es imposible adivinar en qué bases descansan las sospechas que se tienen de mí. He sido encerrado aquí hace dos semanas en un calabozo entregado á los tratamientos más groseros, y no sé cómo no me he vuelto loco. Sin embargo, me he consolado al reconocer que se me ha tomado por otro. Pero ahora, ahora que se sabe quién soy, retenerme un cuarto de hora más, es para mí más cruel que darme la muerte.

—Señor, necesitáis dar luz para salir.

—¿Y qué opinión tendrá de mí el mundo respecto á mi fidelidad, cuando sepa que he sido detenido en la Bastilla é interrogado como un criminal? Yo afirmaría que había sido tomado por otro, y no se me creería. El honor de un hombre no es menos delicado que el de una mujer; lo mancha una sola sospecha, y responder á un interrogatorio es aceptar esa misma sospecha.

—¡Eh! señor, si necesitara perder tanto tiempo todos los días con los que tengo encargo de interrogar, mi vida no sería suficiente para llenar la mitad de mis deberes.

—La justicia es ciega, y debe marchar á pasos lentos, no es un hombre, es una cosa, inmutable como Dios.

—Flores de retórica, caballero; vamos al caso. ¿Queréis responder, sí ó no, á las preguntas que voy á haceros?

—No.

—Entonces, me precisaráis á formar vuestro proceso como si fuérais mudo. He recibido orden expresa del señor cardenal.

—Obedezco esa orden.

—Cuidado, porque vuestra pretendida inocencia no os pondrá á cubierto de todas las formalidades que se observan con los otros criminales.

—¡Alto ahí, señor! estableced, os lo suplico, alguna diferencia entre los que enviáis todos los días á la horca y un hombre de honor acusado injustamente.

—¿Pero no queréis saber de qué se os acusa?

—Esto no acabaría nunca, dijo Artagnan con altanería; ordenan que se me lleve á mi prisión.

—Sin embargo, es preciso que tenga fin; indicadme uno.

—Hacedme salir inmediatamente.

—Es imposible.

—Entonces que Su Eminencia mismo venga á interrogarme.

Y tras esas palabras Artagnan saludó con gracia. Besmaux le con-tujo de nuevo, y le dijo poniéndole en manos del sargento:

—Pensadlo bien, Artagnan, amigo mío.

—¿Es bien sincero lo que me decís, Besmaux?

—Os lo juro.

—Pues bien, probadlo. Id á ver al cardenal.

—Iré, Artagnan, contad con ello.

—Que me envíe á Navailles, y en Navailles diré todo.

Cuando Besmaux entró en su gabinete, M. Tardieu escribía y dictaba al mismo tiempo; después se levantó y seguido de su escribano se dirigió hacia el cuerpo de guardia. El teniente del crimen dijo algunas palabras al oído de Besmaux y éste se apresuró á mandar un oficial.

Pocos instantes después, M. Tardieu, el gobernador y el escribano salían escoltados por un destacamento de diez hombres armados de pesados mosquetes.

Detrás, seguía el hombre que llegó en la mañana con el magistrado, y cuya capa servía para ocultar un objeto voluminoso.

El cortejo entró en la torre de la Libertad; solamente que el hombre de la capa había requerido en el camino á dos ayudantes del carcelero que le seguían con una repugnancia visible.

## XXI

Vino la noche, Luis Vije roía el pan de su comida, cuando con gran sorpre-a suya se abrió la puerta de su calabozo.

Una luz vivisima se esparció en las tinieblas y á la flama de un gruesa antorcha vió entrar á tres personajes de los cuales dos tomaron lugar con gravedad en los asientos que les dispuso el carcelero.

Aquellos tres personajes eran el gobernador, M. Tardieu y el escribano.

La puerta, que quedó abierta un instante, permitió entrever en la sombra los uniformes de los soldados y la fisonomía sombría del hombre de la capa.

Vije se estremeció involuntariamente á la vista de aquel aparato.

El teniente del crimen cambió algunas palabras en voz baja con el gobernador, quien se retiró en seguida, así como el carcelero, cerrando este último la puerta.

El magistrado comenzó por las preguntas ordinarias hechas á todo acusado, y el poeta respondió de una manera bastante satisfactoria á las preguntas relativas á su nombre, su edad y su nacimiento.

—¿Desde cuando estáis en París? continuó.

—¿Desde cuando estoy en la Bastilla? preguntó á su vez Vije.

—Hace más de un mes, respondió M. Tardieu después de consultar sus notas.

—Entonces, . . . dijo Vije, pero subsanando la falta que iba á cometer, se detuvo y dijo resueltamente: Entonces estoy en París desde hace cosa de tres meses.

—La justicia es ciega, y debe marchar á pasos lentos, no es un hombre, es una cosa, inmutable como Dios.

—Flores de retórica, caballero; vamos al caso. ¿Queréis responder, sí ó no, á las preguntas que voy á haceros?

—No.

—Entonces, me precisaráis á formar vuestro proceso como si fuérais mudo. He recibido orden expresa del señor cardenal.

—Obedezco esa orden.

—Cuidado, porque vuestra pretendida inocencia no os pondrá á cubierto de todas las formalidades que se observan con los otros criminales.

—¡Alto ahí, señor! estableced, os lo suplico, alguna diferencia entre los que enviáis todos los días á la horca y un hombre de honor acusado injustamente.

—¿Pero no queréis saber de qué se os acusa?

—Esto no acabaría nunca, dijo Artagnan con altanería; ordenan que se me lleve á mi prisión.

—Sin embargo, es preciso que tenga fin; indicadme uno.

—Hacedme salir inmediatamente.

—Es imposible.

—Entonces que Su Eminencia mismo venga á interrogarme.

Y tras esas palabras Artagnan saludó con gracia. Besmaux le con-tujo de nuevo, y le dijo poniéndole en manos del sargento:

—Pensadlo bien, Artagnan, amigo mío.

—¿Es bien sincero lo que me decís, Besmaux?

—Os lo juro.

—Pues bien, probadlo. Id á ver al cardenal.

—Iré, Artagnan, contad con ello.

—Que me envíe á Navailles, y en Navailles diré todo.

Cuando Besmaux entró en su gabinete, M. Tardieu escribía y dictaba al mismo tiempo; después se levantó y seguido de su escribano se dirigió hacia el cuerpo de guardia. El teniente del crimen dijo algunas palabras al oído de Besmaux y éste se apresuró á mandar un oficial.

Pocos instantes después, M. Tardieu, el gobernador y el escribano salían escoltados por un destacamento de diez hombres armados de pesados mosquetes.

Detrás, seguía el hombre que llegó en la mañana con el magistrado, y cuya capa servía para ocultar un objeto voluminoso.

El cortejo entró en la torre de la Libertad; solamente que el hombre de la capa había requerido en el camino á dos ayudantes del carcelero que le seguían con una repugnancia visible.

## XXI

Vino la noche, Luis Vije roía el pan de su comida, cuando con gran sorore a suya se abrió la puerta de su calabozo.

Una luz vivisima se esparció en las tinieblas y á la flama de un gruesa antorcha vió entrar á tres personajes de los cuales dos tomaron lugar con gravedad en los asientos que les dispuso el carcelero.

Aquellos tres personajes eran el gobernador, M. Tardieu y el escribano.

La puerta, que quedó abierta un instante, permitió entrever en la sombra los uniformes de los soldados y la fisonomía sombría del hombre de la capa.

Vije se estremeció involuntariamente á la vista de aquel aparato.

El teniente del crimen cambió algunas palabras en voz baja con el gobernador, quien se retiró en seguida, así como el carcelero, cerrando este último la puerta.

El magistrado comenzó por las preguntas ordinarias hechas á todo acusado, y el poeta respondió de una manera bastante satisfactoria á las preguntas relativas á su nombre, su edad y su nacimiento.

—¿Desde cuando estáis en París? continuó.

—¿Desde cuando estoy en la Bastilla? preguntó á su vez Vije.

—Hace más de un mes, respondió M. Tardieu después de consultar sus notas.

—Entonces, . . . dijo Vije, pero subsanando la falta que iba á cometer, se detuvo y dijo resueltamente: Entonces estoy en París desde hace cosa de tres meses.

—¿Qué habéis venido á hacer á París?

—He venido con intencion de seguir la carrera de las bellas letras.

—¿Tenéis de qué vivir?

—No cuento con un sueldo.

—¿Entonces como habéis podido vivir esos tres meses?

—Con mis economías.

—Amigo mío, repuso Tardieu frunciendo sus espesas cejas, entráis os lo prevengo, en muy mala vía, porque no decís la verdad... y la prueba es que fuisteis en viado á la Bastilla el mismo día de vuestra llegada á París.

—¡Oh! hizo Vije desconcertado por un momento, pero entonces, ¿si sabéis todas mis cosas, á qué preguntármelas?

—La justicia necesita de la confesión de los acusados para esclarecer los hechos.

—Bueno. Pongamos que he he llegado á París hace un mes.

—¿Con qué fin dejastéis vuestro país?

—Ya lo he dicho.

—Es un pretexto el que habéis dado.

—Señor, puesto que representáis la justicia, ¿os sería agradable decirme de qué se me acusa?

—A mi solamente me corresponde interrogar, respondió severamente el magistrado.

Hablad, señor.

—Habéis sido arrastrado á consecuencia de una entrevista que tuvisteis con... una persona de la corte... era la primera vez que la veiais?

—Sí, señor.

—¿Quién os envió cerca de esa persona?

Vije no respondió.

—¿No habéis oído mi pregunta? Os pregunto el nombre del gentil hombre que os dió una misión cerca de esa persona de la corte?

Vije no pestañeó y guardó silencio.

Vamos, amigo mío, espero vuestra respuesta, dijo sonriendo M. Tardieu.

—Nada tengo que decir acerca de eso.

—¿Y por qué?

Primero, porque no me parece absolutamente necesario; después, porque ese secreto, admitiendo que sea un secreto, no me pertenece, y me estaría prohibido por las simples leyes de la delicadeza y del honor disponer de una cosa ajena.

—Cuidado, amigo mío, os lo prevengo una vez más: adoptais un mal sistema de defensa... Tengo por costumbre no emplear en mis interrogatorios más que los medios de dulzura y persuacion; y me atrevo á decir que en el curso de mi larga carrera judicial no he tenido ocasión de arrepentirme de ello; así, no me obliguéis á salir de esa costumbre preciosa.

—Creed, señor, que sentiria haceros salir de esa vía excelente; pero lo imposible no depende de uno, que yo sepa, y para que no os veais en ese caso tendriais que conformaros con el principio de la averiguación.

—Puesto que decís que este es un principio, por qué no he de tener una continuación?

—Señor, creo que no hay otra cosa más que Dios, que puede vanagloriarse de no tener ni principio ni fin, lo cual está bien expresado en la alegoría por una serpiente mordiéndose la cola.

—No malgastemos el tiempo, amigo mío, y decidme de una vez el nombre de ese gentil hombre en cuestión.

—Una vez, dos veces, cien veces, os repita, señor, que no puedo deciroslo.

—Ah! estáis echado á perder vuestro negocio!...

—Ignoro en qué pueda encontrarse mi pobre persona mezclada en los intereses de... la persona de que me habéis hablado antes: sus negocios no son los míos.

—Esa persona no está en edad de responder por sí misma de sus acciones, y hay otros que tienen el derecho de informarse.

Eso no me corresponde.

—Cuidad! cuidad! Una vez agotados los medios de dulzura, me veré obligado, aunque con sentimiento...

—Y sin embargo, no hablaré.

—No os asusta la idea de acabar vuestra vida en este calabozo?

—Mi vida es poca cosa: mi honor si es mucho.

—¿Qué ganaréis callando?

—¿Qué ganaria hablando?

—Primero, vuestra libertad, después los beneficios de alguno... que os seguirían por todas partes.

—Gracias, no los quiero.

—¿Conque persistes en no decir nada?

—Sí, señor.

—Una vez... dos veces.

—Os he dicho que cien veces, respondió Vijé cruzando los brazos con resolución.

—Entonces, culpado á vos mismo de la desgracia de vuestra existencia.

Y después de decir estas palabras con una sonrisa que procuró hacer bastante amable, el teniente del crimen dió dos palmadas con sus manos.

Inmediatamente se abrió la puerta del calabozo y el hombre de la capa entró con gravedad, seguido de los ayudantes del carcelero, los cuales llevaban un sillón de cuero que pusieron delante de M. Tardieu y donde Vijé se colocó obedeciendo la invitación que le fué dirigida con sorpresa suya por el magistrado.

—¿Insistís en guardar silencio? preguntó por última vez M. Tardieu.

—Sí, respondió Vijé mirando con curiosidad al hombre de la capa.

—Entonces maese, dijo M. Tardieu dirigiéndose á aquel hombre siniestro, ensayad un poco vuestros medios.

El desconocido puso sobre el piso un trozo de soga larga de anillo rodeada de cuerdas. Desenrolló tranquilamente éstas, y las encontró planchas que formaban aquel bulto se desataron.

Mientras que los dos ayudantes se apoderaban de los brazos de Vijé, y le retentaban apoyado sobre el sillón, el hombre colocó una plancha en cada una de las partes exteriores de sus piernas y las otras dos en sus pantorrillas; después enredó cuidadosamente todo aquel aparato con la cuerda.

El poeta prestó una atención vivísima á aquellos singulares preparativos, y no obstante que ignoraba el objeto que tenían, un sudor frío comenzó á brotar de su pálida frente.

Cuando los dos cabos de la cuerda quedaron atados sólidamente, miró á Tardieu.

—Y bien dijo éste, queréis confesar?

—¿Perdonad, señor, dijo el poeta, tenéis la intención poco caritativa de someterme á un tormento más ó menos extraordinario?

—A vos toca evitarlo?

—Entonces, este señor será el hombre que se designa con el nombre de Señor de Paris, ó más vulgarmente el verdugo?

—No debo ocultaroslo.

—¡Hola! señor juez, estos son vuestros medios de dulzura?

—Sois testigo de que he comenzado empleándolos.

—Diablo es sensible que os toméis tanto trabajo, señor verdugo, dijo Vijé dirigiéndose al terrible instrumento de la justicia de nuestros padres, porque todas esas cuerdas y cuñas son inútiles.

—¿Queréis confesar?... preguntó el teniente del crimen con alegría.

—Ahora menos que nunca, caramba! como dice uno de mis amigos.

—Cuál es el nombre del gentil hombre amado por la dama que sabéis?

—Me cortaréis la cabeza si queréis; pero no lo diré.

—Número uno!... dijo M. Tardieu volviendo los ojos.

El verdugo, que durante el cambio de aquellas palabras se había preparado, introdujo un cono de hierro entre las planchas colocadas en las piernas... dió un golpe vigoroso por encima... y el cono desapareció.

Vijé dió un grito horrible torciéndose bajo la presión de los ayudantes.

De repente y al mismo tiempo, la pared situada enfrente del magistrado pareció romperse y un hombre asomó por el hueco, pálido, tembloroso, soberbio de cólera é indignación.

—¡No vayáis adelante, señores, dijo soy yo!

—¡El señor Artagnan! exclamó el teniente del crimen.

—¡Ah! querido amigo, dijo Vijé, era mejor dejarme morir!...

## XXII

No faltará, creemos, alguna lectora que se halla interesado por aquella buena madama Pluchet, que alegraba la taberna situada en el centro de la Cité bajo el nombre de la «Botella de oro». Hacía cosa de cuatro meses que su corazón había sufrido una horrible decepción, un desengaño que lastimó los resortes de su alma al palpar el comportamiento de Artagnan con ella, que no era en su candor ciegamente enamorado. Lo que ella llamaba la «falta de confianza» del caballero, cambió completamente su humor, volviéndolo negro de alegre que era y aquel carácter halagador que él había valido tantos madrigales por parte de sus parroquianos ó de los que pasaban por su puerta, había sufrido de una manera extraordinaria. No era ya la joven vivarachita y alegre que hemos conocido: sus hermosos ojos azules estaban ornados de un círculo oscuro que si bien daba nuevos encantos á su fisonomía, dejaba impresa una huella de dolor que se advertía hasta el cuidado de su tocador.

La noche misma del día en que el teniente del crimen entró en la Bastilla para atormentar de concierto con el señor de Paris al joven Vijé, madama Pluchet había dejado á sus mozos y á su sirvienta el cuidado de satisfacer á los bebedores, y se retiró á su cámara presa de indefinibles terrores nacidos repentinamente y sin razón en su espíritu, que se había hecho excesivamente impresionable.

Se encontraba, pues, sumergido en la obscuridad, repasando en su memoria las horas tan pronto trascurridas de sus raras felicidades, cuando resonaron en la escalera los pasos precipitados de M. Pluchet. La llegada de su marido no tenía ordinariamente, el poder de impresionarla visiblemente, pero la gravedad habitual del buen hombre era muy sensiblemente alterada para que no le diera en aquella vez alguna atención.

Pocos instantes después, entró Pluchet y se sentó en una silla con la satisfacción de un hombre que parece haber escapado de un peligro; después, pareció escuchar si el ruido que venía de fuera era diferente del ordinario y común de la taberna.

Madama Pluchet, oyendo su respiración agitada y el jahl que dejó escapar al sentarse en la silla, juzgó que debía pasar algo extraordinario, referente acaso con la situación particular de su espíritu.

Así es que se levantó, y el Padre Pluchet, que no sabía nada de lo que pasaba en la imaginación de su mujer, se espantó tanto al ver su sombra interpuesta entre él y la ventana débilmente alumbrada por la luna, que dió un grito.

—¿Qué teneis, señor Pluchet?

—¡Ah! sois vos, Estébana..... me habeis dado un miedo.... ¡Chut!.... ¿qué son esos rumores lejanos?

—¿Estáis loco? yo no oigo nada.

—¡Vos creéis..... En ese caso, encended fuego, Estébana..... esta obscuridad me hace temblar de frío!... ¡En el mes de Julio!..... ¿Pero acaso por qué venis tan tarde? siempre estáis de vuelta de la Bastilla á las ocho.

—¡Ah! hizo Pluchet sin poder ocultar su embarazo, su temblor, he tratado de ciertos intereses con el señor gobernador.

—¿Qué intereses?

—Unas cuentas en litigio, relativas á ciertas provisiones.....

—Pero no es natural, jamás arregláis una cuenta antes de fin de mes.

—Bien sabeis que M. de Bosmaux ha estado ausente por haberse roto un brazo.... y la economía del castillo es siempre allí.....

En aquel momento madama Pluchet acababa de encender una luz después de haber torturado sus preciosos dedos con el eslabón porque no quería llamar ni bajar.

—¡Oh! qué pálido estáis, dijo al ver el rostro azorado de su marido.

—Es que he venido corriendo, respondió sin dejar de temblar.

—Pluchet, vos me ocultáis alguna cosa.

—No, dije el tabernero, recobrando su serenidad y levantándose.

—Tenéis todo el rostro azorado.

—Eso no es nada, ó mejor dicho, es el efecto de un

ahoregado que he visto á mi pesar al pasar por la Greve.  
—Y por qué pusáis por allí, bien sabéis que eso no falta nunca.

Madama Pluchet conocía á su marido y no juzgó á propósito estrecharlo más. Resolvió, pues esperar al día siguiente para que le explicara aquel terror.

A otro día Pluchet continuaba del mismo humor; no había recobrado su alegría habitual, y por eso la hermosa Estébana, desdenando los rodeos y las sorpresas, lo miró entre los dos ojos, y frunciendo sus hermosas cejas rubias dirigiéndole las miradas ardientes que nunca había podido resistir el buen hombre, le dijo:

—Pluchet, ayer me habéis mentido.

—Es verdad, respondió el tabernero con resignación.

—Exijo que me habléis ahora con verdad.

—Consiento en ello, dijo bajando la voz. Sabed, continuó, que ayer al entrar en la Bastilla vi á algún conocido nuestro platicando con M. de Besmaux en el jardín particular del castillo. No había acordado más que una ligera atención á aquello, porque me parecía muy natural, sabiendo la intimidad que media desde hace mucho tiempo entre aquellos señores.

—Quién platicaba con M. de Besmaux? preguntó Estébana con reserva.

—Adivinad.

—Decidlo y será más pronto, respondió madama Pluchet que no se atrevió á pronunciar el nombre que tenía en los labios.

—M. de Artagnan.

—Está ya de vuelta, exclamó allí sintiendo latir su corazón.

—Sir duda. Ahora, una vez terminadas mis ocupaciones y sea dicho de paso, querida, no es todo color de rosa y de provecho con M. de Besmaux, porque ese gentil hombre es muy desconfiado.

—Sí, sí, continuad, continuad.

—Pues bien, iba á dejar el castillo para volver á mi casa, cuando el teniente me suplico esperara un instante al gobernador, diciéndome que tenía que hablar conmigo.

—Y después? preguntó madama Pluchet con impaciencia.

—No puse ninguna objeción á aquello; pero el gobernador estaba muy ocupado no sé en qué; el caso es que estuve esperando su llegada tres horas eternas. En aquella maldita prisión nunca puede estarse con tranquilidad, y menos recordando mis antiguas relaciones con el coadjutor.

—Pero en fin, al hecho.

—Por fin, apareció M. de Besmaux..... Parecía muy preocupado y de mal humor.

—Ah, estáis aquí, maese Pluchet, me dijo, habéis hecho bien en esperar. Quería haceros una recomendación muy urgente. Nunca habéis tenido el deseo de ocupar el lugar de alguno de los prisioneros que alimentáis?

—Ya pensarás, Estébana, el temblor que me ocasionarían aquellas palabras y las protestas que haría de mi adhesión al cardenal y á Su Majestad.

Pues bien, continuó M. de Besmaux, si queréis no ser molestado, á nadie digáis que habéis visto aquí á M. de Artagnan.

—¿Es posible? preguntó con asombro madama Pluchet.

—Qué he dicho, Dios mío! exclamó el tabernero, porque á pesar de que el gobernador no os comprendió en su prevención, debía haberme callado... A fe mía, tanto peor, esto me consuela y el secreto estará mejor guardado entre nosotros dos.

—Sabéis por qué está Artagnan en la Bastilla?... preguntó madama Pluchet, que en lugar de llorar reflexionaba profundamente.

—Querida mía, creéis que M. de Besmaux me haga esta confidencia?

—Ha visto á su criado, hará tres días y no sabía que estaba en Paris... acaso esté en el secreto... desde hace mucho tiempo.

—Piensa, Estébana, que M. de Besmaux me ha recomendado el silencio, y que la más ligera indiscreción podría ser fatal á vuestro esposo.

—Pero ese pobre señor Artagnan qué ha podido hacer para eso; él que estaba tan bien con el cardenal!

—Estébana M. de Artagnan es de la corte, y por consecuencia se encuentra mezclado en muchos negocios

en los cuales no están iniciados los pequeños como nosotros. Por lo mismo opino que no debemos ocuparnos de eso.

—Eso es bien fácil para vos que no recordáis los beneficios que se os hacen. Porque en fin, si ganáis alguna cosa como veinte mil libras al año en la Bastilla, es debido á la recomendación de ese buen señor de Artagnan.

—Es verdad, dijo el buen hombre suspirando.

—Y sería la mayor ingratitud del mundo no mostrarnos afectos á él, dijo madama Pluchet echándose en los hombros un manto.

—¿Vais á salir? preguntó el tabernero con asombro.

—Y bien, qué?

—Espero que vuestra salida no tendrá ninguna relación con lo que acabo de confiaros.

—Señor Pluchet, cuidado de los negocios de nuestro comercio, y por hoy no os preguntaré más.

—Estábana vais á perderme.

—Es que los Pluchet no entran nunca á la Bastilla, dijo la hermosa joven alzando los hombros y dejando la casa con precipitación.

Pluchet la vio partir y se dijo al bajar la escalera de su cuarto:

—Es hacerle justicia, siempre mi mujer ha tenido para Artagnan una gran simpatía.

En poco tiempo se puso madama Pluchet en la calle de Avois y dió gracias al cielo al oír que Champagne salía á abrirle.

¡Ah, señora, dijo, creía que era el amo.

—Lo esperáis?

—¡Oh, no! pero habeis llamado como él.

—¡Chut! señor Champagne, hay novedades... dijo la tabernera entrando en aquella cámara donde habian lucido como un relámpago sus felicidades de otros días, y en el cual, sin embargo, pensaba no volver á entrar.

—Qué hay?

—Champagne, desde cuándo no habeis visto al caballero?

—¡Oh, hará dos meses.

—Habeis tenido noticias suya durante su larga ausencia?

—Ni una sola vez, si no es cuando he visto á una joven que me envió y á quien no he vuelto á ver más.

—Escuchad, Champagne, es preciso que me ayudéis á salvar á vuestro amo.

—Salvarle, señora, y de qué?

—M. de Artagnan está en la Bastilla.

—¡Ah!... hizo el digno criado con espanto.

Pero su exclamación tuvo un eco en la habitación. Madama Pluchet fijó nuevamente los ojos en la puercita que situada á la cabecera del lecho hacia comunicar la cámara con la sala.

Ella se precipitó hacia aquella puerta que no estaba más que emparejada y la abrió.

Una mujer apareció en ella pálida y con los ojos hundidos por el llanto.

—Quién sois, señora, dijo ella.

El caballero está en la Bastilla, habeis dicho, señora... ¡Oh! es preciso salvarlo á cualquier precio exclamó la desconocida con energía.

—Vos le amáis, preguntó madama Pluchet con una expresión de esperanza y de ansiedad, porque esperaba que aquella mujer, que tenia todas las apariencias de una dama de la corte, podía ser un poderoso socorro en aquellas circunstancias.

—No se trata de esto, solamente os juro que daría mi vida por él si fuera necesario.

—Dar la vida no es bastante, se necesita dinero en primer lugar, y después acaso sacrificarle vuestro honor.

—Dinero! he ahí todo el que tengo, respondió la desconocida arrastrando á madama Pluchet al salón. Es bastante esto? añadió abriendo un pequeño cofre donde los diamantes, las perlas y los ducados estaban mezclados en desorden, en lo que se advertía la precipitación de una fuga.

—Con la octava parte de esto es suficiente, dijo Champagne que habia seguido á las dos mujeres á la sala, para comprar un alcaide; con el todo bien podría comprarse dos, tres ó cuatro carceleros; pero para com-

prar á un gobernador de una prisión de Estado, se necesitarían diez tantos más, sin que pudiera responderse del éxito.

—Comprar un alcaide es todo, dijo la desconocida; con su ayuda se escala la muralla sin estorbo, y hecho esto, una escala ó una cuerda anudada hace lo demás.

—Y quién compra al alcaide, preguntó Champagne.

—Yo, respondió madama Pluchet.

—Y yo estaré en la puerta de San Antonio con caballos y dentro de dos días estaremos fuera de Francia, dijo la desconocida con una sonrisa de inefable esperanza.

—Medios dudosos, objetó Champagne. Desde la evasión de M. de Beaufort, para la cual ninguno prestó una ayuda voluntaria, las consignas son más severas, y los centinelas responsables, de manera que se hace con más cuidado el servicio.

—Tenéis acaso un plan? preguntaron las dos mujeres.

—No, señoras, sería necesario deliberar. Ahora, si queréis prestarme vuestra atención llegaremos acaso á organizar algo que sea razonable.

—Hablad.

—Primero, es preciso prevenir la eventualidad de las cosas, dijo el criado pesando sus palabras, y no emitiéndolas sino después de un examen maduro y de una reflexión detenida; hace dos meses que no veo al caballero, pero la señora ha hablado con él hace uno.

—Es verdad, dijo la desconocida.

—Hará ese mismo tiempo que ha venido de Burdeos un joven llamado Vijé.

—Es mi primo, dijo la desconocida, que como se ve no era otra que la señora de Barada.

A ese M. Vijé lo ayudé eficazmente para que pudiera hablar con una gran señora, para lo cual trajo una misión de caballero.

Aquí Gabriela dió un suspiro ahogado y sintió que sus piernas vacilaban; enjugó su frente y sus ojos, y después con una sonrisa dolorosa de abnegación murmuró:

—En seguida! en seguida!

—Después de ese tiempo no he vuelto á verle.

—Y quién era esa mujer? preguntaron á la vez madama Pluchet y Gabriela.

—Oh! una muy grande, muy grande señora, contentó Champagne con interés; no puedo nombrarla, porque mi amo me lo ha prohibido bajo pena de la vida.

—Qué importa, exclamó Gabriela, si ella puede salvarle.

—Escuchad, señora, no dudaréis lo que deseo ver en libertad á M. de Artagnan, pero sé hasta qué punto el honor de esa dama le es querido, y estoy seguro de que él querrá mejor dejarse hacer pedazos que echar ó dejar echar la menor mancha en ella.

Gabriela y Estébana cambiaron una mirada desesperada y se estrecharon las manos instintivamente. El abandono que las unía hacia nacer para ellas la igualdad en la desgracia.

Ellas no pensaron en considerar en qué singular estimación debía tener Artagnan á aquella desconocida, puesto que su criado hablaba de ella como lo podía hacer tratándose de una reina.

—Qué hacer entonces, dijo madama Pluchet.

—Acaso por ella se encuentre preso. . . . añadió Gabriela.

—Razón de más, en ese caso, dice Champagne para ser excesivamente prudente. ¡Diablo! no había pensado en esto; la cosa sería más grave. Debemos, pues, proceder primero con nuestros propios recursos, y sólo cuando hayan fracasado emplearemos la influencia de esa dama.

—Su nombre? preguntó Gabriela estremeciéndose.

—Oh! queréis saberlo muy pronto, mi hermosa señora, dijo el criado.

—Sin embargo, escuchad, replicó la señora de Barada, quien en presencia del peligro encontraba toda la actividad de espíritu que poseía para la política de M. de Conti; siempre es preciso en este mundo ver las cosas por el lado feo; es el medio más seguro para no exponerse á un engaño ó hacer un mal negocio. Vamos, pues, á trabajar la señora y yo, juntos ó separados, según nos parezca más urgente y necesario. Vos, Champagne, nos ayudaréis, queda convenido; pero puede suceder que nuestros esfuerzos se encuentren paraliza-

dos, que uno de nosotros desaparezca, bien porque sea reducido á prisión, bien por muerte; si es esta señora ó soy yo, el mal no es completo; pero si sois vos, Champagne, Artagnan queda condenado á morir en la Bastilla tal vez, porque parece que dudáis confiarnos el nombre de... su querida.

—Es que no lo es... respondió el criado.

—Si, tenéis razón; no puede ser su querida, porque si lo amara estaría aquí: acaso esa mujer sea la que le haya hecho aprisionar, sepultando así un secreto que puede considerarse como su deshonra.

—Si fuera... aventuró Estébana estremeciéndose, si fuera la reina...

—Es vieja, respondió Gabriela, y si eso fuera así! Artagnan sería mariscal de Francia... Vamos, Champagne, el hombre de esa mujer; nos es preciso.

—Teneis razón, señora; comprendo perfectamente lo que habeis dicho; podía suceder muy bien lo que pensáis pero...

El día en que nos lo reveleis acaso encontraremos tan solo el cadáver de Artagnan en el calabozo donde languidece á estas horas.

—Es verdad, respondió Champagne, espantando; pues bien, es...

En aquel momento llamaron violentamente á la puerta de la escalera y el digno criado se apresuró á valer-se de aquel pretexto para ganar tiempo antes de veres obligado á divulgar el secreto de su amo; encerró á las dos mujeres en la sala y fué á abrir.

Un escento y dos arqueros se presentaron en el umbral.

—¡Ah! hizo Champagne con indecible terror.

—¿Sois el criado del caballero Artagnan? preguntó el escento.

—Sí... señor... balbuceó Champagne.

El oficial de policía dejó á sus hombres en el umbral y entró solo á la habitación, seguido de Champagne que comenzaba á perder la cabeza.

—Vais á hacer, mandó el escento, un paquete con todas las cosas necesarias á M. de Artagnan para un largo viaje, y á seguirme con esa maleta.

—Acaso por amistad hacia el caballero, dijo Cham-

pagne recobrando su sangre fría. ¿M. de Besmaux tiene esas complacencias?

—¡Vos sabeis!... exclamó el escento.

—Que M. de Artagnan está en la...

—Silencio, que nadie sepa...

—¡Bueno, pensó el digno criado, si se encuentra aquí con aquellas señoras, quedamos bien!

—Vamos, haced ese paquete, muchacho.

—Inmediatamente, señor, inmediatamente, eso no será largo, porque presumo que no hay que tomar más que ropa blanca y algunos vestidos exteriores, con exclusión de todo traje de montar y de guerra.

Y afectando la más grande diligencia, Champagne descolgó los pespantes, los calzones y capas forrados escogiendo las camisas más delgadas y colocando toda en una tela. Después se acercó á una mesa donde habia papel y plumas.

—¿Qué vais á hacer? preguntó el escento que estaba sentado en un sillón.

—A tomar nota de todo ésto, señor.

—A qué fin?

—¡Ah! es que soy un hombre de orden y quedo responsable de todos los efectos del caballero. No querría, por lo mismo, dar lugar á que él ó sus herederos pensarán...

—Haced lo que queráis, dijo el escento.

Champagne hizo un apunte de todo lo que encerraba el paquete, lo cerró con cuidado y lo colocó sobre la chimenea.

—Signeme, dijo el escento levantándose cuando la operación quedó concluida.

—¿Cómo! es preciso que vaya yo también á la...

—¡Chut!

—Pero volveré después?...

—Sin duda.

—Es que querría mejor prevenirme, señor, porque tomaría mis disposiciones...

—¿Qué disposiciones queréis tomar?

—Hay aquí...

—¿Qué hay?... preguntó el escento con severidad.

—Viveres!... se apresuró á decir Champagne, y ya comprenderéis que eso hace falta.

—Volveréis y pronto. Conque, vamos! bastante para eso las costumbres de la justicia, descansó en la inteligencia y en la discreción de las dos mujeres que dejaba detrás de sí para que llevara á buen fin la empresa en la cual le estaba prohibido mezclarse por fuerza mayor.

## XXIII

Una vez cerrada la puerta exterior, Gabriela miró á madama Pluchet.

—¡Y si no volviera! dijo inclinando tristemente la cabeza.

—Nada podríamos esperar de nosotras mismas.

—El miserable debió habernos revelado el nombre de aquella mujer! . . . . . dijo Gabriela abriendo la puerta de la sala y entrando en la cámara que recorrió con cólera.

—¿Queréis que os diga señora? . . . . . preguntó tímidamente Estébana considerándola.

—Hablad.

—Habéis dado miedo á ese muchacho.

—Miedo yo!

—¡Oh! no podiais veros, pero os juro que estábais espantada. Si yo fuera todavía amada de . . . él, yo. . .

—Estáis loca! . . . . . exclamó Gabriela mirándose en un espejo de Venecia colocado arriba del reloj de la chimenea. Probablemente se dió miedo á sí propia, porque retrocedió y cayó en un sillón anegada en lágrimas.

—¡Cuánto sufrí! . . . . . exclamó ocultándose el rostro entre las manos.

—¡Mucho lo amáis! dijo Estébana que participaba de aquella postración.

—¡Si lo amo! . . . . . murmuró Gabriela, si lo amo. . . Mi vida no data sino desde el día que le vi por primera vez. . . . . Apenas he tenido tiempo para decirselo. . . para probárselo. . . . . No ha sido más que un relámpago, y mi existencia entera la ha abrasado. . . . . Un día de felicidad borró de mi alma diez años de alegría y satisfacciones que ahora no son más que cenizas y noche profunda. . . . . Morir por él no sería nada para mí, quisiera darle hasta la última gota de mi sangre. . . . .

La pobre Estébana no se atrevió ni á respirar, oyendo la ceguedad de aquella pasión, ante la cual ella se encontraba pequeña, sin pensar que su amor no era menos grande y que la diferencia de caracteres provocaba, tal vez, únicamente aquella ardiente explosión.

—Si, moriría si fuera necesario; pero viviendo yo, ninguna mujer será amada por él, añadió Gabriela echando fuego por su mirada.

—¿Qué queréis hacer? preguntó con espanto madama Pluchet.

—No lo sé, tengo la cabeza perdida! . . . . . contestó Gabriela levantándose atarida hácia la chimenea por el papel que habia puesto allí Champagne.

—¿Qué es esto? . . . . . dijo desdoblándolo.—¡Ah! es la cuenta de ese imbecil, añadió tirándolo con impaciencia.

Pero Estébana con más calma, y sobre todo, más avisa, tomó el papel y lo leyó con atención.

—Para nosotros ha escrito esto Champagne, señora, dijo: no en vano afecto tanto orden delante deis scente.

—¿Para nosotras? veamos, pues!

—Tened, ved aquí. . . . . este nombre

—Martinozzil. . . . . leyó madama de Barada.

—Es el nombre de . . . . .

—La sobrina del cardenal! . . . . . dijo Gabriela con estupor,

—Es la que ama.

—¡Oh! y es hermosísima!—añadió Gabriela contrariada hasta sus entrañas.—¡Oh, sí, muy hermosísima! . .

Y se estremeció, retorciéndose las manos con desesperación al recordar los encantos de aquella á quien llamaban la maravilla de los cabellos rubios.

—¿Y te ama ella al menos? ¡Oh! si esto es así. . . . . entonces que se quede en la Bastilla, que muera! . . . . . ganaré la tranquilidad y la salud de mi alma! . . . . . dijo Gabriela con acento sombrío.

—¡Qué decís, señora, exclamó Estébana, le abandonaréis cuando su vida puede estar amenazada! . . .

—¡Eh! al fin se sale de la Bastilla.

—No saldrá, no; M. de Besmaux lo ha dicho á mi marido. . . . . y habéis oído las precauciones del escote! ¡Ah! vos podéis salvarle, estoy segura; podéis acercaros

á la que ama y le salvará, porque debe salvarle....

— ¡No me digáis eso!

— Podéis hablar al cardenal; si me presento yo sería rechazada con desprecio; no soy más que una pobre paisana, en tanto que vos sois una gran señora y entráis en el Louvre.

— ¡Verle amado por otra!.....

— ¿Y por qué no?..... ¿no es libre?..... ¿no es hermoso?..... ¿Tiene acaso la culpa de que le amen?.... Yo, que os hablo, señora, le dejé tr mi corazón, sin saberlo, un día que pasaba á la cabeza de su compañía... apenas me ha mirado, en tanto que yo.....

— ¿Y ahora?

— Ahora no me ama y me resigno; no espero nada de él; pero mientras yo exista, en tanto que un soplo de vida ánimo mi ser, estaré á sus órdenes como una criada, á una palabra, á una señal.

Gabriela se anegaba en llanto; lloró mucho tiempo y la buena Estébana, de rodillas delante de ella, besaba sus hermosas manos suplicándola.

— Y bien, si, generosa mujer, dijo por fin Gabriela, saliendo de su anonadamiento; si, quiero ser digna de vos..... y de él.

— ¡Oh! le salva esos, estoy segura.

— Es cierto que está detenido en la Bastilla por el cardenal, y que está destinado á morir allí, porque no carece de peligro, y grande, ser amado de una joven considerada como la hija de un rey y de la que se quiere hacer una princesa de la sangre de Francia..... Pero veo un abismo en todo esto..... Hay mucho que reflexionar, y no sé cómo hacer.

Gabriela se recogió por un instante y después añadió:

— Escuchad; hace ocho días que estoy aquí. Vivía en Burdeos y me fugué de la casa de mi marido.... Este ha venido á Paris; está muy bien con el cardenal y lo ve á todas horas... No puedo ir al palacio Mazarino sin riesgo de ser detenida, porque mi esposo me hace buscar por todas partes... Si lo encuentro, me impedirá ver á la sobrina del cardenal, porque se apresurará á encerrarme... ¡Oh! no es que él me ame ni que esté celoso; pero es avaro y espera muchos bienes de una sucesión no acabada de liquidar en Italia, de donde

era mi madre... ¡Ah! por más que pienso.... por más que busco, no encuentro nada.... nada....

— Escribir..... aventuró Estébana.

— Y vos llevaréis la carta; sí, eso es... dijo Gabriela dirigiéndose al escritorio. Pero para que llegue á su destino la leerán antes... la señorita Martinozzi debe estar vigilada de cerca... ¡Ah!

Y Gabriela se dió un golpe en la frente.

— Sí, dijo, esto es por la reina... ¿pero querrá?

— ¿La reina?

— Una mujer que está cerca de ella, madama de Flavimont... Si, eso es....

— Quedaos aquí, yo iré á verla....

— Está todavía en Burdeos. Pero es preciso que permanezcáis aquí, donde podréis saber algo nuevo.

— Por mi marido, es probable.

— Yo iré á Burdeos, no temo nada por ese lado. La ciudad está tranquila ahora, y mi marido se encuentra en Paris por mucho tiempo.

— Para viajar por los caminos una mujer sola....

— Tenéis razón..... Sé lo que me ha costado de tiempo y de vicisitudes el llegar á Paris...

Y sus ojos se dirigieron al gabinete donde Champagne había sacado los vestidos de su amo.

— ¡Qué idea!... dijo Gabriela. ¿Y por qué nó? añadió sonriendo tristemente.

— ¿Qué queréis hacer? preguntó Estébana.

— Ponerme uno de esos vestidos.

— ¡Y pensais!..... exclamó madama Pluchet.

— ¡Oh! no será la primera vez que lo hagol se conoce que no habéis hecho la guerra de partidarios.

— Pero esos vestidos serán muy grandes, objetó Estébana.

— Es posible, veamos.

— Aquí traigo hilo y agujas! exclamó la tabernera con alegría.

— ¡Vamos pronto! ¡á la obra!

Las dos mujeres escogieron prontamente unos calzones y un jubón de terciopelo negro en el guardarrropa del caballero, y mientras madama Pluchet, siguiendo las indicaciones de la señora de Barada, se ponía á coser con ardor, ésta se arreglaba su magnífica cabellera

negra, dándole con una habilidad sin igual, la forma y la apariencia de un tocado masculino.

Aquella operación fué violenta, y cuando estuvo acabada, tomó á su vez una aguja y á pesar de lo poco acostumbrada que estaba á aquella tarea, encontró la manera de hacer maravillas en el traje de Artagnan.

Una vez terminado aquello, se despojó de su vestido, y se puso los calzones sin dificultad; después, ayudada por Estébana, quien se maravilló al ver las perfecciones de aquel cuerpo, el más encantador que podía apetecerse, aprisionó sus hombros como el rase y su cintura de diosa en el terciopelo del respunte de su amante.

Fácilmente encontraron un sombrero y una capa: en cuanto á las espadas nunca faltaban en la casa del atrevido gentil hombre: Gabriela escogió la más pequeña, besando el puño con respeto.

Fué á su cofre, llenó una bolsa de oro y contó el resto á madama Pluchet.

—Si muero, emplead en salvarlo, le dijo.

—¡Oh! volveréis, estoy segura.

—¡Volver! . . . . dijo Gabriela inclinando la cabeza con duda.

—El os amará: ¡sois tan bella!

—Pero vos también, querida niña, sois hermosa! . . . dijo madama de Barada estrechando á la tabernera contra su corazón. ¡Ah! ¿dónde vivís?

—En la Cite, en la «Botella de Cro,» madama Pluchet.

Una hora después, Gabriela galopaba por el camino de Burdeos.

#### XXIV.

Artagnan había vuelto á su calabozo donde debía esperar el resultado de los descubrimientos del interrogatorio de Vijé, y mientras que éste era trasladado á otra parte del castillo donde debería atenderse á sus magulladas piernas, que felizmente no habían sufrido mucho en las «medias del señor de Paris,» la comunicación de los dos calabozos estaba provisionalmente interrumpida.

El teniente del crimen no había dado al gobernador

más que explicaciones muy sumarias acerca de las causas que tenía para reencargar la vigilancia con el caballero; de manera que Besmaux, persuadido de que su antiguo amigo podía muy bien ser un gran culpable no creyó deber apersonarse con él cardenal para hablarle en su favor como lo había ofrecido.

Además, durante la estancia del magistrado en el calabozo de Vijé, reflexionó profundamente sobre ciertos rumores llegados hasta él, y cuyas consecuencias, muy personales, venidas á su memoria con la llegada de M. Tardieu, hicieron que estuvieran al magistrado cuando se retiraba.

—Mi querido M. Tardieu, le dijo, en vuestra calidad de teniente del crimen debéis conocer á casi toda la magistratura de Paris.

—Seguramente, y me atrevo á decirlo, respondió Tardieu enorgulleciéndose, desde el más grande hasta el más pequeño me favorecen con su amistad; no es por envanecerme, pero ese exceso de honor es muy agradable para mí, creedlo, aun que las malas lenguas se atreven á sostener que soy incapaz de un sentimiento dulce.

—Cómo no mostrar una muy grande estimación á un hombre que como vos honra el cuerpo á que pertenece, pero no quiero abusar de vuestros preciosos instantes ¿Canocéis á M. de Barada?

—Sin duda; es uno de los grandes y mejores amigos del señor cardenal, quien acaba de hacerlo consejero de Paris.

—¿Y no consideráis, querido señor Tardieu, que un cargo de consejero es preferible . . . al de gobernador de la Bastilla, por ejemplo?

—Tendréis acaso el designio de renunciar vuestras funciones, para entrar al parlamento, señor de Besmaux?

—No; yo soy hombre de espada, pero parece que ese señor de Barada no se encuentra satisfecho con su nueva posición y que aspira á mi plaza.

—¡Oh! ¿lo pensáis así? . . . ¡Diablo! un cargo de consejero es muy honroso . . . pero en cambio, se dice que vos ganáis aquí mucho.

—Esto es cuestionable, dijo Besmaux ruborizándose pero ese M. de Barada . . .

— ¡Ah! dijo el teniente del crimen, cuidado; si ese diablo de hombre desea reemplazaros es casi cosa hecha, porque el cardenal no le rehusa nada ahora.

— ¡Buena! hizo Besmaux, no echaré en saco roto la advertencia.

— No olvidéis, sobre todo, añadió el magistrado que deberíais guardar con M. de Artagnan el secreto más absoluto.

— ¡Ah! el negocio de Artagnan es bien negro, así lo veo! . . . se dijo el gobernador después de la salida de M. Tardien.

Entonces tomó la prudente resolución de no mezclarse hasta no recibir un nuevo informe, en una intriga de que no sabía una jota.

Artagnan, preciso es confesarlo, sentía sinceramente no haber dejado continuar su obra al «Señor de París»; pero no pudo soportar el sufrimiento de su amigo: la idea de que tal vez la señorita Martinuzzi sabía ya que estaba en la Bastilla y no se atrevía á exigir su libertad, el temor de encontrarla resignada á casarse con M. de Conti, todo esto, compasión, despecho, celos, lo detuvieron y su primer movimiento le rindió.

Meditaba sobre la incertidumbre de las cosas y de los cálculos humanos, dando al diablo la generosidad y concluyendo por la más hermosa teoría del egoísmo que sería en lo de adelante su regla de conducta; pero una vez extinguido aquel ardor, pensó más maduramente y acabó por decirse que después de todo hubieran sido una cosa horrible dejar sacrificar á un muchacho como Vijé á una loca pasión, condenada é imposible.

La noche estaba ya bien avanzada, y contemplando el agujero abierto por donde había pasado al calabozo de su amigo, el cual resaltaba en blanco sobre la pared ennegrecida de la prisión, se preparaba á echarse sobre el lecho, persuadido de que el Señor daría alguna calma á sus ideas sugiriéndole acaso una línea de conducta que adoptara para el porvenir, cuando oyó un ligero exterior.

Aquel ruido venía de la calaboya.

Es ta muy estrecha por cierto, podía apenas permitir á un hombre deslizar la cabeza admitiendo que fuera

posible salvar su altura que consistía en una pared de diez pies de elevación, formando con el suelo un ángulo agudo.

Artagnan vió de repente destacarse en la obscuridad del cielo un objeto que tenía la forma de una barra. No podía suponerse que se tratara de nuevas precauciones hasta el extremo de condenar aquella tronera inaccesible, sin decirselo antes.

Pero aquel objeto se agitó vivamente y el caballero pudo distinguir que tenía una fuerte aspereza en el centro.

— Es una cuerda de nudos! exclamó; alguno que se evade por sobre mi cabeza! . . . Ah! si yo pudiera apoderarme de esa cuerda y aprovechar la ocasión! . . . dijo dando un brinco á la ventanilla.

De repente la debilitada luz que venía de fuera fué interceptada, y bien pronto un cuerpo pesado cayó sobre el piso del calabozo.

El caballero distinguió perfectamente un hombre extendido á sus pies y la extremidad de la cuerda pendiente en el calabozo.

— ¿Quién sois? . . . preguntó el desconocido que se levantaba gruñendo, y desató de su cintura una linterna sorda que abrió en seguida.

— Chut . . . hizo el recién llegado.

— Sin Par! . . . exclamó Artagnan.

El carcelero llevó la luz al rostro del caballero y pareció quedar satisfecho de su exámen.

— No contabas con encontrarme aquí, miserable! He oído mucho ruido desde el lugar en que me ocultaba y pensé que vos lo ocasionabáis.

— No te has engañado, soy yo, maldito, y es á ti á quien debo estar encerrado aquí desde hace tanto tiempo.

Y diciendo esto, Artagnan se le iba á echar encima con los dedos crispados y amenazantes, con intención de extrangularlo; pero aquel retrocedió, mostrando, como siempre, su pistola montada.

— No te atreverías á hacer fuego, miserable, porque estás perseguido.

— Bah! tendría el tiempo suficiente para salvarme antes que vinieran!

— ¡Te mataré antes! respondió Artagnan echándose encima de él.

— Chut! vengo á salvaros, dijo Sin Par retrocediendo vivamente.

— Ah!

— Creéis que he venido á vuestro calabozo sin objeto? Ved esa cuerda; está sólidamente amarrada á una almendra de la torre y es bastante larga para llegar al pié de los muros.

— Pero en el nacimiento de la muralla hay un foso lleno de agua.

— ¿No sabéis nada?

— Perfectamente. Pero tu proyecto oculta un lazo, Sin Par, estoy seguro.

— Voy á probaros que no. Conocéis al hombre que me arrastró á mi perdición y que tan cobardemente se ocultó después de abandonarme: ese hombre, podría jurarlo, se encuentra hoy bien colocado y en una posición brillante, riéndose de los imbéciles que le sirvieron de instrumento. Deseo acabar mis días de otra manera que en una prisión de Estado, donde, aunque con el carácter de carcelero, no por eso dejo de ser lo mismo que un condenado ó un prisionero vulgar. Me enfado aquí: necesito aire, verdadera luz, locas canciones, mujeres fáciles, vino á discreción; cosas todas que generalmente faltan en la Bastilla. Por esto es, que desde hace tiempo resolví procurarme la fuga, creciendo más ese deseo cuando os he visto aquí. Confieso que me conducido mal con vos...

— Al menos es algo, dijo Artagnan levantando los hombros.

— Si, he reflexionado: vos hacéis vuestro deber, y es por la fuerza de las circunstancias el que habéis contribuido á mi desgracia; pero por otra parte, el hombre misterioso, el hombre poderoso, que después de haberme impulsado al crimen se ha retirado cobardemente, á ese no le perdonaré jamás, y he jurado encontrarle un día y hacerle expiar horriblemente mis sufrimientos en una sola vez.

— ¡Bah! si algún día lo encuentro delante de mí, estad seguro que saltaré sobre él y le estrangulo.

— Como quieras.

— Pero no me diréis su nombre?

— Te repito que guardo á ese hombre para mí.

— Cómo encontrarle? dijo sin par contrariado.

— Busca y encontrarás.

— Bien sabéis que me es imposible buscar.

— Si, todo eso está bien concebido; pero yo no acepto el negocio.

— El tiempo pasa, señor, la noche avanza, decidíos pronto.

— ¡Oh! queda decidido, amigo mío.

— Qué hacéis?

— Ya que sin duda no quieres cederme la mitad de tu ingenioso medio de salir de aquí yo lo tomo.

Señor caballero, no podéis evadiros de aquí, sin mí, porque no conocéis la casa.

— ¡Ah diablo! dijo Artagnan soltando la cuerda.

— Escuchad, porque bien veo que no sois un hombre capaz de ceder con facilidad, según lo habéis probado, sufriendo tácitamente todas mi impertinencias, de las que me arrepiento de corazón; esta cuerda servirá para la evasión de los dos, pero me haréis un juramento.

— ¿Cuál?

— Ya veis, no renuncio á mi venganza.

— Veamos, hablad.

— Me juráis denunciar al cardenal al hombre de que se trata.

— ¡Ah! eso es otra cosa.

— Dudáis, señor caballero?

— Cierto que sí, hoy tengo mis razones para contentarme con matarlo.

— ¡Ah! si supiera pintar!

— ¿Qué haríais?

— Su retrato, y diría luego al cardenal: «He aquí el hombre del Cours-la-Reina.»

— Eso sería muy ingenioso. Pero... ¿hemos de partir?

— Partamos, dijo.

— Muéstrame el camino, dijo Artagnan.

— He aquí lo que es preciso hacer, contestó Sin Par subiéndolo el primero, saldréis por la ventanilla, subiréis algunos nudos, y yo durante ese tiempo saldré de

aquí, echando el cabo de la cuerda para afuera y de esa manera seré el primero en bajar.

—Y estás seguro de que que la cuerda es tan fuerte que no resista a los dos?

—Es nueva.

Sin Par se deslizó por ella suavemente, pero cuando Artagnan iba á imitarlo, brillo un relámpago y se oyó un tiro de fusil.

Sin Par dejó escapar un juramento horrible y al salto que dió la cuerda quedó rota del lugar en que la tenía.

Cayó en el foso.

Artagnan quedó suspendido arriba del abismo: había colocado felizmente un pie en el marco de la claraboya y pudo asirse á ella con la idea de esperar el resultado de lo ocurrido.

Vió como resultado de la alarma dada por el centino la, correr lucas por todo el castillo llevadas por soldados, y destacarse una barca de un punto de la muralla con dirección á la parte del foso donde cayó Sin Par.

Después sintió que tiraban de la cuerda que no había soñado todavía.

Los que tiraban de ella, suponiendo que fuera otro prisionero que estaba suspendido, lograron arrancársela, de modo que Artagnan, falto de este apoyo, cayó rodando pesadamente sobre el suelo de su calabozo y el golpe le hizo perder los sentidos.

Cuando volvió en sí el fiel Champagne estaba rodeándolo de cuidados.

—Aquí tú, amigo mío?

—Sí, señor, preso como vos.

—Gracias, amigo mío.

—¡Ah, señor, los amigos que os quedan no os dejarán.

—¿Quiénes son?

—Las mujeres,...

## XXV

El cardenal envió á sus sobrinas á Pontoise. Las señoritas Mancini y Martinozzi estaban, pues, admirablemente guardadas, la última sobre todo. Una hermosa mañana de Agosto, adelantó una ca-

rraza hacia aquella casa respetable, y cuando iba á torcer por el ángulo de los muros del jardín, dos hombres á caballo desaparecieron por allí á todo correr.

Un joven se apeó y recogió una carta amarrada á una teja, que sin duda había apercibido.

—Acaso conocéis á alguno de los hombres que han huído al acercarnos, señora? preguntó con voz dulce y clara á la dama que había quedado en el carruaje.

—Creo es el príncipe de Saboya.

—¿Qué tendrá inteligencia en la plaza? Si no me engaño, este billete es para él. Leamos.

Y el joven, abriendo sin escrúpulo el billete misterioso, leyó estas palabras: «Allá sera, décima hora, una scala, dei caballo»

—Está en italiano, dijo la dama, y aunque lo sé mal esto significa...

—Esta noche, diez horas una escala, dos caballos.

—Entonces es el príncipe de Saboya.

—Ama á una de las sobrinas del cardenal, y quiere así obligar al tío, si nos aprovechamos de esta fuga...

—No, mañana acaso sería tarde.

La carroza continuó su camino y la dama se apeó. La dama tenía la apariencia de una persona de la corte.

Preguntó por la abadesa, y contestó á la hermana que preguntó el nombre que debía anunciar.

—La condesa de Flavimont.

La hermana la introdujo en el oratorio de la abadesa, reducto severo y al mismo tiempo adornado de objetos de devoción y de gran riqueza.

—Sois vos, mi pobre niña, exclamó la abadesa al llegar ante ella la hermosa viuda.

La abadesa había sido la amiga íntima de la madre de la condesa, y á ésta la trató siempre como á una hija consentida.

—Llego de provincia, dijo, y es preciso confesar que fuera de la corte se pierde todo conocimiento de los más simples sucesos que ocurren.

No son las señoritas de Mazarino á quienes he visto al entrar?

—Ellas son en efecto, respondió la abadesa.

aquí, echando el cabo de la cuerda para afuera y de esa manera seré el primero en bajar.

—Y estás seguro de que que la cuerda es tan fuerte que no resista a los dos?

—Es nueva.

Sin Par se deslizó por ella suavemente, pero cuando Artagnan iba á imitarlo, brillo un relámpago y se oyó un tiro de fusil.

Sin Par dejó escapar un juramento horrible y al salto que dió la cuerda quedó rota del lugar en que la tenía.

Cayó en el foso.

Artagnan quedó suspendido arriba del abismo: había colocado felizmente un pie en el marco de la claraboya y pudo asirse á ella con la idea de esperar el resultado de lo ocurrido.

Vió como resultado de la alarma dada por el centino la, correr lucas por todo el castillo llevadas por soldados, y destacarse una barca de un punto de la muralla con dirección á la parte del foso donde cayó Sin Par.

Después sintió que tiraban de la cuerda que no había soñado todavía.

Los que tiraban de ella, suponiendo que fuera otro prisionero que estaba suspendido, lograron arrancársela, de modo que Artagnan, falto de este apoyo, cayó rodando pesadamente sobre el suelo de su calabozo y el golpe le hizo perder los sentidos.

Cuando volvió en sí el fiel Champagne estaba rodeándolo de cuidados.

—Aquí tú, amigo mío?

—Sí, señor, preso como vos.

—Gracias, amigo mío.

—¡Ah, señor, los amigos que os quedan no os dejarán.

—¿Quiénes son?

—Las mujeres,...

## XXV

El cardenal envió á sus sobrinas á Pontoise. Las señoritas Mancini y Martinozzi estaban, pues, admirablemente guardadas, la última sobre todo. Una hermosa mañana de Agosto, adelantó una ca-

rraza hacia aquella casa respetable, y cuando iba á torcer por el ángulo de los muros del jardín, dos hombres á caballo desaparecieron por allí á todo correr.

Un joven se apeó y recogió una carta amarrada á una teja, que sin duda había apercibido.

—Acaso conocéis á alguno de los hombres que han huído al acercarnos, señora? preguntó con voz dulce y clara á la dama que había quedado en el carruaje.

—Creo es el príncipe de Saboya.

—¿Qué tendrá inteligencia en la plaza? Si no me engaño, este billete es para él. Leamos.

Y el joven, abriendo sin escrúpulo el billete misterioso, leyó estas palabras: «Allá sera, décima hora, una scala, dei caballo»

—Está en italiano, dijo la dama, y aunque lo sé mal esto significa...

—Esta noche, diez horas una escala, dos caballos.

—Entonces es el príncipe de Saboya.

—Ama á una de las sobrinas del cardenal, y quiere así obligar al tío, si nos aprovechamos de esta fuga...

—No, mañana acaso sería tarde.

La carroza continuó su camino y la dama se apeó. La dama tenía la apariencia de una persona de la corte.

Preguntó por la abadesa, y contestó á la hermana que preguntó el nombre que debía anunciar.

—La condesa de Flavimont.

La hermana la introdujo en el oratorio de la abadesa, reducto severo y al mismo tiempo adornado de objetos de devoción y de gran riqueza.

—Sois vos, mi pobre niña, exclamó la abadesa al llegar ante ella la hermosa viuda.

La abadesa había sido la amiga íntima de la madre de la condesa, y á ésta la trató siempre como á una hija consentida.

—Llego de provincia, dijo, y es preciso confesar que fuera de la corte se pierde todo conocimiento de los más simples sucesos que ocurren.

No son las señoritas de Mazarino á quienes he visto al entrar?

—Ellas son en efecto, respondió la abadesa.

—Esto es bastante extraño, porque en Burdeos no se trata de otra cosa que del matrimonio de una de ellas con el príncipe de Conti.

Es sin duda para substraerlas de los celos que ese matrimonio haría al rededor de ellas.

En ese momento llamaron á la puerta del oratorio con timidez.

—Entrad, dijo la abadesa.

La puerta se abrió. Las dos figuras alegres y morenas de las señoritas Mancini aparecieron.

—Dios mío!... exclamó la abadesa. Si su Eminencia supiera... señoritas, por favor, retiraos á vuestro departamento.

—¡Eh! la señora de Flavimont no es ningún turco, dijo Maria Mancini con una voz sentida y no nos robará.

—Es preciso que hable á la señorita Martinozi... soplo en voz baja la condesa en el oído de Olimpia. Conozco vuestros proyectos de fuga para esta noche, y os ayudaré... servidme.

—Señoritas, repitió la abadesa, Dios me es testigo de que quisiera daros gusto, pero me comprometeréis grandemente.

—Va en ello la vida de un hombre continuó la condesa.

—Ana Maria, dijo Olimpia interpellando a su prima en italiano: «vieni subito! Parlate roule di Carlo! sta in pericolo.»

Ana Maria acudió rápidamente á la condesa; pero la superiora, encendida como una brasa, corrida de ver despreciada su autoridad, temblando por las consecuencias de aquella entrevista, recibió respecto de la condesa la especie de imperio que tenía antes, y asíéndola del brazo la arrastró hacia afuera.

—Desgraciada!... le dijo; me habeis perdido... el cardenal no me perdonará nunca.

—Qué significa esto?...

—No puedo explicaros nada.....

Y como la pobre abadesa no dejaba de lamentarse, la condesa no juzgó á propósito prolongar por más tiempo su visita, temiendo excitar sospechas. Se des-

pidió, pues, de la antigua amiga de su madre, quien la acompañó hasta la torre exterior.

—Y bien? preguntó en voz baja el hombre que había quedado en el coche.

—Está guardada como en un serrallo.

—¿No la habeis visto?

—¡Posible me me ha sido decirle ni una palabra.

—¿Qué hacer entonces?...

—Vamos pronto á San Germán, diré todo á la reina.

—La reina es enteramente de Mazarino.

—Pues bien, hablaré al rey.

—A San Germán, gritó el joven al cochero.

—¡Toca en Coufflas! dijo la condesa.

Rodeaba la punta oeste de la gran isla de Coufflas, cuando el sonido de un cuerno se dejó oír en el bosque.

Poco tiempo después un gran ciervo, perseguido por una jauría de perros, saltó por entre la yerba y se detuvo un instante indeciso.

—¡Forza los remos! gritó el joven al remero. Es la caza del rey, continuó volviéndose á la condesa.

El rey seguía con ojo impaciente el desembarco de los pasajeros, cuando el primer picador dió un grito.

—¿Qué hay? preguntó Luis.

—Sire, el ciervo se ha ahogado.

—Vámonos condesa, dijo entonces Luis; y consideráis que sería bastante para mí la recomendación de las señoritas Mancini?

—Sire, dijo Gabriela que iba derecha á todos los obstáculos, si Vuestra Magestad se digna ercerme, puede dejar aquí sus caballos en la otra orilla tenemos un carruaje.

—Perfectamente! respondió Luis. Venis, primo mío?

—¿A dónde sire?

—A Pontoise.

—Con mucho gusto, sire.

—Señores, esperadme aquí.

Después, ofreciendo la mano á la condesa, la hizo entrar en el bote, á donde los siguieron Gabriela y el príncipe de Saboya.

El remero, orgulloso por la aventura, hizo milagros. Una hora después, y debido á la agilidad y destreza

del cochero de la condesa, las puertas del convento de las Carmelitas se abrían de par en par y la carroza real improvisada se detenía en el patio principal.

La abadesa, en el colmo de la admiración y la alegría recibió al rey de rodillas.

—Señora, dijo después, os suplico hagáis llamar á las señoritas Mancini y Martinozzi.

—A fe mía, Su Eminencia dirá lo que quiera, pero he sido forzada.

Gabriela había desaparecido.

## XXVI

Gabriela partió para París, á donde llegó al caer la noche. Madama Pluchet recibió á aquella hermana de infortunio con su dulce sonrisa. Pero Gabriela, no obstante que descansaba en la sobrina del cardenal que tomaría con empeño la causa de Artagnan, no por eso tenía una completa esperanza de que pudiera recobrar su libertad. Entregado, pues, á sus propias fuerzas, arrastró á madama Pluchet con el pretexto de dar un paseo, hasta cerca de la sombría fortaleza.

—¡Y pensar que mi marido puede entrar todos los días! dijo Estébana.

—¿Cómo! . . . preguntó Gabriela.

—Es el encargado de alimentar á los presos.

—¡Oh! pues entonces nosotros también entraremos.

El día siguiente, M. Pluchet, llevado por su esposa al cuarto donde se ocultaba Gabriela, se admiró de encontrar al joven caballero llegado la víspera; no ya vestido de terciopelo negro; con la pluma en el fieltro y la espada al lado, sino con bastante miseria, ocultando su elegante estatura en los calzones y la casaquilla grasienta de un pinche de cocina.

—Amigo mío, dijo Estébana, no quiero ser misteriosa con vos por más tiempo, pues estoy cierta de que serviré mejor nuestros proyectos conociéndolos.

—Tenéis razón, señora, respondió Pluchet con gravedad.

—Señor Pluchet, dijo Estébana, el señor es una mujer y quiere penetrar con vos en la Bastilla. La señora tiene el más grande interés en hablar al señor Artagnan y sólo vos podéis facilitarle los medios,

—¿Qué me decís, gran Dios! Semejante proyecto es imposible de realizar. ¿Creeis que se habla así nomás á los prisioneros? Yo mismo nunca he podido ver al señor de Artagnan.

—¿Cómo haréis entonces? . . . preguntó Estébana con desaliento á Gabriela.

—¡Que logre entrar y ya veremos!

—Señora, añadió Pluchet, no puedo prestarme á serviros en semejante empresa.

—¿Y por qué?

—Primero, porque es arriesgarme y comprometerme gravemente: después porque eso puede hacernos perder en mis negocios.

—¡Quia! exclamó Estébana, esas consideraciones os detienen!

—Sin embargo, si se me arresta . . . .

—Y bien, ese no es un gran mal. ¿M. de Artagnan no es un personaje más elevado que vos?

—Está bien, pero al menos su profesión tiene esos riesgos.

—¿Y sin él no seriais perseguido, diablo de fondista endemoniado?

—¡Chut! . . . .

—¡Señor partidario del coadjutor!

—¡Estébana! . . . soy de los amigos del cardenal, gritaba el buen hombre pálido de terror.

—Señora, os acompañará á la Bastilla, dijo madama Pluchet con voz imperativa.

—Bien; consiento, pero . . . hizo el buen hombre; pero si sucede una desgracia caerá sobre vos únicamente.

A cosa de medio día Gabriela penetró sin ningún obstáculo en la Bastilla.

—¿Sois vos, Luis?

—¡Gabriela! . . . exclamó con éxtasis, estoy soñando!

Aquella expresión pura, que expresaba el amor y el afecto del amigo de la infancia hirió como un puñal afilado el corazón de madama de Barada: se estremeció y sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—¡Ah! ya adivino . . . dijo melancólicamente Vijé, no es por mí por quien venís.

—Sí, Luis, respondió Gabriela con voz entrecortada,

vos me comprendéis siempre. . . . ¡hermoso corazón! . . .  
Está aquí.

—Entró el mismo día que yo: estábamos casi juntos; pero nos han separado.

—¿En qué parte de la prisión se encuentra?

—En la torre de la libertad, número 14.

En la noche misma el carcelero llevaba al número 14 de la libertad un pedazo de pan, en el cual Gabriela había introducido un billete que no contenía más palabra que esta:—Valor!

Al día siguiente entraron en la prisión y Gabriela sintió que el corazón se le escapaba al ver á Artagnan acostado en el suelo y en la actitud de un hombre desmayado.

Una vez en el calabozo de Artagnan, Gabriela se desembarazó de la áspera casaquilla que la disfrazaba.

—Caballero, caballero, dijo acercándose á Artagnan, soy yo, soy yo. . . .

Y como Artagnan seguía impassible á aquel llamamiento, lo abrazó con toda la fuerza que le daba su amor.

—Carlos, Carlos, volved en vos, exclamaba sollozando.

Artagnan se levantó y se llevó un dedo á los labios.

—¡Chut! . . . hizo.

—Carlos, Carlos, no me reconoces por Dios! . . .

—Gabriela. . . . dijo Artagnan.

—¡Oh! nosotros os salvaremos.

—Vienen, ocúltate, dijo Artagnan yendo á sentarse sobre su piedra.

Gabriela se ocultó detrás de las cortinas del lecho y Artagnan tomó la actitud de un hombre que leía en un libro atentamente: una llave fué introducida en la cerradura, pero el prestillo no dió vuelta, y los cerrojos fueron inmediatamente quitados con estrépito.

—Hé aquí una puerta mal cerrada, dijo una voz con tono de reconvencción.

Era el teniente del rey, con la espada en la mano, cuatro soldados armados y un hombre revestido con la túnica de los consejeros del parlamento.

—¿Cómo se llama este prisionero? Preguntó el magistrado.

—Lo ignoro, señor, respondió el teniente.

Yo os lo diré, si lo queréis, respondió Artagnan— soy de la religión y se me llama Duretète; soy el General que Dios á puesto á la cabeza de las legiones de Israel!

El magistrado miró al carcelero.

—Os lo decía, señor, dijo aquel hombre.

—Dios ha subido al cielo entre los gritos de alegría, dijo Artagnan.

—¿Tenéis que quejaros de los alimentos?

—Venid, Espíritu Santo, continuó Artagnan.

—Tengo graves presunciones para creer, este es Duretète.

—Pues bien, tío, mientes, miserable.

—Señores, soy el caballero Artagnan.

—¡Matadle! ordenó Barada. En nombre del rey os lo mando.

Los soldados apuntaron con sus mosquetes.

Artagnan retrocedió al ángulo del calabozo exclamando:

—No quiero morir: mi misión no ha terminado todavía.

Pero un grito terrible, ahogado, respondió á su voz.

Al envolverse Artagnan en la cortina había descubierto á Gabriela, y al reconocerla Barada dió aquel grito y se echó delante de los mosquetes.

—¿Cómo ha entrado aquí? preguntó al carcelero con estupor.

—Salid, señora, salid, exclamó Barada mostrándola la puerta.

—Una mujer, hicieron con la voz ó con el gesto los asistentes.

Gabriela se dejó deslizar por debajo del lecho y murmuró en español:

—¿Está tranquilo? amigo mío, cerca ó lejos velaré por ti.

Barada asió el brazo de su mujer y la arrastró fuera del calabozo.

—Hasta la vista, señor de Barada, dijo Artagnan.

Tres horas después el consejero encerraba á su mujer en el oratorio de su antigua casa de la calle de San Luis.

—Y en cuanto á vuestro amante, señora dijo, esta mañana el cardenal me ha prometido el empleo del gobernador de la Bastilla; ya comprendéis que voy á tener su vida entre mis manos.

—Señor, replicó Gabriela, cuidado, Después de él tendréis que matarme á mí!

La reina permaneció dos días en San Germán con el rey y las dos Mancini.

Ana María se dirigió inmediatamente á la casa de sutio.

—El príncipe Conti no es de vuestro agrado?

—No, por cierto.

—Va á llegar á París; lo veréis, es espiritual, encantador.

—Bien sabéis que no tengo ambición y no cambiaré.

—Pues sea, dijo repentinamente el ministro, que quería contemporizar; pero si renunciáis para tí á un destino tan brillante, al menos ayudadme á conseguir que lo acepte una de tus primas.

En ese particular piensan de la misma manera que yo.

—Pero qué todas estáis coaligadas en contra mía?

—Hemos jurado delante de la Madona, ¿lo entendéis? de la Madona.

—Y qué juramento os habéis atrevido á hacer?

—El de no casarnos aunque se nos arrastre al altar.

—Se os arrastrará!

—Pues bien, poned en libertad á los que habéis aprisionado.

—No os comprendo, dijo Mazarino.

—Oh, monseñor, nada de subterfugios. Ese joven que encontrásteis en mi cámara, se encuentra en la Bastilla, estoy segura.

—Es verdad.

—Ordenad que quede en libertad.

—Consiento, dijo Mazarino con violencia.

—Firmad, monseñor.

—¿El qué?

—La orden. Debéis tener listas algunas órdenes en blanco.

—Después de todo, es bien posible, dijo Mazarino con

cierto aire de convencimiento, porque recordaba el interrogatorio de M. Tardieu, y firmó.

—Eed, dijo Mazarino, mostrando el papel á su sobrina.

Ana María leyó con los ojos y con el corazón:

«M. de Besmaux de Montlezum; os dirijo esta nota en nombre del rey para ordenaros que inmediatamente pongáis en libertad al caballero Artagnan. Dios os tenga en su santa guardia.

«ANA.»

—No tenéis una contraseña, monseñor?

—Toma, hizo Mazarino después de añadir su nombre al de la regente.

—¡Oh! gracias, tío, exclamó la joven derramando lágrimas de sentimiento de gozo.

—Un instante... dijo el desconfiado ministro.

—¡Ah! suspiró dolorosamente Ana María llevando la mano al corazón.

Mazarino señaló una magnífica Virgen de Rafael, colocada encima de una especie de altar cargado de bronces preciosos y que tenía la costumbre de contemplar diariamente horas enteras.

—Juro por esta Virgen, dijo él, casarme con el príncipe de Conti.

Ana María extendió la mano, el cardenal colocó el pergamino sin soltarle y sin extremecerse por la expresión de deslén que reinaba en el rostro de su sobrina.

—Juro, dijo la joven, casarme con M. de Conti.

Mazarino dió un grito de triunfo.

—¡Ah! me habéis perdido! exclamó Ana María, tomando la orden y dejando con precipitación el gabinete del ministro.

## XXIX

Cuando Mazarino volvió á palacio después de enviar á Barada á la Bastilla despachado del todo, llamó á M. de Navailles á su gabinete. Este llegó de muy mal humor porque la consigna dada al capitán de las guardias del cardenal lo habia hecho esperar, viéndose forzado á permanecer en el palacio, precisamente cuando según decía, su presencia era muy necesaria en su casa. El

—Y en cuanto á vuestro amante, señora dijo, esta mañana el cardenal me ha prometido el empleo del gobernador de la Bastilla; ya comprendéis que voy á tener su vida entre mis manos.

—Señor, replicó Gabriela, cuidado, Después de él tendréis que matarme á mí!

La reina permaneció dos días en San Germán con el rey y las dos Mancini.

Ana María se dirigió inmediatamente á la casa de suttio.

—El príncipe Conti no es de vuestro agrado?

—No, por cierto.

—Va á llegar á París; lo veréis, es espiritual, encantador.

—Bien sabéis que no tengo ambición y no cambiaré.

—Pues sea, dijo repentinamente el ministro, que quería contemporizar; pero si renunciáis para tí á un destino tan brillante, al menos ayudadme á conseguir que lo acepte una de tus primas.

En ese particular piensan de la misma manera que yo.

—Pero qué todas estáis coaligadas en contra mía?

—Hemos jurado delante de la Madona, ¿lo entendéis? de la Madona.

—Y qué juramento os habéis atrevido á hacer?

—El de no casarnos aunque se nos arrastre al altar.

—Se os arrastrará!

—Pues bien, poned en libertad á los que habéis aprisionado.

—No os comprendo, dijo Mazarino.

—Oh, monseñor, nada de subterfugios. Ese joven que encontrásteis en mi cámara, se encuentra en la Bastilla, estoy segura.

—Es verdad.

—Ordenad que quede en libertad.

—Consiento, dijo Mazarino con violencia.

—Firmad, monseñor.

—¿El qué?

—La orden. Debéis tener listas algunas órdenes en blanco.

—Después de todo, es bien posible, dijo Mazarino con

cierto aire de convencimiento, porque recordaba el interrogatorio de M. Tardieu, y firmó.

—Eed, dijo Mazarino, mostrando el papel á su sobrina.

Ana María leyó con los ojos y con el corazón:

«M. de Besmaux de Montlezum; os dirijo esta nota en nombre del rey para ordenaros que inmediatamente pongáis en libertad al caballero Artagnan. Dios os tenga en su santa guardia.

«ANA.»

—No tenéis una contraseña, monseñor?

—Toma, hizo Mazarino después de añadir su nombre al de la regente.

—¡Oh! gracias, tío, exclamó la joven derramando lágrimas de sentimiento de gozo.

—Un instante... dijo el desconfiado ministro.

—¡Ah! suspiró dolorosamente Ana María llevando la mano al corazón.

Mazarino señaló una magnífica Virgen de Rafael, colocada encima de una especie de altar cargado de bronces preciosos y que tenia la costumbre de contemplar diariamente horas enteras.

—Juro por esta Virgen, dijo él, casarme con el príncipe de Conti.

Ana María extendió la mano, el cardenal colocó el pergamino sin soltarle y sin extremecerse por la expresión de deslén que reinaba en el rostro de su sobrina.

—Juro, dijo la joven, casarme con M. de Conti.

Mazarino dió un grito de triunfo.

—¡Ah! me habéis perdidol exclamó Ana María, tomando la orden y dejando con precipitación el gabinete del ministro.

#### XXIX

Cuando Mazarino volvió á palacio después de enviar á Barada á la Bastilla despachado del todo, llamó á M. de Navailles á su gabinete. Este llegó de muy mal humor porque la consigna dada al capitán de las guardias del cardenal lo habia hecho esperar, viéndose forzado á permanecer en el palacio, precisamente cuando según decía, su presencia era muy necesaria en su casa. El

cardenal no prestó más que una muy mediana atención á sus quejas y lo invitó á sentarse en un taburete colocado al otro lado de la mesa en el cual escribía.

—Navailles, le dijo con aquella voz melosa que sabia usar cuando necesitaba de alguno, ¿os repugnaría el hacer un viajecito?

—No, monseñor; sin embargo, eso dependería del país á donde quierais enviarme.

—¡Ah! con que tendríais preferencia por un punto dado?

—Madama de Navailles está enferma, monseñor, y el médico de Vuestra Eminencia le ha recomendado muy particularmente tomar las aguas de Forges.

—Convento en que esas aguas tienen virtudes sorprendentes, sobre todo, desde que fijaron allí su residencia el difunto rey, la reina y M. Richelien.

—Vuestra Eminencia quiere enviarme á Nantes?

—Precisamente.

—Acaso podrá arreglarse, monseñor, porque no lejos de allí están las aguas de la Plaine que igualan á las de Forges, según M. Guénaud.

—Entonces todo va bien. Escuchadme. Ireis inmediatamente á la Bastilla. Allí encontraréis al gobernador que os conducirá á una carroza en la cual se encontrarán instalados ya un prisionero, un escento y dos guardias. El prisionero llevará una máscara, y por más que os hable, vos no le responderéis una palabra. Si o dijere un nombre conocido de vos, si recordare relaciones antiguas, no le escuchéis es un loco.

—No deja de ser repugnante la comisión... y enojoso el viaje.

—Bien, Navailles, id, dijo Mazarino entregándole el papel, sobre el cual había escrito todas las instrucciones relativas á aquella expedición.

Detrás de Navailles á quien Champfleury hizo salir rápidamente del palacio por orden del cardenal, entró el teniente del crimen.

El cardenal se levantó, tomó el brazo de su capitán de guardias y abrió la puerta del gabinete.

Se detuvo repentinamente, una palidez mate cubrió su rostro, y aterrado, casi estremeciéndose, sus ojos se

fijaron en un hombre que sonriendo se apresuró á inclinarse delante de él.

Aquel hombre era Artagnan.

—Abrid las puertas, dijo el cardenal á M. de Champfleury entrando en su gabinete y cayendo en un sillón.

El caballero, marchando para atrás, había tenido cuidado de cerrar la puerta detrás de sí.

—¡Vos aquí!... dijo el cardenal.

—Si, monseñor.

—¡Oh! hizo con admiración el cardenal—venis de la uyená?.....

—Directamente, monseñor.....

Mazarino no volvía de su admiración, porque esperaba que el caballero le dirigiera mil reproches, puesto que conocía su franqueza y ya otras veces se había permitido ciertas familiaridades.

—¡Chut! monseñor, llegan á la puerta.

M. de Champfleury entró y dijo algunas palabras al oído del cardenal.

—Que entre, dijo la Eminencia. Artagnan, colocaos detrás de esa cortina. No os mováis y escuchad.

—Monseñor, heme aquí de regreso de Nantes, dijo.

—Muy bien. Y no habéis encontrado á ese prisionero en la Bastilla?

—No, monseñor; al menos así me lo ha dicho M. de Besmaux.

—Cómo! M. de Besmaux está mezclado en esto? exclamó Mazarino admirado.

Ah! he aquí lo que acaso os sorprenderá, monseñor.... M. de Besmaux no ha sido reemplazado todavía en sus funciones. Parece que el sucesor que le habéis dado, al saber que mi prisionero enmascarado estaba en libertad, ha dejado precipitadamente la Bastilla.

El 15 de Agosto, tal como estaba decidido por las sobrietas del cardenal, hubo baile de máscaras en el Louvre, en honor del día de San Luis, cumpleaños del rey.

Las tres primas iban vestidas como el año anterior con dominós color de rosa.

Si Ana Maria estaba lejos de tener libre su corazón,

por su parte María Mancini comenzaba á temer no ser amada del rey tanto como lo hubiera querido.

—Mi querida Olimpia, decía un dominó negro después de veinte minutos de plática con la sobrina del cardenal, comprendéis que no puedo deciros en este sitio hasta qué punto os amo? Es verdad que no se me conoce, pero sin embargo, me parece que todos los ojos se fijan en mí.

—No temáis nada, Sire, y.....

—Chut, nada de tratamientos, soy vuestro amigo más íntimo, más ardiente....

—Oh! callaos, Sire.....

En aquel momento Ana María se detuvo repentinamente. Sintió doblársele las piernas y que rehusaban sostenerla y avanzar, y se sostuvo en su prima casi desfallecida; no pudo soportar el fuego de las miradas que se escapaban de los ojos que velaba una máscara de raso negro, que como dos flechas acoradas fueron á clavar en el corazón de la joven.

—Es él exclamó ella señalando á aquel nuevo máscara, y en voz tan baja que apenas pudo oír la María.

Y tuvo bastante fuerza para no alejarse, sino antes bien para marchar hacia él; pero de repente mudó de resolución y arrastró á su prima.

Una mirada del máscara reanimó su pensamiento atrevido.

—A las dos, en el extremo de la calle Vivienne, dijo ella con un acento de febril autoridad y una voz firme.

El máscara negro se inclinó y quedó como petrificado.

Quando levantó la cabeza, había desaparecido la visión.

## XXXI.

Desde su salida de la Bastilla, Artagnan estaba rodeado de espías.

Quando salió del Louvre, tomó la calle de San Honorato, y cuando daba vuelta á la de San Dionisio para tomar la de los Lombardos, oyó detrás de sí un ruido de pasos, si no el roce discreto de un vestido de seda en el pavimento.

—Diablo! dijo, esto es más serio de lo que me esperaba.

Y apresuró el paso con dirección á la calle de Vivienne. Llegando al frente de la pequeña pared que guardaba el jardín del palacio Mazarino, oyó un ruido sorrido y como los esfuerzos de una lucha ahogada.

—A mí, Champagne! exclamó precipitándose al sitio en que la lucha tenía lugar.

Un solo hombre, de pequeña estatura, se defendía mal contra siete bandidos. Artagnan no vaciló, y se guido de su criado que, como antiguo soldado manejaba ventajosamente la espada, se echó sobre los asaltantes con esa destreza y esa furia que sabemos son irresistibles.

Quando Artagnan, dueño de la plaza, se volvió hacia aquel á cuyo socorro no acudió tan á tiempo, no vió más que un cuerpo muerto, tendido en el suelo.

—No está muerto dijo Artagnan poniendo la mano en el pecho de aquel hombre, Champagne, amigo mío, no es muy pesado, añadió levantándolo, es preciso llevarlo á casa y curarle.

Champagne cargó el cuerpo del desconocido sobre sus hombros, y tomó sin hacer ninguna observación el camino de la calle Arcois.

Apenas había dado vuelta á la calle de Petits-Champs cuando Artagnan vió abrir una puertecita en el muro del palacio Mazarino.

—Sois vos? dijo una voz débil.

—Sí, respondió sin vacilar.

—Venid.

Penetró en el jardín, y una mano delicada tomó la suya y le condujo hasta las habitaciones.

Se dejó llevar así, y únicamente se decía en su interior con embriaguez.

—Habeis querido hacerme matar, señor Mazarino; pero os lo perdono en gracia de esto. .... mañana me haréis despedazar ó me echaréis en los calabozos subterráneos de la Bastilla, si lo queréis! .....

—Tanto mejor. Serán mis guardias predilectos, y me ocuparé de ellos con amor. En fin, quiero ser su capitán.

—Os tomo la palabra, sire, y figuraréis á la cabeza de los cuadros de oficiales.

—Perfectamente. Pero quiero que la primera compa-

ña tenga un teniente con el cual pueda yo contar como conmigo mismo.

—Designad ese gentil hombre, sire, dijo el cardenal con embarazo.

—¡Helo aquí! dijo el rey tendiendo la mano hacia Artagnan.

—¡Oh! gracias, mi rey, respondió el caballero arrojándose ante aquella mano y besándola con fervor.

—Vamos ahora á ver vuestros cuadros.

—Señor Artagnan, añadió, ya os reuniréis luego á nosotros.

—Caballero, ya sabréis que me caso con M. de Conti; no me hagais arrepentir de mi sacrificio.

—Un sacrificio!.....

—Lo he jurado!

—Jurado!

—Por la Madona, y no me arrepiento, porque merced á ello conseguí....

—Acabad, acabad.

—Oh! hizo Artagnan con un movimiento de horror es por mí!

—Carlos, obedezco á la razón de Estado....

—Y bien, señor Artagnan, dijo el rey, acaba de decirme el cardenal que vais á casaros con madama de Flavimont.

—Sire, interrumpió Ana María, dudo que M. de Artagnan se case nunca con la persona de quien habla Su Majestad.

—¿Y por qué, señorita?

—Porque madama de Flavimont ha entrado desde hace ocho días en el convento de Carmelitas de Pontoise.

—Si, Sire, respondió el cardenal; pero ved un buen cuadro del divino Correggio; Sire, lo recomiendo á vuestra atención. Es el matrimonio místico de Santa Catarina.

—Las manos de santa son en efecto adorables! exclamó el rey, y este cuadro os verdaderamente de circunstancias, puesto que estábamos en el capítulo encantador del matrimonio.

María Mancinni no comprendía nada; pero Ana María deslizo estas palabras en el oído de Olimpia:

—M. de Artagnan fué quien salvó al rey de tu locura que iba á perderlo.

—¿Qué dices?

—Todo lo he visto desde mi balcón.

—Lo has visto!

—El rey pudo escapar de los asesinos, y pasó la noche en casa de Artagnan.

Olimpia Mancinni palideció, se apoyó en su prima, cerró los ojos y quedó sin sentido.

## XXXII

Cuando Artagnan pensaba retirarse, se encontró de repente en un salon delante de la morena Olimpia Mancinni,

—Señor Artagnan, le dijo, un día me dijisteis, hará un año según me acuerdo, que os hariais matar por mí.

—Yo solo señora.... Nodie, si lo queréis.... estoy pronto....

—Chut! hizo Olimpia alejándose con terror.... Chut! repitió tendiéndole su mano, que Artagnan besó incontinentemente como si besara la mano de una hermana.

Ana Maria Martinozzi se casó el 21 de Febrero de 1654. en Compeigne, con el príncipe de Conti. La rubia desposada, dice la «Gazette», iba vestida con un traje de terciopelo negro.

El cardenal dió al príncipe su sobrino, el gobierno de la Guayana, y el mando del ejército de Cataluña.

Olimpia Mancinni se casó poco tiempo después con el príncipe de Saboya, convirtiéndose en la «Condesa de Soissons.»

Bien sabemos todos que el teniente general, conde de Artagnan, capitán teniente de la primera compañía de mosqueteros de Su Majestad, fué muerto veinte años después en el sitio de Maestricht, en presencia del rey Luis XVI, quien sintió no haber tenido tiempo para hacerle mariscal de Francia.

FIN DE LA OBRA.

# El día 2 de Diciembre

SE PUBLICARÁ

la magnífica obra de Ponson du Terrail, titulada **La Misa Infernal**, novela fantástica y tremenda, agotada en todas las librerías.

La **BIBLIOTECA ESMERALDA** publicará por entregas **El Periquillo Sarmiento**, del Pensador Mexicano, Manuel Fernández de Lizardi, novela reconocida como el Quijote nacional, traducida á varios idiomas, y gloria de nuestra literatura.

La **BIBLIOTECA UNIVERSAL** publicará el día 28 de Noviembre, por tomos de á **Diez centavos** en la capital y **Veinte** en los Estados,

## El Conde de Montecristo

obra magna, traducida especialmente, íntegra.

Compárese la edición con otras trancas que existen.

La **BIBLIOTECA DIAMANTE** está publicando **Nerón y Actea**, y luego dará á la luz pública

## — LA DAMA DE LAS GACELIAS. —

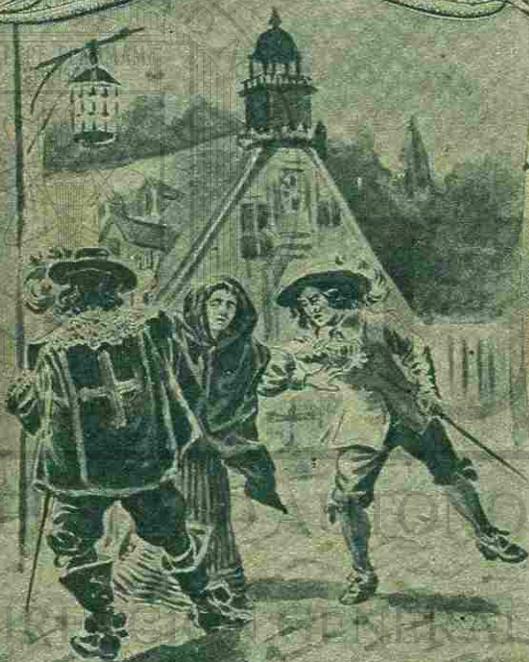
Pídanse catálogos á Abraham Sánchez Arce, Librería **Diamante**, Calle Chiquita de Regina 2.

Apartado 25 Bis.

Teléfono 1,760.—México.

BIBLIOTECA  
PERLA.

LOS  
AMORES  
DE  
ARTAGNAN



ABRAHAM SANCHEZ ARCE  
EDITOR.

ANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



TEC  
P  
A  
S